

EL JUEGO



PABLO ESCRIBANO FERNÁNDEZ

El juego

Pablo Escribano Fernández

Derechos de autor © 2026 Pablo Escribano Fernández

Quedan reservados todos los derechos.

La reproducción total o parcial de esta obra o su transmisión sin autorización previa por escrito de los titulares del copyright puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares o eventos son el producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Aunque esta novela está ambientada en lugares reales y explora la psicología del miedo, los hechos, crímenes y personajes son fruto de mi imaginación.

El objetivo es entretener y explorar la oscuridad humana, no retratar la vida de nadie en particular.

Cualquier parecido con personajes reales, vivos o muertos, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Publicado por Pablo Escribano Fernández

Fecha de edición Junio de 2026

Para mis tres hijas, mi corazón late con ternura en cada instante que compartimos.

Capítulo 0

Sombras en la noche

La luna se ocultaba parcialmente tras un velo de nubes, proyectando destellos inciertos sobre las calles silenciosas de las afueras de Madrid. La urbanización parecía desierta, como si el mundo entero hubiera decidido contener la respiración. En la distancia, una casa señorial se alzaba como un gigante dormido, con sus ventanales oscuros y la verja que brillaba intermitente bajo el parpadeo apagado de las farolas.

Un golpe seco quebró el silencio interior, un sonido que rebotó en las paredes. Luego, nada. El aire mismo parecía haberse detenido, atrapado en una tensión invisible. Un vaso rodó sobre la mesa de cristal antes de estrellarse contra el suelo, desparramando fragmentos que reflejaron brevemente la silueta de un hombre enmascarado.

Se movía con precisión de depredador, su respiración controlada, mientras su mirada recorría el salón. Frente a él, un cuerpo yacía inmóvil sobre el parqué, rodeado de un charco oscuro que se expandía con lentitud, devorando las vetas de la madera. Los ojos de la víctima estaban abiertos, incapaces de ver el último acto de su propia historia.

El asesino se inclinó, recogió con cuidado un sobre blanco y lo depositó en la mesa, como si fuera la firma invisible de aquel instante. Luego, abrió la puerta trasera. Una ráfaga de aire frío arrastró el olor metálico de la sangre hacia el jardín. La grava crujió bajo sus botas mientras se adentraba en la penumbra, saltando la verja lateral y desapareciendo entre arbustos y callejones. La oscuridad lo engulló sin esfuerzo.

Minutos después, un perro comenzó a ladrar en la distancia. Una luz se encendió en una casa vecina. Alguien, con el ceño fruncido y la voz temblorosa, marcó el número de emergencias.

— He oído algo... golpes en la casa del señor García... Creo que ha entrado alguien.

Las sirenas cortaron pronto el silencio de la noche. Dos coches patrulla llegaron al lugar. Los vecinos observaban desde las ventanas entreabiertas, murmurando con inquietud. Los agentes descendieron con armas en mano, avanzando con cautela hacia la puerta principal.

Empujaron la hoja entreabierta. El interior olía a madera, polvo... y a ese aroma inconfundible que deja la violencia. Sus pasos resonaron como ecos de advertencia mientras cruzaban el recibidor. La linterna iluminó el salón, congelando la escena: el cuerpo en el suelo, el vaso roto, y el sobre blanco sobre la mesa, solitario e inquietante.

El silencio se volvió denso, casi asfixiante. Uno de los agentes tragó saliva antes de atreverse a decir:

— Llamad a jefatura. Tenemos un homicidio.

Solo entonces, tras inspeccionar la habitación y asegurarse de que no había nadie más dentro, desenrollaron la cinta amarilla y comenzaron a acordonar el lugar. La brisa nocturna la hizo ondear suavemente, como una bandera de advertencia perdida en la oscuridad.

Afuera, la luna terminó de ocultarse tras las nubes, y Madrid pareció ser consciente de que algo siniestro acababa de comenzar.

Capítulo 1

Inicio del juego

En su casa, el inspector Alejandro Martínez, un hombre de unos cincuenta años con cabello entrecano y mirada penetrante, observaba pensativo la montaña de expedientes que se amontonaban en su escritorio de madera oscura.

Su despacho improvisado, lleno de carpetas polvorientas y tazas de café medio vacías, reflejaba el peso de los casos que no le dejaban descansar ni en su propio hogar.

La noche estaba tranquila, demasiado tranquila para su gusto.

Aquella noche, sin embargo, algo siniestro se cernía sobre la ciudad como una sombra invisible que parecía envolver cada rincón, haciendo que las calles vacías se volvieran aún más inquietantes. El viento soplaba suavemente entre los edificios, llevando consigo un murmullo casi fantasmal que acentuaba la sensación de desasosiego.

De repente, el sonido estridente de su teléfono rompió el profundo silencio de la habitación, haciéndole dar un salto involuntario.

Al descolgar, escuchó una voz tensa y apremiante, era una llamada urgente, una de esas que no admiten demora, anunciando que algo grave estaba ocurriendo y que requería su inmediata atención.

— Inspector, ha ocurrido algo -dijo la voz al otro lado de la línea- Parece serio, debería venir.

Era la agente Sánchez, con la que tantas otras veces había trabajado y de quien guardaba un profundo respeto.

Su figura imponía una mezcla de autoridad y serenidad, fruto de años de experiencia en el servicio. Había resuelto casos complejos con una precisión admirable, y su capacidad para mantenerse calmada ante la tensión era ya legendaria en el departamento.

Hacía demasiado tiempo que no sabía de ella, y su ausencia había dejado un vacío difícil de llenar, pues no solo era una colega ejemplar, sino también una aliada leal en los momentos más críticos.

Sin perder tiempo, el inspector Martínez se dirigió al lugar, con la firme sospecha de que aquello no sería un caso más.

Mientras avanzaba por las calles silenciosas, su mente repasaba los informes preliminares que había recibido: un vecindario aparentemente tranquilo, testigos nerviosos, una total falta de pistas o huellas.

A medida que se acercaba a la escena, la tensión en su pecho aumentaba, y no podía evitar sentir que estaba a punto de enfrentarse a algo que pondría a prueba no solo su experiencia, sino también su instinto.

La sirena de un coche policial rompió brevemente el silencio, recordándole que lo que le aguardaba tal vez cambiaría el rumbo del día de manera inesperada.

Al llegar a la escena, el inspector Martínez se vio sorprendido por el bullicio que dominaba la calle. Una multitud de curiosos, vecinos y transeúntes se agolpaba en la acera, murmurando constantemente conjeturas y preguntas.

La casa señorial se alzaba imponente, con sus paredes blancas ahora teñidas de reflejos azules que parpadeaban al ritmo de las luces de los coches patrulla. Sus ventanas altas, algunas con las cortinas entreabiertas, dejaban entrever un interior oscuro, apenas iluminado por lámparas encendidas de manera dispersa.

El aire olía a humedad y a hierba recién pisada, mezclado con el tenue aroma a gasolina de los vehículos que bloqueaban la calle.

Los agentes, con chalecos reflectantes, acordonaban la zona mientras tomaban declaración a varios testigos, y una cinta amarilla ondeaba suavemente en el viento, marcando el perímetro de seguridad.

Desde el jardín delantero, un camino de grava conducía hasta la puerta principal que permanecía entreabierta, revelando la silueta de otro oficial que vigilaba el interior de la vivienda. El inspector sintió cómo la tensión de la escena lo envolvía, presagiando la gravedad de lo que estaba a punto de descubrir tras aquellas paredes ahora convertidas en el epicentro de todas las miradas.

Al entrar en la casa, una figura yacía inmóvil en el suelo, bañada por la luz de una farola cercana que se filtraba por la ventana.

La estancia estaba en penumbra, con las sombras proyectadas por los muebles alargándose de manera inquietante sobre las paredes.

Un charco oscuro se extendía lentamente desde el cuerpo hacia las vetas del parqué, reflejando destellos metálicos cuando la luz lo alcanzaba.

Un vaso roto descansaba cerca del sofá, y sobre la mesa había papeles desordenados y un teléfono descolgado, su tono intermitente rompiendo el silencio.

El aire olía a polvo mezclado con un rastro metálico inconfundible, y un ligero crujido al fondo de la casa sugería que alguien, o algo, se había movido recientemente.

La víctima era un hombre de unos cuarenta años, vestido con un traje gris y una corbata roja. Tenía el rostro desfigurado por el impacto de una bala que le había atravesado la frente.

El inspector Martínez se adentró en la escena del crimen.

Allí, junto al cuerpo inmóvil, le aguardaba la agente Sánchez, que al verlo llegar le dedicó una breve inclinación de cabeza.

Se estrecharon la mano con rapidez, intercambiando miradas cargadas de tensión profesional, antes de calzarse los guantes de látex.

Juntos, dieron los primeros pasos hacia el cadáver, avanzando con cautela entre las sombras y el silencio del lugar.

— ¿Qué tenemos aquí? - preguntó Martínez, examinando el cadáver con una linterna.

— Según la identificación que hemos encontrado en su cartera, se llama Alberto Ruiz, era el director de una empresa informática - respondió Sánchez, mostrándole una tarjeta de visita.

La casa era una mansión de lujo, situada a las afueras de la ciudad. Tenía un amplio jardín, una piscina, un garaje y una gran verja que rodeaba todo el perímetro. El salón estaba decorado con muebles de diseño, cuadros de arte moderno y una gran chimenea encendida.

— Según los vecinos, la casa pertenece a un tal Carlos García, un empresario. Dicen que rara vez se deja ver por aquí, que siempre está viajando al extranjero cerrando negocios, y que cuando aparece, llega en coches oscuros con escoltas.

— Algunos comentan que ha comprado varias propiedades en la zona, aunque nadie parece saber exactamente qué hace dentro de ellas. Hay rumores de que organiza reuniones privadas, siempre con invitados de fuera, y que las luces de la casa permanecen encendidas hasta altas horas de la noche. Todo esto ha despertado la curiosidad y, para algunos, incluso el miedo de los vecinos.

— ¿Y qué hacía Alberto Ruiz en esta casa? - inquirió Martínez, mirando a su alrededor.

— Todavía no sabemos por qué Alberto Ruiz estaba en esta vivienda. —dijo Sánchez con voz firme, mientras revisaba sus notas— No hemos encontrado ningún indicio de que se conocieran previamente. Lo único claro hasta ahora es que Carlos García estaba siendo investigado por tráfico de armas, y que esta casa podría estar relacionada con esas actividades ilegales.

— ¿Un traficante de armas? - repitió Martínez, frunciendo el ceño.

— Así es. Al parecer, tiene contactos con varios grupos terroristas y mafiosos. Es uno de los hombres más buscados por la Interpol - afirmó Sánchez.

— ¿Y dónde está él? - preguntó Martínez.

— Eso es lo que no sabemos. No hay rastro de él ni de nadie más en la casa. Sólo hemos encontrado este sobre en la mesa - dijo Sánchez, señalando un sobre blanco con una nota dentro escrita a mano- y creo que debería leerlo.

Martínez cogió el sobre y leyó la nota:

“Inspector Martínez,

Le felicito por su trabajo.

Ha llegado hasta aquí, pero no es suficiente. Si quiere saber quién soy y por qué he matado a Alberto Ruiz, tendrá que seguir jugando conmigo. He seguido mucho su trabajo, y le considero un gran adversario.

Esto no ha terminado, contactaré con usted para darle las siguientes instrucciones. No tarde mucho en resolver los problemas que le iré planteando, o habrá más muertes.

*Atentamente,
El Juego.”*

Martínez sintió un estremecimiento al leer esas palabras. ¿Quién era ese misterioso asesino que le retaba a un juego macabro? ¿Qué relación tenía con Alberto Ruiz y Carlos García? Y, ¿por qué le conoce?

Martínez guardó el sobre en su bolsillo y miró a Sánchez.

— Vamos, tenemos que irnos. Esto no ha hecho más que empezar —dijo Martínez con una determinación férrea, mientras se ajustaba el cinturón del uniforme y echaba un último vistazo al salón desordenado.

— ¿A dónde vamos exactamente? —preguntó Sánchez, frunciendo el ceño y mirando a su alrededor, como si esperase que algo más ocurriera en esa casa silenciosa.

— Primero, a seguir el juego —respondió Martínez, ya en el umbral de la puerta. Su tono era enigmático.

— ¿El juego? ¿De qué hablas, Martínez? No entiendo nada. — Sánchez lo siguió por el pasillo, con pasos cortos y rápidos.

— Mira, si nos quedamos aquí, no avanzamos. Los indicios que tenemos apuntan a que esto es solo la punta del iceberg. Y si queremos resolverlo, necesitamos información que no vamos a encontrar en este salón.

— Vale, pero... ¿y si nos hemos perdido algo? —Sánchez lanzó una mirada hacia la casa, sintiendo una mezcla de intriga y ansiedad.

— Lo dudo. Ya han peinado todo el lugar. Lo que sigue está fuera de aquí. Y además —añadió con un suspiro—, tenemos que redactar el informe preliminar. No me gustaría que el comisario nos llamara la atención por llegar tarde.

Sánchez asintió, resignada:

Martínez y Sánchez salieron de la mansión con paso rápido, dejando atrás el eco de la tragedia que aún parecía resonar entre sus paredes.

El aire frío de la noche golpeó sus rostros, cargado de humedad y del olor distante de la ciudad que nunca duerme.

La luna iluminaba tenuemente el jardín de la propiedad, proyectando sombras alargadas que parecían moverse por sí solas.

El inspector Martínez se detuvo un instante en el umbral, observando el perímetro con ojos entrenados. Cada arbusto, cada rincón oscuro, era un posible escondite para el asesino, y la quietud de la noche parecía amplificar la tensión que sentía en el pecho.

— ¿Tienes alguna idea de quién podría estar detrás de esto? — preguntó Sánchez mientras ambos caminaban hacia el coche patrulla, el sonido de la grava crujiente bajo sus botas marcando un compás inquietante.

— No estoy seguro —respondió Martínez, sin mirarla, su voz grave y contenida—. Pero este tipo sabe lo que hace. Ha elegido su escenario, ha controlado cada detalle. No deja nada al azar.

Se subieron al vehículo. Por un momento, todo parecía detenerse. Martínez encendió el motor, y el rugido sordo del coche rompió el silencio.

Las luces delanteras iluminaron el camino, revelando la puerta de salida que se abrió lentamente con un chirrido metálico.

Mientras salían de la propiedad, ambos miraron por última vez la mansión, ahora sumida en un silencio sepulcral.

La carretera estaba desierta. Madrid, a esas horas, era una ciudad fantasma. Solo los semáforos parpadeando en ámbar y algún taxi lejano daban señales de vida. El inspector conducía en silencio, con las manos firmes en el volante, mientras sus pensamientos giraban en un torbellino de hipótesis. Sánchez, a su lado, revisaba los apuntes que había tomado en la escena.

— Tenemos que ir más a fondo con Carlos García —dijo finalmente Martínez, con un tono que no admitía réplica—. Este juego apenas comienza, y si no entendemos las reglas, perderemos.

Al llegar a la comisaría, el inspector no se permitió un segundo de descanso. Empujó la puerta de su despacho y encendió la luz.

Una montaña de expedientes aguardaba como un recordatorio implacable del peso de su cargo. Se dejó caer en la silla, pero enseguida se inclinó hacia delante, tomando un informe.

— Saca todo lo que tengamos sobre García. Movimientos financieros, registros de viajes, llamadas. Quiero un mapa completo de su vida —ordenó.

Sánchez asintió con rapidez y comenzó a trabajar en su ordenador. El tecleo constante llenó el despacho, mientras el reloj marcaba el avance implacable de la madrugada.

Martínez se puso en pie de nuevo, incapaz de quedarse quieto. Atravesó el pasillo hasta la sala de reuniones y levantó el teléfono para llamar a su equipo.

— Atención a todos los agentes disponibles —dijo, con la voz firme que solo un veterano podía usar—. Reunión en la sala de operaciones en cinco minutos. Tenemos una situación crítica.

Colgó y respiró hondo. La adrenalina corría por sus venas, mezclada con la sensación de ser observado, de estar jugando el juego de otro.

En menos de lo previsto, la sala de operaciones bullía de actividad. Los agentes, algunos con el cansancio marcado en sus ojeras, escuchaban atentos mientras Martínez se situaba al frente, erguida y con la determinación de quien sabe que el tiempo corre en su contra.

— Tenemos un asesino suelto que nos ha retado —comenzó, y su voz resonó entre las paredes—. Ha asesinado a Alberto Ruiz, director de una empresa informática, en la casa de Carlos García, un traficante de armas con contactos peligrosos. Ha dejado una nota. Dice que esto es un juego. Y no podemos permitirnos perderlo.

Los agentes se miraron entre sí, conscientes de la gravedad del asunto.

— Quiero que reviséis registros de llamadas, movimientos bancarios, cámaras de seguridad. Cada dato cuenta. Este hombre nos está provocando y tenemos que responder con la mayor agilidad posible.

La sala se llenó de murmullos y del sonido de agentes usando sus teléfonos, como si una ola de inquietud recorriera a todos los presentes. Las miradas se cruzaban con expectación, y alguno tomó notas apresuradas mientras otros se levantaban de sus asientos para ver mejor.

Sánchez se acercó con un hallazgo preliminar, llevando en sus manos un pequeño documento que parecía contener la respuesta a tantas preguntas no formuladas. Su expresión era seria, y la tensión en el ambiente crecía a medida que todos aguardaban a que hablara, conscientes de que lo que iba a revelar podría cambiar el rumbo de la reunión por completo.

— Hemos observado múltiples llamadas recientes de Ruiz a un número desconocido, lo que podría marcar nuestro primer hilo de investigación. Este detalle resulta especialmente relevante, ya que sugiere algún tipo de comunicación que aún no ha sido identificada y que podría aportar pistas valiosas. Deberíamos considerar rastrear ese número para determinar la identidad del interlocutor y evaluar si existe alguna conexión con el caso que estamos siguiendo. Este primer indicio puede abrir una línea de trabajo clave para avanzar en nuestra investigación.

Martínez asintió, y la chispa de la caza brilló en sus ojos.

— Localízalo de inmediato. No podemos permitir que este depredador continúe actuando impunemente en nuestra ciudad, acechando a gente inocente y poniendo en riesgo la tranquilidad de todos. Moviliza a cada recurso disponible, revisa cada rincón y no descanses hasta encontrarlo. La seguridad de la ciudad depende de que detengamos a este cazador antes de que cause más daño.

Aferró el sobre que el asesino había dejado, sintiendo el peso de la provocación en sus manos. En ese instante, juró en silencio que no descansaría hasta conocer el rostro detrás de “El Juego”, aunque para ello tuviera que sumergirse en la oscuridad que ya empezaba a envolverlo.

— Es hora de poner en marcha la Operación Cazador. No podemos permitir que este asesino siga suelto.

— Bien, vamos a rastrear ese número y ver a dónde nos lleva. También quiero que revisemos las cámaras de seguridad de la zona donde se encontró el cuerpo. Puede que tengamos suerte y encontremos algo útil.

Sánchez asintió y se puso a trabajar en las cámaras de seguridad. El día sería largo, pero ambos sabían que no podían detenerse hasta

encontrar al culpable.

Capítulo 2

Sombras en la red

Una nueva noche se cernía sobre Madrid, y la Operación Cazador llevaba activa todo el día bajo una tensión que podía sentirse en cada respiración contenida. La luz mortecina de las farolas apenas lograba romper la penumbra de las calles, mientras la humedad de la noche calaba en los huesos de los policías que patrullaban, preparados para responder a cualquier movimiento sospechoso.

En la sala de operaciones, el ruido de los teclados de los ordenadores y el murmullo de los agentes eran los únicos sonidos que acompañaban al inspector Martínez. Sus ojos enrojecidos por el cansancio recorrían los informes y grabaciones sin descanso, mientras su mente intentaba unir las piezas de un rompecabezas cada vez más complejo.

Sánchez interrumpió el silencio con una voz firme pero cargada de tensión:

— Hemos conseguido rastrear el número desconocido y hemos descubierto que pertenece a una línea desechable con la intención de no dejar rastro. Pero la última señal de GPS registrada antes de que el dispositivo fuera apagado se localizó en el distrito de Tetuán. Esto sugiere que el usuario podría encontrarse o haberse desplazado por esa zona justo antes de desactivar el teléfono, posiblemente para evitar un seguimiento posterior. Dado que las líneas desechables suelen usarse para actividades anónimas o temporales, es probable que la persona detrás de este número busque ocultar su identidad y movimientos. Pero es lo único que hemos podido sacar de ese número.

Martínez enderezó la espalda, sintiendo cómo la adrenalina se imponía al agotamiento.

— Formad un equipo. Vamos a peinar la zona. Aseguraos de revisar cada rincón, desde los edificios abandonados hasta los callejones traseros. Quiero que nadie pase por alto nada. Dividíos por sectores y mantened comunicación constante a través de las radios. Si encontráis cualquier pista, por pequeña que sea, informad de inmediato. No nos iremos de allí hasta tener resultados claros.

Minutos después, varias patrullas avanzaban sigilosamente por las calles del distrito. Los faros de los coches cortaban la neblina que empezaba a levantarse del pavimento húmedo. Martínez, al volante de uno de los vehículos, observaba con atención cada esquina, cada ventana iluminada, mientras los agentes coordinaban sus posiciones a través de la radio.

El rastro de la última señal del GPS los condujo hasta un edificio abandonado, cuya fachada se encontraba completamente cubierta de grafitis de colores desvaídos por el paso del tiempo, mientras que las ventanas, rotas y sucias, dejaban asomar el eco del olvido que habitaba en su interior. A medida que se acercaban, el crujido de los cristales dispersos bajo sus pasos y el aroma a humedad reforzaban la sensación de que aquel lugar llevaba mucho tiempo deshabitado.

Sin embargo, entre tanto polvo y abandono, había algo que no terminaba de encajar: una de las puertas traseras estaba entreabierta como si alguien hubiera pasado por allí recientemente. En el suelo, parcialmente cubierto de escombros y hojas secas, se distinguían con claridad unas huellas frescas que revelaban movimiento reciente, invitándoles a preguntarse quién o qué podría estar acechando en el interior de aquel inquietante edificio.

— Entramos en formación —ordenó Martínez mientras desenfundaba su arma.

Los agentes avanzaron por el pasillo en silencio, con linternas que apenas revelaban fragmentos de paredes desconchadas y techos con goteras.

De pronto, un crujido rompió el silencio. Todos se tensaron. Un par de agentes se adelantaron, pero el ruido de pasos apresurados en el piso inferior desató la persecución.

— ¡Alto, policía! —gritó Martínez, corriendo tras la silueta que se escapaba por la salida trasera.

La persecución se convirtió en una carrera frenética por callejones estrechos. El sospechoso esquivó contenedores y saltó charcos, pero finalmente uno de los policías logró placarlo contra una pared. En segundos, estaba esposado y rodeado por varios agentes.

De vuelta en la comisaría, el hombre temblaba bajo la fría luz de la sala de interrogatorios. Su sudor perlaba la frente, y evitaba mirar directamente a Martínez, que permanecía de pie, imponente.

— Habla —dijo el inspector, su voz grave resonando en la habitación—. ¿Qué sabes del asesinato de Alberto Ruiz?

— No... no sé nada —balbuceó el detenido, con el rostro pálido y las manos temblorosas—. Solo me pagaron por entregar un sobre en ese edificio... No vi a quién me lo dio. Me dejaron instrucciones y ya está. Cuando escuché los pasos detrás de mí y vi las luces de los coches acercándose, me entró el pánico... Pensé que me iban a culpar de algo que no había hecho y solo pude correr. El miedo me hizo perder la cabeza, no sabía a dónde ir, solo quería escapar de todo aquello.

Martínez frunció el ceño. Sabía que había más.

— ¿Y el sobre? ¿Qué contenía?

— No lo sé exactamente... Solo me dijeron que debía entregárselo a un tal Martínez. Me dieron instrucciones claras: él pasaría por el edificio y yo solo tenía que entregárselo.

— ¿Y no abriste el sobre para ver qué había dentro?

— No, nunca lo hice. Solo debía cumplir con el encargo y nada más.

Martínez se quedó unos segundos en silencio, con las manos apoyadas sobre la mesa de la sala de interrogatorios. Su mirada se desplazó lentamente hacia los miembros de su equipo, que aguardaban en tensión.

— Decidme —dijo finalmente, con un tono grave—, ¿había algún sobre entre las pertenencias del sospechoso?

Un agente joven, nervioso, intercambió una mirada con su compañera y asintió.

— Sí, señor. Lo encontramos guardado en su mochila.

Martínez le hizo un gesto con la mano para que se lo trajera. El agente se acercó, con pasos que resonaban en el suelo de baldosas, y le tendió un sobre manila arrugado por las esquinas, con un ligero manchón oscuro en un lateral. El inspector lo tomó con cuidado, notando su peso casi inexistente.

Durante unos segundos, lo giró entre sus manos, examinando cada pliegue. Observó que no había ni remitente ni ninguna escritura visible. Inspiró profundamente antes de deslizar un dedo bajo la solapa cerrada con cinta adhesiva. La cinta se resistió un instante antes de despegarse con un chasquido sordo.

Abrió el sobre con lentitud, como si el aire mismo se hubiera vuelto más denso en la sala. Sacó el contenido y lo sostuvo a la altura de la

luz fluorescente. Una diminuta llave USB plateada cayó suavemente en su palma. El metal frío contrastaba con la humedad de sus dedos.

Martínez tragó saliva y la hizo girar entre el índice y el pulgar, sintiendo el relieve del logotipo grabado.

— Una llave USB —murmuró, casi para sí mismo, mientras una sensación de inquietud se apoderaba del equipo entero.

Nadie se atrevió a romper el silencio que siguió a sus palabras. Solo se escuchaba el zumbido lejano de la ventilación y un leve tamborileo de lluvia contra la ventana.

El silencio se hizo más pesado. Martínez intercambió una mirada con Sánchez. Aquello podía ser la siguiente pieza del juego.

El equipo de ciberdelincuencia trabajó sin descanso para analizar el contenido de la memoria USB. Los monitores en la sala de operaciones comenzaron a llenarse de carpetas encriptadas, vídeos de vigilancia de distintas partes de la ciudad y un archivo con coordenadas, cada una señalando un punto diferente de Madrid. Entre los hallazgos, descubrieron varios vídeos de vigilancia en los que aparecía Martínez, así como abundante documentación oficial de la policía, con informes internos y listados de operaciones recientes. La tensión aumentó en la sala mientras se daban cuenta de la magnitud de la información comprometida.

Sánchez giró la pantalla hacia Martínez.

— Está jugando con nosotros. Ha estado vigilando la ciudad... y a nosotros.

Martínez se inclinó sobre la mesa, apretando los puños con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos. El silencio de la sala de operaciones, roto solo por el sonido de los ventiladores de los ordenadores, pesaba como una losa sobre todos los presentes. Podía sentir el sudor frío recorriéndole la espalda mientras la certeza se

clavaba en su mente: el enemigo conocía cada uno de sus pasos, cada una de sus dudas. La ciudad entera parecía un tablero de ajedrez, y ellos, simples piezas movidas por unas manos invisibles que se deleitaban con su impotencia.

— Esto no es solo un asesinato —murmuró con voz áspera, cargada de rabia contenida—. Es una partida.

Las luces parpadeaban débilmente, proyectando sombras largas que parecían alargarse como tentáculos sobre las paredes. Afuera, la ciudad de Madrid se sentía más densa que nunca, como si la ciudad misma contuviera la respiración, expectante. Cada esquina, cada callejuela podría esconder una trampa. Cada decisión que tomaran, por mínima que pareciera, podía sellar su destino.

Los agentes redoblaban la investigación, consultando mapas con manos firmes pero tensas, ajustando auriculares mientras escuchaban fragmentos de comunicación que apenas lograban descifrar, intercambiando miradas de preocupación y asentimientos silenciosos que decían más que cualquier palabra. Uno de ellos revisaba la munición con precisión ritual, otro comprobaba el sobre y la llave USB buscando huellas, el resto buscaba entre todo lo encontrado en la escena del crimen. El aire estaba impregnado de un suspense eléctrico, de un miedo latente que nadie quería reconocer en voz alta.

Martínez lo sabía: a partir de ese momento, no habría margen de error. Estaban entrando en terreno del cazador, y cualquier paso en falso podía convertirlos en presas, un destino que todos percibían en el silencio cargado que los envolvía.

El juego acababa de subir de nivel, y sobre la ciudad se extendía, silenciosa y letal, la sombra del depredador.

Capítulo 3

El descanso imposible

Al finalizar la jornada, después de varias horas de intenso trabajo y de analizar minuciosamente todos los datos recogidos, el equipo de investigación tomó la decisión de hacer una pausa. Comprendieron que continuar sin descansar podría afectar a su capacidad de concentración y a la calidad de sus conclusiones. Por eso, acordaron detener las actividades, retirarse a descansar y regresar al día siguiente con la mente renovada y una perspectiva más clara para abordar los retos pendientes.

El inspector Martínez cerró la puerta de su piso con un suspiro profundo, sintiendo cómo la tensión del día seguía aferrada a sus hombros. Se dejó caer sobre el sofá sin encender las luces, dejando que la penumbra lo envolviera como un abrigo silencioso. A su alrededor, el salón parecía un refugio frágil, donde cada objeto cotidiano adquiría un peso extraño tras la jornada frenética. Sobre la mesa descansaba la carpeta del caso, un recordatorio silencioso de que el juego continuaba en su mente.

Al otro lado de la ciudad, la agente Sánchez abrió la puerta de su apartamento con un gesto cansado. Sus pasos resonaron en el suelo de madera mientras dejaba las llaves en la mesa de la entrada. Se descalzó y se sentó en el borde de la cama, sintiendo el cuerpo pesado. Encendió la televisión, sin volumen, solo para llenar el espacio con un parpadeo de luz, como si esa presencia tenue pudiera ahuyentar las sombras que traía consigo.

Durante unos minutos, ambos intentaron descansar, pero el sueño se resistía. Las imágenes del día, las pruebas, la víctima y la presencia invisible del asesino se mezclaban en una sucesión de recuerdos que no les permitían desconectar. Madrid dormía, pero

para ellos la ciudad seguía siendo un tablero silencioso, lleno de amenazas latentes.

Martínez apoyó la cabeza en el respaldo, pero apenas cerró los párpados, la imagen del cadáver de Alberto Ruiz apareció con nitidez. El charco oscuro expandiéndose sobre el parqué, la nota sobre la mesa... y la sensación de que unas manos invisibles movían las piezas de un tablero en el que él era el principal objetivo. Tragó saliva, la tensión pulsando en sus sienes.

Sánchez se giró en la cama, incapaz de encontrar postura. La mente la traicionaba, llevándola de vuelta a la mansión: los pasillos en penumbra, los muebles proyectando sombras largas, la sensación de que algo o alguien los observaba desde lugares invisibles. Cada crujido del edificio le parecía un aviso. La adrenalina del día aún no se había apagado.

Sánchez recordó con detalle sus primeras patrullas junto a Martínez, cuando apenas era una agente novata y la ciudad le parecía un laberinto de ruidos y sombras. Aquellas noches frías de invierno, con el aliento escapando en pequeñas nubes y las farolas parpadeando en calles casi vacías, habían sido sus primeras lecciones de supervivencia. Martínez caminaba siempre un paso por delante, con esa seguridad tranquila que infundía respeto, y su voz firme le enseñaba a leer lo que el resto de la gente pasaba por alto.

Le mostraba cómo interpretar el lenguaje secreto de las calles: una persiana mal cerrada, un coche estacionado fuera de lugar, un silencio repentino en una zona que solía estar llena de murmullos. “El peligro rara vez se muestra de frente”, le decía, y ella aprendía a sentir los cambios en el aire, a intuir las presencias que se ocultaban en la penumbra, a moverse sin hacer ruido, como si la ciudad misma les estuviera observando. Recordaba incluso la manera en que él le corregía la postura, cómo le indicaba dónde colocar los pies para evitar las aceras que crujían o los charcos que delataban su posición.

Cada noche de patrulla se grabó en su memoria como un mosaico de sensaciones: el olor a asfalto húmedo, el reflejo amarillento de las luces en las ventanas, el crujido distante de algún contenedor movido por el viento. Aquellos recuerdos no solo eran lecciones, también eran testigos de una especie de confianza silenciosa que iba creciendo entre ellos. Martínez parecía conocer cada esquina de la ciudad, cada callejón torcido y cada sombra incómoda que podía esconder un secreto.

Esa noche, en la soledad de su habitación, los recuerdos se agolparon en su mente como un río que no deja de correr. Se sintió agradecida por lo que había aprendido de él, pero también inquieta: si alguien entendía el lenguaje oculto de la urbe, si alguien era capaz de descifrar el juego que se había desatado, era Martínez.

Mientras tanto, Martínez se levantó de golpe, incapaz de permanecer quieto un segundo más. Sus pasos resonaron en el suelo del salón mientras caminaba sin rumbo, como un animal enjaulado que busca desesperadamente una salida a su propia inquietud. Cada rincón de la casa parecía esconder una sombra demasiado densa, una presencia silenciosa que le observaba sin ser vista. La nota del asesino martilleaba en su mente, repitiéndose como un susurro insistente que no le daba tregua. Martínez sintió un escalofrío recorrerle la espalda al pensar que aquel desconocido podría conocerle, saber quién era, tal vez incluso haber estado allí antes, entre esas mismas paredes. La duda le oprimía el pecho, y la sensación de vulnerabilidad crecía con cada nuevo paso que daba por la estancia.

Sánchez, tumbada, abrió los ojos y miró el techo con cansancio. Sabía que el sueño tardaría en llegar. Cada imagen de la noche, cada palabra escrita en aquella nota, se enganchaba en su pensamiento como un anzuelo. La casa parecía envuelta en un silencio absoluto, pero bajo esa quietud sentía que algo se movía, imperceptible, aún incomprensible.

Esa noche, separados por calles y sombras, ambos comprendieron que el descanso era un lujo que ya no les pertenecía.

Capítulo 4

Ecos del pasado

El día siguiente avanzaba lentamente mientras la Operación Cazador seguía su curso. Los rayos del sol apenas lograban calentar el aire helado que se filtraba por las ventanas de la comisaría. Martínez no había dormido; su mente seguía atrapada en el bucle de detalles y pistas inconexas.

Sánchez irrumpió en su despacho con la mirada encendida por una mezcla de inquietud y descubrimiento.

— Hemos descifrado algunos de los documentos del USB — anunció, dejando caer una carpeta sobre el escritorio—. Y hay algo que deberías ver.

Martínez hojeó rápidamente los papeles. Eran registros financieros y correos electrónicos entre Carlos García y varios contactos internacionales, pero lo que llamó su atención fue una serie de mensajes cifrados dirigidos a alguien bajo el pseudónimo "El Juego".

— Esto confirma que García está vinculado al asesino — murmuró Martínez, apretando la mandíbula—. Pero hay algo más, ¿verdad?

Sánchez asintió.

— Una de las coordenadas señaladas en el USB apunta a un almacén cerca de la zona del Río Manzanares. Y según los registros, García lo ha visitado varias veces en el último mes.

Sin perder un instante, Martínez, acompañado por un equipo de agentes fuertemente entrenados y equipados, se dirigió al lugar

señalado en el informe.

El trayecto estuvo marcado por un silencio tenso, interrumpido solo por el zumbido del motor y la lluvia fina que golpeaba el parabrisas.

Al llegar, el almacén se alzaba como una masa oscura contra el cielo encapotado, sus paredes de chapa corroídas daban la impresión de abandono total. Sin embargo, a medida que se aproximaban con cautela, comenzaron a notar ciertos detalles que desmentían esa apariencia: pequeñas luces intermitentes delataban la presencia de cámaras de seguridad camufladas entre los pliegues de la estructura, y huellas recientes en el barro indicaban actividad reciente.

Tras un intercambio de miradas, dos agentes se ubicaron en los flancos mientras Martínez y otro compañero avanzaban hasta la entrada principal. La puerta metálica, hinchada por el óxido, cedió con un chirrido penetrante al ser forzada, dejando escapar una ráfaga de aire denso y húmedo.

Dentro, la oscuridad era casi absoluta, apenas interrumpida por la luz de las linternas que revelaban un espacio caótico, con cajas polvorientas amontonadas hasta el techo, algunas con etiquetas ilegibles y otras abiertas, mostrando su contenido disperso. Cada paso resonaba con eco, y el goteo constante de agua desde el techo aumentaba la sensación de abandono y desasosiego, mientras la tensión crecía entre los agentes ante la posibilidad de que no estuvieran solos.

Explorando con cautela el interior del edificio abandonado, avanzaron por pasillos estrechos y polvorientos iluminados apenas por la luz temblorosa de sus linternas. Cada paso resonaba en el silencio, levantando motas de polvo que flotaban en el aire. Al llegar al final de un corredor sin salida, uno de ellos notó un leve desnivel en la pared, y tras una inspección más minuciosa descubrieron que se trataba de una pared falsa, cuidadosamente disimulada entre el

yeso agrietado. Con un esfuerzo conjunto lograron mover el panel, y ante sus ojos apareció una habitación oculta que olía a humedad y a electricidad recalentada.

Dentro, el aire parecía como si llevara horas sin renovarse, cargado de un silencio opresivo que solo se veía interrumpido de vez en cuando por el zumbido constante y monótono de la maquinaria oculta en algún rincón de la sala. Aquel murmullo eléctrico parecía recorrer las paredes, acariciando los bordes metálicos de los armarios y resonando en el suelo de baldosas frías. En el centro exacto de la estancia se erguía, como un altar desolado, una mesa metálica, fría y maciza, que reflejaba la luz mortecina de los fluorescentes del techo. Cada destello en su superficie era como un cuchillo de luz, una punzada que cegaba por un instante y luego dejaba tras de sí un halo de inquietud.

Sobre aquella superficie helada reinaba un caos casi calculado: un enredo de cables que se deslizaban como serpientes negras, cruzándose y enlazándose entre sí, serpenteando entre montones de papeles arrugados. Algunos de esos documentos estaban manchados, ya fuera con huellas grasientas o con trazos apresurados de tinta, como si alguien hubiera trabajado allí con una urgencia febril, dejando tras de sí el rastro de su agotamiento y su ansiedad. Entre los papeles asomaban también viejas carpetas dobladas, bolígrafos sin tapón y un vaso de plástico con un fondo de café olvidado, ya endurecido.

Los monitores alineados en la pared, cuatro en fila y otros tres superpuestos, parpadeaban con un resplandor gélido que teñía de azul la penumbra de la habitación. Cada pantalla proyectaba imágenes en tiempo real de distintos rincones de Madrid: las plazas concurridas donde la gente pasaba ajena, sin sospechar lo más mínimo; las calles estrechas y empedradas del casco antiguo, engullidas por sombras que parecían más densas de lo normal; las largas avenidas iluminadas por farolas que vigilaban la noche con su

ojo amarillento; e incluso, para su desasosiego, el vestíbulo silencioso de la propia comisaría.

Por un instante, mientras sus ojos se reflejaban en las pantallas, sintió el peso de una presencia invisible, algo que lo observaba desde un rincón que no alcanzaba a ver, como si las mismas sombras se hubiesen vuelto conscientes y aguardaran, pacientes, a que cometiera un solo paso en falso.

El ruido constante de los equipos, mezclado con el pitido ocasional de alguna notificación en la pantalla, amplificaba la sensación de que alguien, en algún lugar, los observaba desde hacía tiempo.

— Nos estaban vigilando —susurró Sánchez, horrorizada.

Sobre la mesa, había otro sobre blanco con una nota manuscrita:

“Inspector Martínez:

¿Pensó que estaba un paso adelante? Cada movimiento que ha hecho, cada decisión, ha sido parte de mi diseño. El verdadero juego está a punto de comenzar. Prepárese para el siguiente nivel.

*Atentamente,
El Juego.”*

Martínez arrugó el papel con rabia. Sabía que el asesino no solo era un criminal, sino también un manipulador que disfrutaba controlando cada aspecto del caso.

Cuando el equipo regresó a la comisaría, el ambiente estaba cargado de tensión. Había silencio en la sala de operaciones, roto solo por el tecleo rápido de los agentes que volcaban los datos de la última redada.

Tras horas de rastreo y recopilación de pruebas, por fin tenían algo concreto: las grabaciones de las cámaras de seguridad halladas en el

oscuro y polvoriento almacén del extrarradio. Todas las miradas se dirigieron hacia la gran pantalla central, donde las imágenes comenzarían a revelar lo que se escondía tras el velo de misterio que envolvía el caso.

Martínez se cruzó de brazos, observando con gesto grave mientras el especialista en tecnología reproducía los vídeos uno por uno. Cada cámara mostraba pasillos y rincones silenciosos, cajas apiladas y sombras que parecían moverse al ritmo del viento que se colaba por las rendijas. De repente, en la grabación de la tercera cámara, algo hizo que el corazón de Martínez diera un vuelco: un rostro apenas visible bajo la penumbra, oculto en parte por la amplia capucha de un abrigo oscuro.

— Detén la imagen —ordenó con voz firme, aunque sentía un cosquilleo helado en la nuca.

El agente obedeció sin vacilar, movido por la urgencia silenciosa que se respiraba en la sala. Sus manos recorrieron con destreza los controles del sistema, ampliando la imagen pixelada y ajustando la nitidez al máximo. Cada clic resonaba como un latido, y poco a poco, la figura en la pantalla fue ganando claridad. Las luces artificiales iluminaron el rostro borroso, desvelando fragmentos que parecían querer jugar al escondite con su memoria. La barbilla afilada, los hombros rígidos, la forma en que aquella silueta inclinaba apenas la cabeza... todo ello despertaba en Martínez una sensación incómoda, como un eco lejano que se niega a revelarse por completo.

— No... —susurró Martínez, con la voz quebrada por un hilo de incertidumbre—. Me resulta familiar... pero no sé de qué.

Intentó aferrarse a la memoria, buscó en los rincones más oscuros de su pasado, entre recuerdos confusos y fragmentados. Rostros de viejos compañeros, de enemigos abatidos, de encuentros fugaces en callejones extranjeros, se agolparon en su mente. Operaciones clandestinas, noches interminables siguiendo el rastro de amenazas

invisibles, las horas en que su vida colgaba de un hilo pero la adrenalina le mantenía lúcido... todo acudió como una marea que golpeaba sin compasión. Y sin embargo, nada encajaba. Esa cara, esa forma de estar de pie, era un rompecabezas incompleto. Sabía que había algo ahí, una verdad atrapada entre las grietas del tiempo, pero el recuerdo exacto se le escapaba, como arena entre los dedos.

El aire en la sala se espesó, cargado de tensión y de un temor que ninguno de los presentes se atrevía a nombrar. Martínez sintió cómo su corazón latía con fuerza, como si quisiera empujarle a comprender un misterio que su mente aún no lograba resolver. La incertidumbre era peor que cualquier certeza: si aquella persona estaba de vuelta, si aquella silueta conocida y a la vez desconocida reaparecía en su vida, podría significar el principio de algo mucho más peligroso que todo lo que había enfrentado antes.

Sacudió la cabeza, intentando despejar la confusión, y finalmente pronunció con firmeza:

— Sánchez —dijo, rompiendo el silencio con un tono que hizo que todos los presentes alzaran la vista—, reúne al equipo.

Más allá del ventanal, la noche caía pesadamente sobre Madrid, arrastrando consigo un manto de luces lejanas y sombras alargadas que parecían observarlos en silencio.

Martínez se quedó mirando la ciudad por un instante, sintiendo que el verdadero enemigo no era solo la figura que aparecía en la grabación, sino los secretos que su propia memoria se negaba a revelar. Cada recuerdo bloqueado, cada imagen que no lograba reconstruir, era una trampa a punto de activarse. Y si aquel rostro pertenecía a su pasado, aunque no pudiera situarlo aún, entonces el pasado estaba llamando a su puerta con la fuerza de un golpe certero, trayendo consigo amenazas que podían cambiarlo todo.

En la sala de la comisaría, iluminada por tubos fluorescentes que parpadeaban de forma intermitente y bañaban todo con un tono blanquecino, Martínez y Sánchez se movían con una concentración intensa. El aire olía a papel viejo mezclado con café recalentado, y el eco lejano de teléfonos y pasos resonaba entre los pasillos cercanos.

Sobre la mesa, tenían todo lo que habían encontrado en la sala, una montaña de papeles desordenados cubría casi por completo la superficie, junto a varias carpetas abiertas de las que sobresalían documentos amarillentos. Un vaso de café olvidado, con la esperanza de encontrar alguna huella, que diese más luz al caso.

Los dos agentes inspeccionaban el material con una paciencia ceremoniosa. Cada hoja era tomada con extremo cuidado, primero revisada por ambas caras, luego levantada al trasluz, como si algún detalle secreto pudiera revelarse en cualquier momento. De vez en cuando, inclinaban la cabeza para examinar los bordes de los sobres, palpaban la rugosa superficie del papel con las yemas de los dedos, intentando discernir alguna irregularidad, una marca, cualquier señal. Llegaron incluso a levantar el vaso de café, girándolo lentamente, observando tanto su base como el círculo de café seco, con la esperanza de encontrar una huella grasienta o una mancha que sirviera como pista.

Sin embargo, todo lo que se desplegaba ante ellos parecía un escenario preparado con esmero, un decorado engañoso, como si la propia comisaría se hubiera convertido en un teatro de confusión. No había huellas dactilares en ninguna superficie, ni fibras atrapadas entre los papeles, ni rastro alguno de polvo desplazado. Era como si alguien hubiera manipulado cada objeto con guantes invisibles, limpiando después hasta el más mínimo resquicio con una frialdad quirúrgica. La estancia no ofrecía pistas, sino un vacío calculado. Una advertencia silenciosa vibraba en ese orden impostado.

Martínez y Sánchez se miraron en silencio, sabiendo que el responsable de aquel rompecabezas había planeado cada detalle

para mantenerlos siempre un paso por detrás. Y en el aire pesado de la comisaría flotaba la certeza incómoda de que ese juego mental, oscuro y peligroso, no lo estaban dominando.

Capítulo 5

Entre las sombras de la verdad

En la comisaría, la sala de operaciones estaba iluminada solo por el resplandor de las pantallas. Sánchez tecleaba sin descanso, repasando cada fotograma de las grabaciones obtenidas en el almacén.

— No puedo quitarme esta sensación de familiaridad — murmuró Martínez, mientras ajustaba el enfoque sobre el rostro parcialmente cubierto del hombre que aparecía en los monitores.

Martínez se mantenía, con los brazos cruzados y la mirada fija en el monitor. Sabía que su pasado estaba regresando para atormentarlo, pero aún no estaba listo para entenderlo.

Sánchez decidió ampliar la investigación. Se conectó al sistema de reconocimiento facial, cruzando la imagen con bases de datos nacionales e internacionales. Nada. Era como si aquella persona no existiese.

— Si no podemos identificarlo por aquí, tendremos que buscar en el pasado —dijo Sánchez, girándose hacia Martínez—. Voy a repasar de nuevo el primer asesinato. Quizá haya algo que pasamos por alto.

Martínez asintió, aunque su mente parecía ausente.

Sánchez se sumergió en los informes del caso de Alberto Ruiz: fotografías, análisis forenses y testimonios de vecinos. Comparó los detalles con las grabaciones del almacén y los documentos encontrados en la USB. De repente, algo llamó su atención.

— Mira esto —dijo, señalando la pantalla—. Ruiz asistió a varias reuniones privadas en los días previos a su muerte, todas en la misma zona donde rastreamos el móvil desechable. Y hay una cámara de tráfico que grabó su coche cerca de ese almacén.

Martínez se acercó, interesado.

— ¿Crees que Ruiz conocía al asesino? —preguntó con cautela.

Sánchez frunció el ceño.

— No lo sé, pero hay otra cosa. El mismo patrón de vigilancia que vimos en las grabaciones... aparece en los días previos a su asesinato. Es como si alguien lo hubiera estado siguiendo.

Martínez inspiró hondo. La red se estrechaba.

— ¿Puedes cruzar estas rutas con los movimientos de Carlos García? —preguntó.

Sánchez asintió y comenzó a superponer los datos. Los puntos coincidían en varias ocasiones. No solo García y Ruiz habían estado en la misma zona; también había señales de que alguien más estaba controlando sus pasos.

— Aquí hay un patrón —dijo Sánchez, mostrando el mapa iluminado por los trazos rojos y azules—. El asesino no solo juega con nosotros, también jugaba con sus víctimas antes de matarlas.

En ese momento, un pitido agudo interrumpió la concentración de todos en la sala de monitoreo. La vibración metálica del sonido rebotó en las paredes, generando un silencio abrupto, como si el aire se hubiese detenido.

Era una alerta del sistema de vigilancia; un aviso que nadie quería escuchar a esas horas. La cámara que apuntaba directamente a la

entrada principal de la comisaría había detectado movimiento.

Los ojos de Sánchez se clavaron en la pantalla mientras sus dedos navegaban entre los controles para ampliar la imagen.

Cuando la imagen finalmente apareció, las sombras de la noche parecieron fundirse con la luz fría del monitor. Sánchez sintió erizarse cada vello de su cuello.

Allí, en la oscuridad húmeda del exterior, destacaba una figura inmóvil e inquietante.

Era el mismo hombre que aparecía en la grabación del almacén: hombros anchos, postura rígida como una estatua, y la misma ropa que llevaba en el vídeo, ni una prenda distinta, ni un detalle alterado. Su mirada, oscura y penetrante, estaba dirigida directamente hacia la cámara como si supiera que le observaban, como si estuviera aguardando una señal que aún no había llegado. Era una mirada que parecía perforar no solo la lente, sino también a quien estuviera al otro lado de la pantalla, con un desafío silencioso que helaba la sangre.

La lluvia fina que caía sobre la ciudad comenzaba a empaparle el cabello, que goteaba lentamente por sus sienes y descendía en finos hilos por su cuello. Cada gota brillaba un instante al reflejar la luz de la farola más cercana antes de perderse en la oscuridad de su ropa. A pesar de ello, el hombre no se movía; ni un gesto, ni un temblor, ni un intento de cubrirse. Parecía insensible al frío, a la humedad, al tiempo mismo.

Sánchez tragó saliva, sintiendo cómo su propio pulso martilleaba su cabeza y en su garganta. La tensión en la sala era tan densa que podía sentirse en el aire, mezclada con el zumbido constante de los monitores. Dio un paso hacia atrás, casi sin darse cuenta, sin apartar ni un instante los ojos de la pantalla que retransmitía aquella imagen inquietante.

— Martínez... —susurró con un hilo de voz que apenas rompió el silencio—. Él... él está aquí.

En la sala, lo único que se escuchaba era el murmullo de la tormenta golpeando los tejados y las ventanas. Afuera, en la noche húmeda, el hombre seguía de pie. Inmóvil, como una sombra sólida, como un espectro que desafiaba la seguridad de la comisaría y de quienes se creían a salvo tras sus muros.

Martínez reaccionó de golpe, lanzándose hacia el pasillo mientras la adrenalina estallaba en su pecho y se extendía por todo su cuerpo. Cada zancada resonaba en el suelo como un tambor que marcaba el inicio de un peligro inminente. Afuera, el aire frío se filtraba por cada rendija, cortando la piel y llenando los pulmones de un olor a lluvia y a asfalto mojado. La ciudad parecía contener la respiración, como si incluso la urbe intuyera lo que estaba a punto de ocurrir.

Cuando Martínez abrió la puerta principal de la comisaría, el golpe de aire helado le cortó el rostro al instante. Sacó el arma y avanzó con precaución, con los sentidos agudizados por el silencio anormal de la calle desierta, apenas iluminada por unas pocas farolas cuyo parpadeo intermitente proyectaba sombras cambiantes sobre el asfalto mojado. A lo lejos se escuchaba el rumor de la lluvia, amplificado por el eco de los edificios y el peso de la humedad en el aire. Cada sombra parecía moverse con vida propia, y cada chisporroteo de las luces rasgaba la quietud como un latido nervioso.

En el centro de la acera, bajo la luz amarillenta de una farola que parecía querer extinguirse, estaba él. Inmóvil. Su sola presencia absorbía el sonido de la noche, haciendo que todo lo demás pareciera distante y apagado. La capucha oscura cubría su rostro, pero Martínez podía sentir su mirada, una presión invisible que se clavaba en él con la fuerza de un cuchillo. El mundo entero parecía haberse reducido a ese único punto en la acera, una línea tensa entre cazador y presa, aunque ya no estaba claro quién era quién.

— ¡Policía! ¡Quieto ahí! —bramó Martínez, apuntándole con el arma.

El hombre apenas inclinó la cabeza, como si aquella orden fuese un simple detalle en su plan. Lentamente, alzó las manos. No llevaba armas visibles, pero aquella postura relajada era más perturbadora que cualquier amenaza.

Sánchez apareció unos segundos después, respirando entrecortadamente, pistola en mano.

— ¿Qué hacemos? —susurró, con los ojos alternando entre el sospechoso y las ventanas oscuras de los edificios colindantes.

Martínez no respondió de inmediato. Dio un paso hacia adelante, con los sentidos al límite.

— ¿Quién eres? —preguntó el inspector, su voz grave reverberando en la calle silenciosa.

El hombre habló por primera vez. Su voz era profunda y pausada, cargada de un extraño poder.

— Inspector... El juego ha comenzado.

Antes de que pudiera añadir nada más, el rugido de un motor rompió la quietud. Un coche negro surgió al final de la calle, avanzando a gran velocidad hasta detenerse junto al hombre encapuchado. Con un gesto rápido, abrió la puerta trasera.

— ¡Alto! —gritó Sánchez, alzando el arma.

El sospechoso giró el torso, y en un movimiento calculado, lanzó un objeto hacia Martínez antes de introducirse en el vehículo. El coche arrancó bruscamente, las ruedas chirriaron sobre el asfalto mojado y el vehículo desapareció entre las calles de Madrid antes de que pudieran reaccionar.

Martínez atrapó el objeto al vuelo: un sobre blanco. Su corazón golpeaba con fuerza dentro del pecho mientras rompía el sello con dedos tensos. Dentro había una nota y una fotografía. La imagen le heló la sangre: era él mismo, captado a través de la ventana de su salón, relajado, sin saber que alguien lo vigilaba.

“Inspector Martínez:

Cada paso que da, cada suspiro, está bajo mi control.

La siguiente víctima está más cerca de lo que imagina. Si quiere salvarla, tendrá que comenzar nuestro juego. El tiempo corre.

El Juego”

Martínez sintió una inmensa rabia, haciéndole tensar los hombros y apretar la mandíbula. Su respiración se volvió más pesada, y por un instante escuchó el latido acelerado de su propio corazón como un tambor resonando en el silencio de la noche. Con un gesto rápido, casi brusco, guardó la nota en el bolsillo interior de su chaqueta, intentando contener la rabia que hervía bajo la superficie. Aquello ya no era un simple juego de pistas, ni una provocación para poner a prueba su ingenio. Era una amenaza clara, directa y letal, que ponía en peligro no solo su vida, sino también la de cualquiera que tuviera la desgracia de estar cerca de él.

— Sánchez, tenemos que movernos ya —dijo, con una urgencia que no dejaba lugar a dudas, mientras echaba a correr hacia el coche patrulla.

— ¿A dónde vamos? —preguntó ella, guardando el arma y lanzando una última mirada a la calle desierta, donde las farolas proyectaban sombras alargadas y fantasmales.

Martínez frunció el ceño y, tras unos segundos de silencio, giró la fotografía entre sus dedos.

— Tiene que haber algo más en la fotografía que nos ha lanzado o en el mensaje —dijo, tendiéndole la fotografía a Sánchez.

Ella se inclinó sobre la imagen, repasando con cuidado cada rincón. Al principio, nada parecía raro, ni fuera de lugar, hasta que su mirada se detuvo en un rincón oscuro del cristal de una ventana. Parpadeó, y se acercó un poco más.

— Espera... —murmuró—. ¿Ves el cartel de neón? Las letras parecen irregulares... como si las hubieran manipulado. Mira, ahora se lee claramente: **"Lavapiés"**.

Martínez se inclinó para confirmar, y ambos comprendieron que aquella señal les estaba indicando exactamente dónde debían dirigirse.

— Nos está guiando —dijo al fin Martínez, con la voz cargada de odio, pero también de una determinación fría que le endurecía el gesto—. Pero esta vez pienso adelantarme a sus movimientos.

Subieron al coche, y Martínez encendió la sirena. La luz azul comenzó a girar, cortando la oscuridad de la noche con destellos eléctricos, mientras el motor rugía con fuerza. Las calles de la ciudad, que dormían indiferentes bajo la luz de la luna, se transformaron ante sus ojos en un tablero de ajedrez mortal. Cada esquina era una amenaza oculta, cada sombra un posible enemigo aguardando el momento justo. Pero el inspector estaba listo para mover su pieza, consciente de que la partida había alcanzado un nuevo nivel, uno en el que cualquier error, por mínimo que fuera, podía costar una vida... o varias.

Capítulo 6

La casa de los acertijos

El coche patrulla avanzó lentamente por las serpenteantes calles de Lavapiés, y la noche parecía contener la respiración. Las luces azules de la sirena parpadeaban sobre las fachadas, proyectando sombras que se alargaban y acortaban como si la ciudad misma jugase con ellos. Martínez mantenía el volante con los nudillos blancos, mientras Sánchez repasaba una y otra vez la fotografía que les había dejado el hombre encapuchado.

— Inspector... —susurró ella—. ¿Y si esta vez no llegamos a tiempo?

Martínez no respondió de inmediato. Condujo despacio por las calles estrechas de Lavapiés, sorteando el tráfico ocasional y los peatones que aún paseaban entre bares y tiendas. La ciudad seguía viva, pero las luces de los comercios y el murmullo de voces parecían desvanecerse a medida que se adentraban en callejones menos transitados.

Giraron una esquina, y luego otra, mientras el motor ronroneaba bajo y constante.

A pesar del bullicio lejano, la sensación era extraña: un silencio suspendido entre las fachadas antiguas, balcones repletos de plantas y graffitis que parecían observarlos.

Martínez redujo aún más la velocidad, dejando que los faros recorrieran muros irregulares y portales cerrados, en busca de algo que solo existía en la fotografía. Durante varios minutos, no vieron nada más que la mezcla de luces de farolas y escaparates apagados.

Entonces, un destello rojo, casi imperceptible, se coló entre dos edificios. Siguieron avanzando, girando lentamente, y la luz se hizo más clara: un neón parpadeante, débil, que parecía respirar en la distancia. Tras esquivar un par de contenedores y detenerse ante una plaza pequeña, lo vieron por fin.

En la fachada de un viejo local, oculto entre persianas bajadas y carteles desgastados, un letrero rojo latía tenuemente. Las letras torcidas formaban el mensaje **"ENTRAD"**, como un corazón enfermo llamando desde lo profundo de la ciudad.

— Ahí está el edificio de la fotografía —dijo Martínez con un hilo de voz, mientras su mirada se perdía en la fachada oscura—. El asesino nos está invitando claramente a entrar...

Un silencio pesado cayó sobre ellos, roto solo por el lejano murmullo de la ciudad, que parecía ahogarse entre las sombras.

Aparcaron y cruzaron la acera húmeda, con las armas desenfundadas. El portal se abrió con un gemido grave. Apenas habían dado tres pasos cuando la puerta se cerró tras ellos con un golpe seco, seguido del chasquido inconfundible de un cerrojo automático.

— Estamos encerrados... —dijo Sánchez, tragando saliva.

De pronto, un destello azul iluminó la penumbra. Una vieja televisión colgada de un soporte cobró vida entre interferencias. En la pantalla apareció el rostro enmascarado.

— Bienvenidos, jugadores —dijo la voz distorsionada—. Ha llegado el momento de demostrar si merecen salvar una vida. Cada prueba superada les acercará a la verdad. Pero el tiempo no perdona.

Un pitido agudo resonó, y un temporizador digital se encendió en la pared: **01:30:00**.

Primera prueba: El crucigrama de la memoria

Una bandeja metálica descendió del techo con un chirrido, dejando a la vista un crucigrama enorme y un lápiz gastado. Las casillas amarillentas estaban manchadas de polvo, y las pistas escritas a mano parecían trazadas con una caligrafía irregular, forzada, como si hubieran sido escritas con prisa.

"Los secretos de Madrid yacen en sus nombres; únelos si quieres avanzar", decía la nota que acompañaba al crucigrama.

— Un crucigrama... —murmuró Sánchez, con el ceño fruncido—. ¿Está de broma?

Martínez estiró el papel y miró la primera pista:

Vertical 3: *"Lugar donde el reloj marca el fin y el inicio de todo".*

Martínez frunció el ceño, repitiendo en silencio la pista que flotaba en el aire como un pequeño enigma sin resolver. "El lugar donde el reloj marca el final y el inicio...", murmuró, dejando que las palabras se acomodasen lentamente en su mente. Pensó en estaciones de tren, en torres altas, en plazas donde la gente miraba al cielo esperando una señal.

Recordó entonces aquellas noches de invierno en las que todo Madrid contenía la respiración. Apretó los labios, mientras en su memoria resonaban ecos de campanadas, doce golpes que partían el mundo en un antes y un después. Miró el tablero del crucigrama con cierta indecisión, dudando entre varias posibilidades, dejando que la emoción de la revelación creciera poco a poco.

— ¿Podría ser... la Puerta del Sol? —aventuró al fin, casi en un susurro, como si temiera romper el encanto de ese instante.

Con mano cuidadosa, fue encajando las letras una por una, saboreando la certeza que iba asentándose con cada trazo. Cuando

la última letra ocupó su sitio, un *clic* metálico resonó en la pared, seguido de un leve zumbido.

— Correcto... —susurró Martínez, sintiendo cómo la satisfacción le recorría el pecho como una chispa cálida que tardaba en apagarse.

Siguieron adelante:

Horizontal 5: *"Puente histórico que une la ciudad con su río".*

La sala estaba en penumbra, iluminada solo por el destello intermitente del cronómetro digital. El zumbido de la ventilación parecía amplificar el silencio, y cada segundo que pasaba resonaba como un golpe seco en el pecho de los dos policías.

Martínez frunció el ceño, repasando mentalmente los puentes de la ciudad mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

— Tiene que ser el Puente de Toledo... —dijo finalmente, con una seguridad tensa, que trataba de enmascarar su nerviosismo.

Sánchez le lanzó una mirada rápida, como para asegurarse de que estaba completamente seguro, pero no dijo nada.

Martínez tomó el bolígrafo y escribió con firmeza. Apenas terminó de trazar la última letra, un estruendo metálico sacudió la habitación. Una sirena ensordecedora estalló en el aire, y las luces rojas comenzaron a girar en las esquinas del techo.

— ¡Mierda! —exclamó Sánchez, llevándose instintivamente la mano al cinturón, como si pudiera dispararle a la alarma.

El cronómetro titiló y, ante sus ojos, el contador descendió cinco minutos de golpe. El pitido del reloj mezclándose con la sirena hacía que el corazón latiera todavía más rápido. El eco del fracaso se

quedó flotando en el aire incluso después de que la sirena se apagara.

— Vale... vale... —dijo Martínez, respirando hondo—. No pasa nada... Aún tenemos tiempo.

Sánchez cerró los ojos, intentando aislarse del ruido residual, y repasó mentalmente cada puente del Manzanares: Toledo, Segovia, San Isidro... Su respiración era rápida y podía sentir el sudor resbalando por la nuca bajo el uniforme.

— Piensa... Piensa... —se repetía en silencio.

De repente, lo vio claro.

— Espera —dijo, abriendo los ojos con una chispa de convicción—. Tiene que ser el Puente de Segovia. Es el más antiguo, el que de verdad conecta la ciudad con su río.

Martínez la miró, todavía con el ceño fruncido, pero asintió. Borró con cuidado el intento fallido, como si temiera que cualquier movimiento brusco volviera a desatar la alarma, y escribió lentamente la nueva respuesta.

Un *clic* seco resonó, profundo y metálico, seguido de un silencio absoluto. La pantalla permaneció estable, sin restar ni un segundo más.

Ambos soltaron el aire que no sabían que habían estado conteniendo, sintiendo cómo la tensión les aflojaba apenas los músculos mientras sus pulsos recuperaban un ritmo humano.

Vertical 7: *"Silencio de piedra que custodia el Congreso".*

Martínez sonrió levemente, aunque la sonrisa apenas le duró un instante. El recuerdo del fallo en la pista anterior seguía arañándole

el estómago. La sala parecía más fría, y el eco de sus propios pasos le resultaba inquietante.

— Los leones... —dijo finalmente, con un hilo de voz que temblaba entre la duda y el miedo.

Sánchez arqueó una ceja, mirándole con una mezcla de expectación y desconfianza.

— ¿Solo eso? ¿Un león?

Martínez tragó saliva antes de responder. Notaba cómo el silencio de la sala se cerraba sobre él, como si las paredes mismas aguardaran su respuesta para juzgarle.

— No hay nada más mudo que esos guardianes de bronce —acertó a decir, mientras sus dedos temblorosos colocaban la ficha en el tablero.

El *clic* seco resonó con más fuerza que nunca, y la sala, por un instante, pareció contener la respiración. Una sombra de alivio cruzó su rostro, pero el miedo seguía allí, agazapado, recordándole que un solo error más podría costarle algo que aún no se atrevía a imaginar.

Horizontal 2: *"Mercado famoso, hoy convertido en templo gastronómico"*.

Sánchez fue la primera en reaccionar, aunque con un leve titubeo.

— Podría ser... ¿San Miguel? —dijo, pero luego frunció el ceño—. O quizá el de San Antón, ¿no? También es bastante popular desde que lo renovaron...

— Hmm, pero el de San Ildefonso también ha ganado fama últimamente —apuntó, dudando—. Aunque no sé si lo considerarían un templo gastronómico tan emblemático.

Se miraron, repasando mentalmente los rincones de la ciudad. La imagen de los puestos brillantes bajo los techos de hierro de San Miguel apareció en su mente, pero enseguida la desplazó la idea de los espacios modernos y luminosos de San Antón. Y luego, la bulliciosa y juvenil energía de San Ildefonso.

— No estoy segura... aunque San Miguel es el más icónico, ¿no?
—murmuró al final Sánchez, como si intentara convencerse más a sí misma que a Martínez.

Tras un momento de duda, finalmente decidieron marcar **San Miguel**, y el resultado fue correcto.

Con esa confirmación, continuaron con unas pocas palabras más, avanzando entre rincones de Madrid que parecían cobrar vida entre el polvo y la penumbra.

Cuando completaron las casillas, una trampilla en la pared se abrió con un chasquido, liberando un trozo de cartón rígido.

Martínez lo recogió con cuidado. Contenía un fragmento de mapa, apenas una esquina de Madrid.

— Una pieza del puzzle final... —murmuró, apretando la mandíbula.

Martínez lo sostuvo con cuidado, sintiendo cómo el juego los obligaba a mirar la ciudad de otro modo, como si cada esquina escondiera una clave para sobrevivir.

Sánchez respiró hondo, con los ojos fijos en el temporizador.

— Si todas las pruebas son así, más vale que no cometamos un solo error.

Martínez guardó la pieza en su chaqueta y levantó la vista hacia la oscuridad del pasillo.

— Vamos, el juego no va a esperar.

Segunda prueba: Las letras de la verdad

Un zumbido eléctrico llenó la nueva sala cuando un panel iluminado se activó en la pared opuesta.

Frente a ellos apareció una gigantesca sopa de letras, iluminada desde dentro como si fuera un vitral macabro.

Las letras parecían danzar entre la luz y la sombra, formando un laberinto visual que confundía la vista.

Entre ellas, se escondían palabras relacionadas con Madrid, con la investigación policial y con el propio juego en el que estaban atrapados.

— Ahí está la segunda prueba —murmuró Sánchez, tragando saliva.

Martínez dio un paso hacia adelante, con la mirada fija en el panel.

El temporizador en la pared descendía con su pitido hipnótico:
01:05:00.

Debían encontrar ocho palabras clave. Una voz metálica resonó desde unos altavoces ocultos:

"Cada palabra descubierta abrirá tu mente. Cada error cerrará tu destino."

La primera en aparecer ante sus ojos fue **"SOL"**, escondida en diagonal. Martínez la señaló con el dedo y un timbre agudo resonó en la sala. Las luces de la palabra se apagaron y un *"Correcto"* reverberó en el aire.

Siguieron buscando. Entre la maraña de letras, Sánchez descubrió **"CIBELES"**, serpenteando en zigzag entre otras sílabas. Otro timbre, otro acierto.

El juego se volvía más retorcido. Algunas letras parecían formar varias palabras a la vez, engaños visuales que los hacían dudar. Una y otra vez, el pitido del temporizador les recordaba que el tiempo era su enemigo.

Aparecieron más palabras: **"RUIZ"**, como un espectro sobre la cuadrícula; **"INTERPOL"**, oculta en vertical; **"GARCÍA"**, escrita al revés en la esquina inferior.

Cada hallazgo encendía un pequeño panel lateral, formando un patrón que parecía un mapa de la ciudad. Sánchez comprendió que no era solo un juego de memoria: el tablero revelaba la ruta del asesino.

Les quedaban dos palabras. La tensión era insoportable. Cuando finalmente hallaron **"LAVAPIES"**, escondida en una diagonal invertida, la penúltima luz se encendió. El pitido del temporizador resonaba más rápido, como un corazón desbocado.

La última palabra estaba camuflada entre símbolos extraños: **"CAZADOR"**.

Un sonido metálico resonó en la sala. Una trampilla se abrió con brusquedad y dejó caer la segunda pieza del puzzle. Sánchez la recogió con manos temblorosas.

Martínez la observó, con la mandíbula apretada.

— Dos piezas... y esto solo acaba de empezar —dijo - No sabemos el número de pruebas que vamos a tener que solucionar, con lo que no perdamos el tiempo.

El pitido del temporizador marcaba el compás de su desesperación.

Tercera prueba: Las llaves del destino

Al salir de la habitación de la sopa de letras, un pasillo estrecho y húmedo los condujo hasta un recinto iluminado por una única bombilla parpadeante. El eco de sus pasos sobre el suelo metálico resonaba como si la sala misma los observase.

Frente a ellos, una mesa metálica cubierta de óxido sostenía un caos de llaves antiguas: pequeñas, grandes, retorcidas, algunas con los dientes desgastados, otras marcadas con números o símbolos extraños. Encima, colgaba una pantalla encendida que proyectaba un mensaje en letras rojas titilantes:

"Solo el pasado abre el futuro."

Martínez se acercó despacio, mientras sus ojos recorrían el montón de llaves. El aire olía a hierro y a polvo antiguo.

— Esto es imposible... —murmuró Sánchez, tomando una llave al azar y girándola entre los dedos—. Podría ser cualquiera.

Martínez negó con la cabeza.

— No. Las palabras importan. *Solo el pasado abre el futuro.* Busca algo que nos lleve atrás...

Comenzaron a revisar las llaves una por una. Algunas tenían grabados números, otras letras apenas visibles por el desgaste. Sánchez apartó un manajo oxidado mientras el sonido metálico chocaba contra la mesa.

— Mire esta —dijo, mostrando una llave con el número **1987** grabado en su cabeza.

Martínez la tomó entre los dedos, sintiendo el frío del metal.

— 1987... el año en que comencé mi primera misión en la unidad antiterrorista —murmuró sin darse cuenta.

Se acercó a la caja fuerte que dominaba la habitación. El candado que la aseguraba era viejo, con el acero ennegrecido por los años. Introdujo la llave y giró con cuidado. Un *clic* seco resonó en la sala, seguido de un leve susurro mecánico. El candado se abrió.

Dentro, encontraron un sobre blanco con la tercera pieza del puzzle, junto a una fotografía: la fachada de un edificio en sombras, apenas iluminado por un reflejo de luna.

— Nos está obligando a pensar como él —dijo Martínez, con el ceño fruncido—. Cada detalle tiene su razón.

Mientras guardaba la pieza, una alarma suave resonó en el pasillo, y una compuerta lateral se abrió, invitándolos hacia la siguiente prueba. El juego continuaba...

Los policías miraron al temporizador: solo quedaban cuarenta minutos. El pitido rítmico marcaba cada segundo como un golpe en el pecho, recordándoles que el tiempo se agotaba. Habían perdido demasiado en las pruebas anteriores, cada error les había robado minutos preciosos.

Martínez intercambió una mirada con Sánchez. No hacía falta hablar: había que correr. La sala parecía más estrecha, el aire más denso, como si el propio edificio quisiera ahogarlos en su carrera contra el reloj. Corrieron por el pasillo iluminado por luces rojas intermitentes, con el eco de sus pasos resonando en las paredes, empujados por la urgencia y la certeza de que un instante de vacilación podría costarles todo.

El juego los llevaba al límite. Y el tiempo, implacable, se deslizaba como arena entre sus dedos.

Cuarta prueba: El rompecabezas visual

La sala a la que accedieron tras superar la prueba de las llaves estaba iluminada únicamente por un hilo de luz que se filtraba desde una rendija en el techo. En las paredes, decenas de fotografías en blanco y negro colgaban torcidas, sujetas con pinzas. Algunas mostraban calles vacías de Madrid, mientras que otras captaban rincones oscuros, miradas furtivas y fachadas reconocibles.

En el centro de la sala, un gran tablero de madera con la silueta del Palacio de Cibeles ocupaba el espacio. Varias hendiduras irregulares marcaban dónde debían encajar las fotografías para completar un mosaico.

Al acercarse al montón de fotografías esparcidas sobre la mesa, Martínez notó que algunas tenían números escritos en el reverso, trazados con una caligrafía rápida y casi ansiosa. Los giró con cuidado, uno por uno, descubriendo que formaban una secuencia lógica, como si alguien se hubiera tomado el tiempo de ordenar sus pasos en un diario visual. Cada imagen mostraba un rincón distinto de la ciudad: callejones oscuros, cafeterías medio vacías, estaciones de metro en penumbra. En una de ellas, incluso, se apreciaba la silueta de Sánchez cruzando la calle, ajena a que alguien la estaba fotografiando desde la distancia.

No era solo una colección de imágenes; era una crónica de cada movimiento que habían hecho en los últimos días. Había fotos del portal de la comisaría, del quiosco donde compraron el periódico, de la plaza donde discutieron el caso, e incluso del coche aparcado en la esquina mientras ellos hablaban dentro. El fotógrafo siempre había estado un paso detrás... o quizá delante, esperando.

— Éste es su juego... —murmuró, recorriendo las siluetas y los rostros capturados—. Nos ha seguido en cada paso, como una sombra.

Sánchez, con el ceño fruncido, comenzó a tomar las imágenes más nítidas y a probar encajarlas en el tablero dispuesto frente a ellos.

Cada vez que una pieza quedaba bien alineada, un suave *clic* resonaba en la sala, como un latido mecánico que confirmaba el progreso. Sin embargo, cuando intentaron colocar una imagen fuera de lugar, un sonido estridente y metálico los obligó a retroceder, con el corazón golpeándoles en el pecho.

— Cuidado —advirtió Martínez, secándose el sudor—. Un solo error podría activar algo peor que un aviso.

El temporizador vibraba en la distancia, marcando el paso inexorable del tiempo. Poco a poco, el mural tomó forma: el Palacio de Cibeles emergió ante sus ojos, rodeado de calles, fachadas y esquinas reconocibles. Entre las fotos, Martínez encontró una que le heló la sangre: su propia figura, entrando en la comisaría dos días antes, con el mismo abrigo que llevaba ahora. Comprendió que no solo los observaban; los habían estado cazando, paso a paso.

— Está jugando con nuestra mente —gruñó, apretando los dientes.

Tras un silencio cargado de tensión, encajaron la última fotografía. Un sonido metálico reverberó por toda la sala, y una trampilla oculta se abrió, dejando caer un fragmento de mapa de cartón con coordenadas inscritas. Martínez lo sostuvo unos segundos, sintiendo que cada pieza los empujaba más adentro de una ciudad que ya no era suya, convertida en un tablero de caza.

— Vamos, Sánchez —dijo, guardándose el fragmento—. Esto acaba de ponerse más peligroso.

Quinta prueba: Las campanadas del tiempo

La siguiente sala era un espacio circular, envuelto en penumbra, con paredes de piedra húmeda que resonaban con el goteo constante de agua. En el centro, un viejo reloj de pie se erguía como un guardián

del tiempo, sus agujas paralizadas en las doce. A su alrededor, doce altavoces empotrados en las paredes formaban un círculo perfecto.

Nada más entrar, la puerta se cerró con un golpe seco, y el temporizador digital en el techo comenzó a marcar **00:15:00**. La presión aumentaba.

De pronto, las campanadas comenzaron.

iBong!

iBong! iBong!

...Bong!

Sonaban desordenadas, algunas rápidas, otras lentas, como si el reloj mismo estuviera roto. El eco rebotaba en la sala, haciendo difícil distinguir el origen de cada campanada. En la pared, una nota escrita con tinta negra temblorosa decía:

"Ordena el tiempo. Solo quien entienda el pasado podrá llegar al futuro. Doce golpes marcan la salvación."

Sánchez se tapó los oídos un instante.

— Son... caóticas. No hay patrón —susurró.

Martínez cerró los ojos, concentrándose. Reconoció cada campanada, recordando el eco de la Puerta del Sol en Nochevieja, donde el ritmo de las campanas marca cada uva, cada segundo que separa el año viejo del nuevo.

— Escúchalas bien —dijo, sereno—. 12... 3... 7... 1... 9... Está formando una secuencia. ¿Ves? Está saltando entre horas.

En el centro de la sala, bajo el reloj de pie, había un panel circular con doce interruptores numerados del uno al doce, como un reloj sin agujas. Parecían estar esperando la secuencia correcta.

— Es un código —afirmó Sánchez, analizando la nota—. Si pulsamos los interruptores en el orden de las campanadas, quizá...

Un nuevo ciclo comenzó. Martínez apuntó la secuencia: **12, 3, 7, 1, 9, 4, 11, 2, 8, 6, 10, 5.**

— Vamos, rápido —dijo, mientras el marcador bajaba a **00:12:32.**

Sánchez pulsó **12**. El panel emitió un destello azul.

Luego **3**. Otro destello.

Al llegar al **7**, un zumbido grave resonó: correcto.

Llegaron a **1**, pero un pitido agudo les hizo apartar la mano.

— ¡Error! —gritó Martínez—. La primera secuencia era una trampa.

El reloj de pie comenzó a girar sus manecillas descontroladamente, y un pitido constante retumbaba en la sala. Las paredes desprendieron un polvo fino, como si el tiempo mismo se estuviera desmoronando.

Martínez respiró hondo.

— Piensa... *Doce golpes marcan la salvación.* Doce meses... Doce horas... El orden de un año. Enero es 1, diciembre es 12. Tal vez...

Sánchez comprendió.

— ¡Es el calendario! La secuencia corresponde al orden de los meses según las horas.

Volvieron a escuchar. **3, 6, 9, 12...** El patrón era circular: los cuartos de hora de un reloj. Cada campanada representaba un mes en su posición horaria.

Martínez pulsó los interruptores según el ciclo lógico. Esta vez, el panel brilló en verde. El reloj de pie comenzó a moverse lentamente, marcando la medianoche exacta.

Con un estruendo metálico, la cuarta pieza del puzzle cayó de una trampilla en el pedestal, y las campanadas cesaron abruptamente. La sala quedó en un silencio sepulcral, roto solo por su respiración agitada.

— Cada segundo cuenta... —murmuró Martínez, guardando la pieza en su bolsillo—. Y él lo sabe.

Al fondo, una compuerta se abrió lentamente, invitándoles hacia la siguiente prueba.

Cada prueba consumía su energía. El polvo les secaba la garganta, la tensión les nublaba el juicio y el pitido insistente del temporizador era como un martillo. Cuando quedaban solo dos piezas, el marcador lucía **00:06:15**.

La última prueba. El enigma

El corredor final los condujo a una sala semicircular, sumida en la penumbra. La luz mortecina de una bombilla desnuda apenas revelaba las columnas que se alzaban en el centro. Cada una estaba cubierta de símbolos tallados en piedra: números romanos, letras griegas, signos abstractos que parecían ojos, relojes y llaves. En el fondo, la pared mostraba una inscripción en latín, con huecos vacíos:

_TEMP·__·FUGIT_
_VITA·__·LUDUS_

— “El tiempo vuela. La vida es un juego...” —murmuró Martínez, recorriendo con los dedos las letras incompletas.

En el centro de la sala, un mecanismo circular se alzaba como un reloj solar, con ranuras para encajar piezas móviles. Sobre el

pedestal, una nota escrita con la caligrafía inconfundible del asesino:

"Solo quien entienda el lenguaje del tiempo y del juego podrá salvar una vida. Tres símbolos falsos siempre confunden al cazador."

El temporizador de la pared marcaba **00:06:00**.

— No hay margen de error —dijo Sánchez, respirando hondo.

Repartieron las tareas sin hablar. Sánchez comenzó a inspeccionar las columnas, tomando nota de los símbolos repetidos, mientras Martínez se centraba en la inscripción. Pronto descubrieron que ciertas letras faltantes coincidían con símbolos que representaban conceptos: un reloj de arena equivalía a la letra T, un ojo a la O.

— Aquí... **TEMPUS FUGIT** —dijo Martínez, encajando mentalmente los símbolos.

Un *clic* metálico sonó al alinear la primera columna con el mecanismo central.

Sánchez, mientras tanto, encontró un símbolo que parecía una serpiente mordiendo la cola. Dudó.

— ¿Esto será parte del enigma?

Martínez negó con la cabeza tras observarlo.

— No encaja con la inscripción. Es un símbolo falso para intentar que fallemos.

Faltaban dos huecos. El sudor les corría por la frente. El temporizador descendía a **00:04:23**.

— ¡Aquí! —exclamó Sánchez—. La llave representa la L. VITA LUDUS.

-

Colocaron las piezas correctas en el reloj solar. Los engranajes internos comenzaron a girar lentamente, con un chirrido que resonó en la sala. El puntero del reloj se movió hasta marcar el mediodía.

Un estruendo metálico anunció que la compuerta se había desbloqueado. La penúltima prueba estaba superada.

Martínez respiró hondo, con la mirada fija en el temporizador que marcaba **00:00:37**.

— Se acabaron los juegos —dijo, tomando la pieza final del puzzle.

El mapa de cartón que habían ido completando mostraba, por fin, la urbanización en las afueras de Madrid: el próximo escenario mortal.

Colocaron la última pieza del puzzle justo cuando el temporizador llegó a **00:00:00**.

Una alarma ensordecedora llenó la casa de los acertijos. La televisión se encendió sola.

— Han completado el puzzle... pero demasiado tarde. Una vida se ha perdido —dijo la voz distorsionada.

Martínez sintió un golpe en el pecho. La impotencia le atravesó como un cuchillo.

La puerta metálica se abrió con un chirrido. Afuera, el aire frío de la madrugada golpeó sus rostros. Sánchez sostenía el mapa con manos temblorosas.

— ¿Vamos? —preguntó.

Martínez asintió, con la ira contenida en la mandíbula.

— Vamos. A ver qué nos encontramos. Con el mapa del puzzle, ya sabemos dónde tenemos que ir.

Martínez y Sánchez salieron de la casa de los acertijos con el mapa del puzzle en la mano y el sonido de la sirena de la casa resonando en la distancia. La noche aún estaba viva, cargada de humedad y de la tensión de haber estado a segundos de perderlo todo. Mientras corrían hacia el coche patrulla, Martínez sacó la radio policial de su cinturón.

— Aquí el inspector Martínez, necesitamos refuerzos inmediatos en una zona a las afueras de Madrid, cerca del distrito Barajas. Les paso las coordenadas ahora. Repito: refuerzos inmediatos, posible escenario activo con riesgo de nuevas víctimas —dijo, su voz grave y firme resonando entre el crepitar de la estática.

Sánchez abrió la puerta del coche y miró hacia el mapa mientras lo iluminaba con la linterna.

— Van a necesitar al menos dos unidades más, un equipo de asalto y también ambulancias por si hubiera posibles víctimas. Si el juego nos ha llevado hasta allí, no podemos entrar solos —añadió, mientras el motor del patrulla rugía al arrancar.

El inspector ajustó el cinturón y pisó el acelerador, sintiendo cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. La radio crepitó de nuevo.

— Recibido, inspector. Dos unidades en camino y helicóptero en alerta. Tiempo estimado de llegada: diez minutos. También se ha avisado a las unidades del 112 para el envío de ambulancias.

Martínez apretó el volante, con la mirada fija en la carretera iluminada solo por los faros.

— Diez minutos... espero que baste —murmuró, mientras la sirena azul comenzaba a cortar la oscuridad.

El juego continuaba, y la siguiente jugada sería en la urbanización que ahora se dibujaba como un nuevo tablero en la mente del cazador.

Capítulo 7

La casa del silencio

El coche patrulla avanzaba a toda velocidad por la carretera, con el motor ronroneando bajo la noche cerrada. En el horizonte, la luna menguante se ocultaba entre nubes bajas, tiñendo de plata los campos desiertos.

Martínez mantenía los ojos fijos en el mapa que Sánchez sostenía, iluminado por la luz tenue del salpicadero. Cada curva de la carretera parecía llevarles más lejos del mundo conocido, hacia un lugar donde solo reinaba el silencio.

— Es aquí —dijo Sánchez finalmente, con la voz apenas un susurro, señalando la verja de hierro que emergía de un muro cubierto de enredaderas.

El portón se abrió sobre un sendero flanqueado por álamos oscuros, que parecían inclinarse hacia ellos como testigos mudos. Martínez apagó el motor, y el silencio fue absoluto, tan denso que parecía absorber el ruido de sus propias respiraciones. Descendieron del coche, y el crujido de la grava bajo las botas retumbó como un disparo.

Al acercarse a la verja, un viento frío agitó las ramas y trajo un leve olor a madera podrida y a humedad, mezclado con el perfume lejano de flores nocturnas.

Martínez empujó la verja, que cedió con un chirrido áspero. Durante unos segundos, el inspector sintió la extraña sensación de estar cruzando un umbral simbólico: del mundo de los vivos al tablero del asesino.

El sendero los condujo hasta una antigua finca de piedra. Vista de cerca, la casa imponía: ventanas altas, muchas tapiadas con tablones irregulares, otras abiertas como ojos vacíos. Las paredes, ennegrecidas por la humedad, parecían sudar en la penumbra. Ni un solo punto de luz, ni un ruido que delatara presencia humana.

Martínez hizo una señal con la mano, y ambos se aproximaron con cautela, las armas desenfundadas. La puerta principal estaba entornada. Una ráfaga de viento la empujó levemente, como invitándolos a entrar. Sánchez tragó saliva.

— ¿Entramos? —preguntó, aunque su tono denotaba que la decisión ya estaba tomada.

— No tenemos otra opción —respondió Martínez.

Al cruzar el umbral, la oscuridad los envolvió por completo. Solo la luz de sus linternas cortaba la penumbra, revelando un vestíbulo cubierto de polvo, con muebles antiguos cubiertos por sábanas amarillentas.

De pronto, un sonido agudo rompió el silencio: un teléfono de disco, sobre una mesa polvorienta, comenzó a sonar. Cada timbrazo rebotaba en las paredes desnudas, amplificando la sensación de que la casa misma respiraba.

-

Martínez lo descolgó sin vacilar.

— Inspector... —dijo la voz distorsionada—. Llegaron... tarde. Pero aún tienen una oportunidad de salvar a la persona que está en esta casa.

Antes de que Martínez pudiera responder, un sonido metálico de cadenas arrastrándose resonó en el piso superior, seguido de un quejido ahogado.

Sánchez dio un paso atrás, con los ojos abiertos como platos.

— ¡Está viva! —susurró.

Martínez asintió y corrió hacia la escalera. Cada peldaño se quejaba bajo su peso, y el eco de sus pasos se mezclaba con un pitido lejano, inconfundible: un temporizador. El pasillo superior estaba sumido en la penumbra, cortada por sus linternas. Un rastro de sangre fresca dibujaba un camino irregular hasta una puerta cerrada al fondo.

— Cuidado —advirtió Martínez, acercándose al cerrojo.

Forcejearon la puerta durante varios segundos que parecieron interminables, hasta que finalmente cedió con un crujido metálico que resonó en el pasillo como un eco ominoso. La madera golpeó la pared al abrirse y un aire viciado, cargado de polvo y humedad, salió de la habitación. Martínez entró primero, seguido de cerca por Sánchez, y lo que vieron les heló la sangre.

En el centro de la estancia, iluminada solo por la luz amarillenta que se filtraba desde el pasillo, una joven permanecía inmóvil, atada de pies y manos a una silla. Su cabello revuelto le caía sobre el rostro, y la cinta adhesiva que sellaba su boca estaba marcada por las lágrimas que resbalaban sin cesar por sus mejillas. Sus ojos, muy abiertos, oscilaban entre el terror y la súplica.

A su alrededor, cuatro temporizadores digitales emitían un brillo rojo intermitente, dispuestos en el suelo formando un cuadrado perfecto. La cuenta regresiva marcaba **00:04:00**, y el pitido rítmico de cada segundo que pasaba se convertía en un martillo implacable en sus oídos.

Martínez levantó la mano para frenar a Sánchez antes de que diera un paso más.

— Espera... —susurró—. No podemos tocar nada todavía.

Sabían que no podían simplemente desatarla. Cualquier error podría tener consecuencias fatales, si es que aquello estaba conectado a algún tipo de trampa. El silencio, roto únicamente por el pitido de los dispositivos y la respiración temblorosa de la chica, se hizo insoportable.

Martínez se acercó despacio, agachándose hasta quedar a la altura de uno de los temporizadores. Los observó con minuciosidad: cajas negras con pantallas LED, unidas por un enredo de cables improvisados que se perdían bajo las viejas tablas del suelo. No había explosivos a la vista, pero eso no significaba que no existieran. Su entrenamiento en la unidad antiterrorista le obligaba a asumir siempre lo peor.

Con sus guantes, tocó apenas un cable, comprobando su tensión, y luego miró a su compañera.

— Todavía no sabemos qué es esto. Déjame pensar —dijo entre dientes.

Se inclinó hacia la joven y, con sumo cuidado, despegó la cinta de su boca, temiendo que un simple gesto brusco pudiera activar algún mecanismo oculto.

— Tranquila... —su voz era baja, casi un murmullo—. Respira. ¿Has visto quién te hizo esto? ¿Sabes si estos temporizadores están conectados a algo?

La muchacha sollozó, sacudida por un temblor que recorría todo su cuerpo. Intentó hablar, pero solo emitió un gemido ahogado. Sus labios temblaban y sus ojos, enrojecidos, se llenaron de pánico al mirar los números descendiendo en los temporizadores. No sabía nada. El miedo la tenía completamente paralizada.

Martínez respiró hondo, sintiendo cómo el tiempo les pisaba los talones. Se incorporó y pasó a estudiar cada dispositivo con la concentración de un cirujano. Analizó los patrones de los cables, las

conexiones, cualquier señal de que pudiera haber un detonador o un sistema de alarma escondido. Cada segundo que pasaba parecía estirarse como si la habitación entera estuviera suspendida en el tiempo. El pitido de los temporizadores marcaba el compás de la tensión.

Sánchez, quieta junto a la puerta, observaba con el ceño fruncido, el sudor perlándole la frente.

— Martínez... quedan tres minutos —murmuró, y su voz resonó en la habitación como un disparo.

— Lo sé —respondió sin apartar la vista de los cables.

Uno a uno, comenzó a desconectar los temporizadores, siguiendo un orden lógico que solo él comprendía. Cada clic metálico, cada pitido que se apagaba, era como un latido de esperanza. Aun así, el ambiente seguía cargado de adrenalina; cualquier error podría anularlo todo.

— Finalmente, tras lo que parecieron horas, el último temporizador quedó inerte. Martínez esperó unos segundos largos, conteniendo la respiración, hasta asegurarse de que el silencio no escondía ninguna explosión inminente. No había nada. Solo el rumor de la noche colándose por la ventana entreabierta y los sollozos de la joven.

— No hay explosivos... —dijo al fin, dejando escapar el aire que no sabía que retenía.

Con sumo cuidado, comenzó a desatarla mientras Sánchez se acercaba para ayudar. Las cuerdas cayeron una a una al suelo, y la chica se derrumbó en sus brazos, aún temblando de puro terror. El juego macabro había terminado, pero el veneno del miedo seguía impregnando cada rincón de la habitación.

En ese momento, la ambulancia ya había llegado y los sanitarios atendían a la joven, que sufría un ataque de pánico. Sus sollozos se mezclaban con las voces firmes de los paramédicos intentando calmarla y viendo si tenía cualquier tipo de herida o lesión.

El rugido de motores hizo su llegada, y varios coches policiales se detuvieron frente al edificio. Un grupo de agentes descendió rápidamente, equipados con guantes, linternas y material forense.

— Inspector —dijo uno de ellos al acercarse—, estamos listos para peinar el edificio en busca de cualquier prueba, huella o indicio que nos ayude a identificarlo.

— Entrad con cuidado —ordenó Martínez—. Si ha preparado esto como un juego, cualquier detalle puede ser una pista... o una trampa.

El inspector Martínez y la agente Sánchez observaban la escena, con los hombros tensos y el cansancio grabado en sus rostros. Fue entonces cuando Sánchez rompió el silencio:

— Inspector... ¿Lo hemos conseguido?

Martínez no apartó la mirada de la joven, que comenzaba a calmarse bajo la manta térmica.

— Sí... y no —dijo con un tono grave—. No había peligro real. Todo estaba preparado como un juego psicológico. Quería asustarnos, mantenernos al límite, hacernos creer que cualquier error podía costarle la vida.

Sánchez frunció el ceño.

— Entonces... ¿todo esto fue solo para jugar con nosotros?

— Para jugar... y para recordarnos que tiene el control.

Mientras el equipo se dispersaba por el interior del edificio, revisando habitación por habitación, un sonido agudo irrumpió en la noche: el móvil de Martínez vibró. Casi al mismo tiempo, el de Sánchez también.

Ambos miraron sus pantallas con el corazón acelerado. La tenue luz azul les iluminaba los rostros tensos mientras sus dedos temblorosos sostenían los móviles.

En ellas, lentamente, apareció un mensaje sin remitente, como si surgiera de las sombras mismas:

“¿Creíais que esto había terminado?”

El verdadero juego apenas comienza.

Siguiente ronda: amanecer. Os estaré esperando”.

El aire, ya cargado de humedad, pareció volverse de pronto más frío, como si una corriente invisible se deslizara entre ellos. Martínez guardó el móvil en el interior de su chaqueta con un movimiento brusco.

Su ceño se frunció con rabia contenida y miedo apenas disimulado, hasta que sus ojos se cruzaron con los de Sánchez, que reflejaban la misma mezcla de incertidumbre y adrenalina.

— No ha hecho más que empezar... —murmuró, con un hilo de voz que apenas rasgó el silencio.

Dentro del edificio, la actividad estalló: pasos apresurados que resonaban en los pasillos, linternas que encendían destellos fugaces en las paredes, radios que crepitaban con órdenes cortas y nerviosas. La búsqueda había comenzado, y su ritmo frenético prometía prolongarse durante horas interminables.

Cada movimiento que hacían parecía empujarles más hondo en el tablero macabro del asesino, una partida que ellos no controlaban y que apenas empezaban a comprender.

La noche aún no había terminado, y sin embargo, el juego ya había cambiado para siempre, atrapándolos en una espiral de tensión que solo acabaría con el primer rayo del amanecer... o con algo mucho peor.

Capítulo 8

Amanecer de cacería

El amanecer se filtraba tímidamente entre los edificios de Madrid, tiñendo de naranja y rosa las nubes bajas. La ciudad despertaba sin saber que, en sus sombras, una cacería continuaba. Martínez observaba desde la ventana de su despacho, con los ojos rojos por la falta de sueño. La joven rescatada dormía en una sala contigua, bajo la vigilancia de dos agentes, mientras el equipo forense seguía procesando la Casa del Silencio.

Sánchez irrumpió en el despacho con un café humeante y un sobre en la mano.

— Llegó esto hace unos minutos —dijo, con el ceño fruncido—. Lo dejaron en la entrada de la comisaría. Sin cámaras que lo capten.

Martínez abrió el sobre con una lentitud deliberada, como si el más mínimo movimiento brusco pudiera alterar la gravedad de lo que contenía.

Las yemas de sus dedos sintieron el roce áspero del papel, y el crujido leve del pegamento al despegarse resonó en la sala silenciosa.

Dentro encontró una nota doblada con precisión y una fotografía con los bordes ligeramente desgastados, como si hubiera pasado por muchas manos.

Con cuidado, examinó primero la imagen: el amanecer teñía el cielo con tonos anaranjados y rosados sobre el Puente de Segovia, y entre la niebla matinal emergía la silueta oscura de una persona, de

espaldas, inmóvil, como un centinela o un espectro. La luz temprana creaba reflejos en el agua del río, y el viento parecía agitar levemente la ropa de aquella figura lejana, dándole un aire fantasmal.

Respiró hondo antes de desplegar la nota. La caligrafía era firme, trazada con tinta negra intensa, cada trazo seguro y medido. Solo tres palabras ocupaban el centro del papel, pero su peso era devastador:

“Tu turno, cazador”.

Martínez sintió que los músculos de su mandíbula se tensaban en respuesta automática. Aquellas palabras resonaban como un desafío directo, una burla personal.

Cada paso del asesino parecía diseñado para jugar con su mente, para obligarle a seguir un juego macabro que no había elegido pero que ya conocía demasiado bien.

— Quiere que vayamos al puente —dijo finalmente, girando el rostro hacia Sánchez, que lo observaba con expectación y un rastro de inquietud en los ojos.

— ¿Crees que es una trampa? —preguntó su compañera, intentando sonar firme, aunque la duda se filtraba en su tono.

— Siempre lo es —replicó Martínez, sin apartar la vista de la fotografía.

Pocos minutos después, la patrulla se deslizaba por las calles de Madrid. La ciudad despertaba lentamente bajo la luz dorada del amanecer: los semáforos parpadeaban en ámbar, los escaparates reflejaban la claridad incipiente y un par de trabajadores del servicio de limpieza barrían hojas húmedas sin mirar a los policías que pasaban. El murmullo de la radio policial era un telón de fondo constante, interrumpido por chasquidos y avisos rutinarios.

Al llegar al Puente de Segovia, un viento helado les recibió como un golpe directo al pecho. Venía desde el río, cargado del olor húmedo del agua y del asfalto mojado por el rocío. Las barandillas del puente estaban frías al tacto, y la niebla apenas se retiraba, dejando la escena envuelta en un silencio inquietante.

Martínez inspeccionó el entorno con mirada entrenada, cada sombra y cada rincón. Entonces lo vio: en el centro exacto del puente, una caja metálica descansaba sobre el pavimento, solitaria, con su superficie brillante captando el reflejo del sol naciente. No había nadie a la vista, pero la sensación de que múltiples ojos invisibles los observaban era abrumadora.

Se acercaron con cautela, cada paso resonando hueco en el pavimento. La caja estaba cerrada con un candado sencillo, y sobre la tapa un reloj digital parpadeaba con una cuenta atrás que daba miedo: **00:30:00**.

— Otra prueba —susurró Sánchez, con la voz quebrada y tragando saliva.

Martínez se agachó, analizando cada arista de la caja. No detectó cables ni mecanismos visibles que sugirieran un explosivo improvisado. Con un movimiento decidido, sacó su navaja multiusos y forzó el candado, que cedió con un chasquido seco.

Dentro había solo dos objetos: una radio portátil de aspecto robusto y una tarjeta de memoria sin etiquetas. Al verlos, sintió que aquello no era el final, sino el inicio de un nuevo juego, y el reloj seguía corriendo.

La radio crepitó con un chasquido eléctrico que rompió el silencio helado del amanecer. Un zumbido primero, luego una voz distorsionada, grave, como si viniera de un túnel muy lejano, llenó el aire:

— Inspector... bienvenido a su turno. La próxima víctima ya está en juego. Solo tiene treinta minutos para encontrarla. La ciudad es su tablero. Las piezas ya están en movimiento.

Martínez tomó la pequeña tarjeta de memoria que acompañaba el mensaje, sus dedos temblando apenas, y la insertó en la tablet policial. La pantalla cobró vida con un destello azul, proyectando un mapa detallado de Madrid. Tres puntos rojos parpadeaban como heridas abiertas en la ciudad: El Retiro, la estación de Atocha, el Mercado de San Miguel.

— Nos está obligando a elegir —murmuró Sánchez, notando cómo el tiempo ya parecía deslizarse más rápido.

Martínez frunció el ceño, su mirada fija en el mapa. El reloj digital del puente del coche marcaba **00:27:45**. Cada segundo parecía un latido en su sien.

— No es aleatorio —dijo con voz baja pero firme—. Quiere que pensemos como él... Antes eligió lugares que tenían un significado. Para la ciudad... y para mí.

Se inclinó sobre la tablet, estudiando la geometría de los puntos. De pronto, lo vio: el triángulo perfecto que formaban. Y en su centro, como un corazón palpitante, la Plaza Mayor.

— Allí —afirmó, con una determinación gélida—. Nos quiere en la Plaza Mayor.

Encendieron el motor y arrancaron con un rugido contenido, sirena apagada para no espantar al depredador.

Madrid despertaba lentamente: los primeros autobuses cruzaban las avenidas, algunos ciclistas deslizaban su rutina matinal, y las luces de los escaparates recién encendidas titilaban como faros en la penumbra. Pero para ellos, la ciudad era ahora un tablero de caza.

A medida que se acercaban, la tensión se hacía casi física. La Plaza Mayor emergió entre callejones estrechos, bañada por un sol dorado que acariciaba los arcos de piedra y el empedrado húmedo. Allí, en el centro absoluto, destacaba un globo rojo que flotaba atado al cuello de la estatua ecuestre de Felipe III, moviéndose suavemente con la brisa.

Bajo el globo, un maletín negro aguardaba como un animal en reposo.

Martínez descendió del coche, y cada uno de sus pasos resonó en la plaza vacía con un eco hueco. El silencio parecía forzado, como si la ciudad contuviera la respiración. Con movimientos lentos, se agachó y abrió el maletín. La tablet encendida mostraba una transmisión en directo: una mujer amordazada, temblando, sola en un vagón del metro vacío. Tras ella, a través de la ventanilla, se veía fugazmente el distintivo azul de la línea 1 y un cartel que confirmaba que el tren avanzaba desde Valdecarros, dejando clara la procedencia del vagón donde ocurría todo.

En la esquina de la pantalla, un reloj digital parpadeaba: **00:15:22**.

La voz distorsionada volvió, ahora más cercana, como si susurrara desde detrás de su oído:

— Quince minutos, inspector. ¿Será usted un cazador... o solo otra pieza en mi tablero?

-

Martínez cerró los ojos durante un segundo que le pareció eterno. Sintió el amanecer iluminando Madrid, pero para él, la ciudad era ya un laberinto de sombras y trampas.

El tic tac invisible resonaba en su mente: el juego había comenzado de verdad.

El juego continuaba.

Martínez y Sánchez corrieron hacia el coche patrulla mientras la imagen de la mujer en el vagón del metro ardía en su memoria, como si cada parpadeo fuera una cuenta atrás silenciosa. Cada segundo parecía multiplicarse. Encendieron la sirena por primera vez aquella mañana, y el rugido del motor se mezcló con el eco metálico de las calles empedradas mientras aceleraban hacia la estación más cercana que pudiera interceptar el paso del tren.

— Atocha —dijo Martínez con la voz firme, pero cargada de urgencia—. Por la hora y la dirección del tren en el vídeo, debe estar en la línea que pasa por allí... pero tenemos que calcular también el tiempo que tardará en llegar, y si con los minutos que nos quedan alcanzamos a interceptarlo.

Sánchez repasó mentalmente el recorrido. Sabía que el vagón parecía encontrarse entre Nueva Numancia y Puente de Vallecas, y que cada minuto perdido era una oportunidad menos para salvarla. Si el tren mantenía la velocidad habitual, podría llegar a Atocha en unos minutos, pero ellos debían calcular también la parada exacta del metro que les permitiera entrar a tiempo. No bastaba con llegar a la estación; debían estar allí antes de que aquel vagón cruzara su último umbral.

El reloj que llevaba Martínez en la muñeca marcaba **00:12:35**, y el segundero avanzaba como un martillo en su cabeza. Cada curva tomada del asfalto retumbaba en los neumáticos mientras sus pensamientos se convertían en una cuenta regresiva.

El tráfico matinal comenzaba a dificultar la carrera, pero los coches se apartaban al ver la sirena azul cortando el amanecer. Al llegar a la estación, saltaron las escaleras de dos en dos, esquivando a los pocos pasajeros que esperaban en el andén. El aire subterráneo estaba cargado de humedad y el eco de los trenes resonaba entre los túneles.

— Mire —susurró Sánchez, señalando la pantalla de información
—. Próximo tren en 1 minuto.

Martínez miró la tablet. La cuenta regresiva marcaba **00:03:50**. El vagón del vídeo tenía un detalle clave: un grafiti en rojo en la pared trasera que decía "**Gato**". Solo unas pocas unidades de la línea tenían ese vagón.

El rugido metálico del tren resonó a lo largo de la estación, vibrando en las paredes y en el suelo como un aviso ominoso. Las ruedas chirriaron al detenerse y un soplo de aire caliente, mezclado con el olor a hierro y aceite, envolvió el andén. Cuando finalmente las puertas se deslizaron con un siseo agudo, Martínez y Sánchez no perdieron ni un segundo: se lanzaron al interior.

La luz amarillenta de los vagones parpadeaba intermitente, proyectando sombras que parecían moverse por su cuenta entre los pasajeros. Algunos iban sentados con la mirada fija en sus móviles, otros dormitaban, y un par de turistas conversaban en voz baja mientras las ruedas del tren chirriaban contra los raíles. Martínez y Sánchez corrieron por el primer coche, apartando con cuidado las mochilas y maletas de quienes se levantaban sobresaltados ante su paso, revisando cada asiento, cada rincón. No había rastro de la mujer.

Aceleraron hacia el segundo vagón, donde un par de maletas sin dueño rodaban de un lado a otro con el vaivén de la frenada, golpeando los laterales con un sonido metálico. Algunos pasajeros se apartaban, murmurando asustados, mientras un anciano les señalaba hacia la puerta con gesto nervioso. Pero tampoco allí hallaron nada.

El tercer vagón ofrecía un silencio inquietante, roto apenas por el traqueteo de los motores y un llanto aislado de un niño, acunado por su madre, que miraba a los agentes con ojos desorbitados. Martínez sintió cómo la presión en el pecho le aumentaba con cada paso. Miró

a Sánchez, que negó con la cabeza: tres coches habían pasado y seguían sin encontrarla.

Cuando empujaron la puerta hacia el cuarto vagón, el corazón de Martínez dio un vuelco. Allí estaba. La mujer permanecía amordazada y atada con cuerdas gruesas a un asiento cercano a la cabina del maquinista. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, reflejaban puro terror.

Junto a ella, un pequeño temporizador portátil destellaba con un brillo rojo alarmante: **00:02:13**.

— ¡Sánchez, cúbreme! —gritó Martínez, arrodillándose de inmediato junto a la mujer.

Sus manos temblorosas buscaron la navaja de emergencia en el cinturón. Cada segundo parecía más pesado que el anterior, como si el tiempo mismo se estirara para aumentar la tensión. Cortó la primera cuerda, sintiendo el sudor recorrerle la frente, mientras el pitido rítmico del temporizador marcaba la cuenta regresiva hacia lo inevitable.

Los pasajeros gritaban y retrocedían, generando un eco de pánico que rebotaba por los estrechos pasillos. Algunos se aferraban a los asientos; otros levantaban sus móviles, grabando entre temblores como si un vídeo pudiera ofrecerles protección. El aire estaba cargado de miedo y del zumbido constante del temporizador, que parecía acelerar cada segundo.

Martínez se inclinó hacia la caja, la respiración convertida en un compás medido. Sus manos firmes se movían con la precisión nacida de años desactivando artefactos letales. Siguió el enredo de cables, un laberinto de hilos de colores que le exigía concentración absoluta. El pitido le golpeaba en los oídos, recordándole que no había margen de error.

El vagón entero contenía la respiración. Un niño sollozaba al fondo, y un hombre murmuraba una oración apenas audible. Martínez identificó el interruptor correcto y dudó apenas una fracción de segundo que se sintió eterna.

Luego, con un *clic* seco, cortó el circuito. El silencio posterior fue tan intenso que casi dolía, roto solo por un suspiro colectivo que liberaba el peso del mundo.

El temporizador se detuvo en **00:00:57**.

Un silencio absoluto llenó el vagón. La mujer rompió a llorar mientras Martínez la ayudaba a incorporarse. En ese instante, la radio policial crepitó con la voz metálica del asesino:

— Muy bien, inspector. Pero el tablero aún tiene piezas por mover. Disfrute de su pequeña victoria... pronto necesitará otra.

-

Martínez miró a Sánchez con el ceño fruncido.

— Esto no ha terminado. Solo está calentando.

En la siguiente parada, Sánchez, Martínez y la víctima descendieron apresuradamente, sintiendo por un momento el alivio de pisar el andén iluminado.

Allí aguardaron unos minutos que parecieron eternos, hasta que por fin llegó una ambulancia. Los sanitarios atendieron a la mujer, que seguía en estado de shock, mientras Martínez observaba la escena sin quitarle ojo al tren, como si en cualquier momento pudiera emerger una nueva amenaza de sus puertas metálicas.

Poco después, un equipo forense apareció con celeridad, equipado con maletines y cámaras. Subieron al vagón, avanzando con cautela, y se centraron en examinar el dispositivo encontrado. Tras varios minutos de inspección detallada, confirmaron lo que el inspector temía y, a la vez, le enfurecía: otra vez se trataba de un artefacto no

letal. Ninguna intención de matar. Su único propósito era sembrar miedo, desgastar psicológicamente a los policías y dejarles claro, una vez más, que el cazador disfrutaba jugando con ellos.

Mientras la ambulancia se alejaba con la víctima, Martínez se quedó en el andén, sintiendo la ciudad vibrar en la distancia. La cacería continuaba, y Madrid seguía siendo su tablero mortal.

Capítulo 9

Testimonios en la penumbra

La comisaría de Madrid se había transformado en un refugio precario, un lugar donde la tensión se palpaba en cada rincón tras la sucesión de pruebas frenéticas y carreras contrarreloj. El sol que entraba desde la calle apenas lograba iluminar los pasillos estrechos, donde el polvo se acumulaba como testigo mudo de horas interminables de trabajo. El aroma persistente del café recién hecho intentaba en vano enmascarar el olor a papeles viejos y sudor, mientras el eco lejano de pasos y murmullos apagados recordaba a Martínez que, de algún modo, la ciudad seguía respirando más allá de aquel tablero mortal en el que todos se encontraban atrapados.

Tras someter a las víctimas a las correspondientes evaluaciones médicas, los facultativos determinaron que no presentaban lesiones físicas de gravedad, aunque sí mostraban evidentes signos de agotamiento y secuelas psicológicas marcadas por el trauma reciente.

La primera de ellas, una joven de unos veinticinco años, delgada y pálida, apenas podía mantener la mirada fija; cada vez que pestañeaba parecía que revivía lo sucedido.

La segunda, ligeramente mayor, de unos treinta años, tenía el rostro surcado por lágrimas secas y la piel enrojecida, con una expresión que oscilaba entre el miedo y la incredulidad.

Ambas se aferraban con fuerza a la sensación de haber sobrevivido, aunque todavía parecían atrapadas en un limbo de confusión y terror.

Una vez estabilizadas, fueron conducidas cuidadosamente a la sala de interrogatorios, un espacio frío y angosto pensado para ofrecer intimidad durante la toma de declaraciones. Allí, alejadas del bullicio de la comisaría, podían hablar sin interrupciones ni miradas curiosas, protegidas por el silencio que impregnaba el lugar.

Cuando Martínez cruzó el umbral de la sala, una ola de silencio denso lo envolvió por completo, como si el aire mismo se hubiera vuelto sólido y pesado. Fue la primera sensación que lo golpeó, un mutismo cargado de tensión que parecía absorber cualquier sonido del exterior. Las luces frías del techo parpadeaban con un zumbido intermitente, proyectando sombras alargadas que se desplazaban como espectros por las paredes desnudas.

Ante él, las dos mujeres permanecían sentadas frente a la mesa metálica. Sus cuerpos encogidos y sus hombros hundidos transmitían un agotamiento profundo, no solo físico, sino emocional. La luz cenital dibujaba surcos oscuros bajo sus ojos, y el temblor sutil de sus manos entrelazadas en el regazo revelaba que el miedo las seguía atenazando incluso allí, donde se suponía que ya estaban a salvo. Era como si ese simple contacto entre sus dedos fuera el único hilo que las mantenía ancladas a la realidad, impidiéndoles desmoronarse.

Martínez avanzó despacio, cada paso resonando en el suelo como un golpe seco que interrumpía aquel silencio sepulcral. Podía escuchar su propia respiración y el latido de su corazón, mientras observaba la escena con atención. En aquel ambiente contenido, el más mínimo murmullo adquiriría un peso absoluto, como si cualquier palabra pronunciada fuera un acto irreversible. Sabía que aquel momento era delicado: lo que estaba a punto de escuchar podría cambiarlo todo.

La luz del fluorescente, fría y blanca, parpadeó una vez más, iluminando sus rostros pálidos. El reflejo en la mesa metálica devolvía la imagen de las dos mujeres distorsionada, como si un

espejo helado se burlara de su fragilidad. Martínez se inclinó levemente hacia ellas, intentando proyectar calma.

— Tranquilas —dijo, con voz firme, cargada de una serenidad que era más esfuerzo que convicción—. Estáis a salvo. Aquí nadie puede haceros daño.

Su compañera, Sánchez, se sentó a su lado, desplegando la libreta y tomando el bolígrafo con dedos ágiles. Había aprendido a no interrumpir en esos primeros segundos, a dejar que el silencio hiciera su trabajo, que las víctimas sintieran que podían respirar antes de revivir el horror. El leve golpeteo del bolígrafo sobre el papel fue el único sonido que rompió la quietud.

La primera joven, de cabello oscuro y dedos finos como ramas, tragó saliva y respiró hondo, como si necesitara reunir valor para pronunciar la primera frase.

— Estábamos... encerradas juntas —empezó, con la voz quebrada—. No teníamos idea de dónde estábamos. Podíamos oír voces, pasos... y a veces... cadenas.

Hizo una pausa, cerrando los ojos un instante. El recuerdo parecía pesarle en la garganta.

— Olía a polvo, a humedad... y a metal. Había más gente allí... lo sé. Porque escuchábamos su respiración... como nosotras.

Martínez asintió despacio, grabando cada sílaba en su mente. Aquella confirmación lo atravesó como un puñal: aún quedaban personas atrapadas.

— ¿Visteis al hombre que os encerró? —preguntó en un susurro grave, sin apartar la mirada de ella.

— Siempre llevaba una tela negra cubriéndole el rostro —respondió tras unos segundos de duda—. Su voz era... grave,

pausada. Y olía a tabaco.

Un aroma, una cadencia, un detalle mínimo: todo contaba. Sánchez anotaba con precisión quirúrgica.

La segunda testigo, rubia y con la mirada perdida en un punto abstracto de la pared, tardó en reaccionar. Levantó la cabeza lentamente, como si cada movimiento requiriese un esfuerzo monumental.

— Nos movieron con los ojos vendados —dijo finalmente, su voz apagada como un eco—. Antes de salir del edificio... escuché agua corriendo. Como un río... o una fuente. Y luego... campanas. Sonidos de campanas.

Las últimas palabras dejaron flotando una vibración extraña en la sala. Martínez y Sánchez intercambiaron una mirada rápida.

— ¿Algo más? ¿Algún coche, tren... animales? —preguntó Sánchez, inclinándose un poco hacia delante.

La joven rubia negó con un leve movimiento de cabeza.

— Silencio... demasiado silencio. Solo el viento... y esas campanas.

Hubo un instante en el que pareció dudar, mordiéndose el labio.

— Había otros... —susurró al fin, casi inaudible—. Lo sé porque oíamos susurrar. Y a veces... sollozos apagados, desde otra habitación.

La primera testigo rompió en lágrimas silenciosas, asintiendo con fuerza.

— Sí... no éramos las únicas. Había más gente allí, atrapada... o escondida. Y una noche, cuando nos dieron agua, vi

fugazmente a otro hombre, distinto al de la máscara. Tenía un tatuaje en el cuello... un reloj de arena. Creo que nos miró con pena... como si él tampoco quisiera estar allí.

Martínez sintió que el frío de la determinación le recorría la espalda. Cada pieza encajaba en el rompecabezas que se formaba en su mente: no era solo un lugar de tortura psicológica, era un nido, un tablero de juego macabro en el que las víctimas eran piezas vivas.

Se incorporó despacio, con la mandíbula tensa.

— Gracias —dijo, con firmeza—. Habéis hecho más de lo que creéis. Cada palabra nos acerca a atraparlo... y a liberar a los que siguen ahí.

Al salir de la sala, el pasillo parecía más largo de lo habitual. La luz empezaba a filtrarse por las ventanas, pintando franjas doradas sobre el suelo. Sánchez caminaba tras él, en silencio, hasta que por fin se permitió un murmullo apenas audible.

— Inspector... si hay más ahí fuera, no tenemos tiempo que perder.

Martínez asintió sin girarse, con los dientes apretados.

— Ahora sabemos dos cosas importantes: no actúa solo... y nuestro próximo movimiento será para rescatar a quienes siguen atrapados en su tablero.

En ese preciso instante, el móvil del inspector comenzó a vibrar con insistencia, rompiendo el tenso silencio de la sala de la comisaría.

Con un gesto rápido, sacó el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta. La pantalla se iluminó con un mensaje que, de manera inquietante, carecía de remitente.

El inspector frunció el ceño mientras leía lentamente cada palabra, sintiendo cómo una extraña presión le oprimía el pecho:

“Ya sabes que aún quedan piezas en mi escondite, cazador. ¿Serás capaz de encontrarlas antes de que el tiempo se acabe?”

Durante unos segundos, el inspector permaneció inmóvil, como si aquellas letras hubieran congelado el aire a su alrededor. La falta de un remitente confirmaba que el responsable conocía bien sus movimientos y sus métodos. El mensaje no solo era una provocación, sino una advertencia en clave.

El inspector alzó la vista, recorriendo con la mirada el pasillo vacío de la comisaría, preguntándose si en ese momento alguien le observaba sin que él lo supiera. ¿Tendría el autor acceso a los micrófonos o a las cámaras del edificio? ¿Estaría siguiendo todos sus pasos, incluso escuchando cada conversación? Aquello explicaría cómo sabía que el equipo ya había sospechado la existencia de más personas involucradas en el juego macabro.

La mañana avanzaba con un brillo engañoso, como si el sol quisiera borrar las huellas de la noche, pero Martínez sentía que cada rayo de luz solo iluminaba más el tablero macabro del asesino. Las palabras de los testigos resonaban en su mente: campanas, agua, silencio, un tatuaje de reloj de arena. Cada pista era un latido en la cuenta atrás que sentía arder en su pecho.

Sánchez apareció en el despacho con un mapa enorme, tan grande que apenas cabía desplegado sobre la mesa, y lo extendió con cuidado sobre una carpeta de cuero gastado. Varias notas, garabateadas a toda prisa en papeles arrugados, sobresalían de los bolsillos de su chaqueta.

— He cruzado los testimonios con los sonidos que describen— empezó, con voz tensa—: campanas, murmullos de agua, algún eco metálico que podría ser de cadenas o compuertas. He

filtrado todo esto en función de las condiciones de cada zona y he identificado varios lugares que podrían coincidir... aunque no es nada concluyente. Mira.

Señaló con el dedo tres puntos en el mapa, rodeados de círculos irregulares a lápiz.

— En teoría, los más probables son el antiguo convento de San Antonio, la iglesia de San Francisco el Grande... y la pequeña ermita del Santo, cerca del Manzanares. Pero no descartaría otros sitios: la fuente de la Plaza de la Paja, los jardines traseros del Palacio de Anglona, incluso algunos patios interiores en Lavapiés. Todos podrían encajar de alguna manera: todos tienen agua y, a ciertas horas, se escuchan campanas.

Martínez lo observó unos segundos en silencio, respirando hondo. Se inclinó sobre el mapa y dejó que su mirada vagara de un punto a otro, tratando de imaginar cada uno.

— San Francisco el Grande... —murmuró al fin—. Recuerdo que su jardín es amplio, y cuando llueve, el goteo se desliza por los canalones y cae entre los rosales. Podría ser la pista del agua. Sin embargo, el convento de San Antonio tiene un claustro con un aljibe oculto, y la ermita del Santo está junto al río; allí el murmullo del Manzanares se mezcla con las campanas lejanas de medio barrio. Cualquiera de los tres encajaría.

Hizo una pausa, con el ceño fruncido.

— Además... —prosiguió, casi en un susurro—, San Francisco el Grande es la basílica donde hice la comunión. Aún recuerdo aquel día: el frío de la piedra bajo mis zapatos nuevos, el murmullo de los cánticos, el olor penetrante a incienso mezclado con cera derretida. Mis padres, orgullosos, me hicieron posar frente al altar mayor mientras las vidrieras teñían de color mi traje blanco. Cada rincón de esa nave guarda un eco de mi

infancia. Si el asesino está jugando conmigo, sabe que ese instante marcó mi memoria para siempre.

Pero incluso así, la certeza se le escapaba entre los dedos. ¿Sería el jardín de la basílica, con su recuerdo infantil, la clave? ¿O el claustro olvidado del convento, donde el agua resonaba en la piedra hueca? ¿O tal vez la ermita discreta, escondida junto al río, donde ningún turista pasaba y el silencio podía tragarse cualquier secreto? Cada posibilidad parecía igualmente verosímil, y cada una exigía otro giro más en aquella búsqueda incierta.

Martínez lo observó unos segundos en silencio, respirando hondo. Se inclinó sobre el mapa y dejó que su mirada vagara de un punto a otro, tratando de imaginar cada uno.

— Creo que empezaremos con la basílica de San Francisco el Grande, porque es un sitio mucho más personal para mí. El asesino parece estar eligiendo lugares que tocan mi pasado, y si quiere jugar con mis recuerdos, ese sería su primer movimiento.

Sin perder un segundo, Martínez y Sánchez arrancaron el coche patrulla con un chirrido de neumáticos sobre el asfalto. Las calles vibraban con la vida cotidiana: autobuses que bufaban humo en las paradas, y un murmullo incesante de cláxones que se mezclaba con los pasos apresurados de los viandantes. Sin embargo, para los dos agentes cada semáforo era una maldición, un obstáculo entre ellos y las víctimas, y cada peatón que cruzaba la avenida parecía un muro que retrasaba la caza. Martínez apretaba el volante, mientras Sánchez observaba la ciudad como si cada esquina ocultara un peligro.

Cuando finalmente doblaron hacia la basílica, el sol estalló en un reflejo dorado sobre la cúpula monumental. Las campanas repicaban marcando las doce en punto, un sonido solemne que contrastaba con la urgencia que les quemaba por dentro. La fachada proyectaba

una sombra alargada, y en ese instante, Madrid parecía contener la respiración.

Un callejón lateral, húmedo, oscuro y estrecho, se abrió ante ellos como la garganta de un depredador. El suelo estaba resbaladizo y olía a moho y a basura acumulada. Allí, apenas visible, medio enterrada entre ladrillos húmedos, descubrieron una puerta metálica cubierta de óxido, cuya superficie mostraba recientes marcas de manos y arañazos: alguien la había usado hace poco.

Martínez, con los sentidos al límite, desenfundó su arma y, tras intercambiar una mirada silenciosa con Sánchez, empujó la hoja de metal. El chirrido que produjo resonó como un alarido en aquel corredor angosto.

El interior era un mundo aparte, un laberinto subterráneo de piedra fría que parecía devorar la luz. El eco de las gotas que caían desde el techo marcaba un ritmo lúgubre. Cada paso era una amenaza, cada sombra podía ocultar al enemigo. Sánchez encendió su linterna, y el haz reveló huellas de botas impresas en el polvo, algunas más profundas, como si quien las dejó hubiera corrido o cargado peso.

— Este es el lugar... —susurró Sánchez, y hasta su voz pareció tragada por la penumbra.

Un pitido agudo quebró el silencio como una cuchilla. El sonido metálico rebotó contra las paredes, obligándolos a girar hacia la fuente. Al doblar un recodo, un destello rojo captó su atención: un temporizador digital, fijo en la pared como un ojo vigilante, marcaba **01:00:00**. Debajo, una flecha roja pintada a mano señalaba un pasillo más profundo en aquel vientre de piedra.

Avanzaron con el corazón acelerado, siguiendo el rastro que invitaba y amenazaba a la vez. Tras una curva, la linterna iluminó una sala amplia, donde la luz natural apenas se filtraba a través de una claraboya sucia y polvorienta. En el centro, tres personas estaban

atadas a sillas, con las manos moradas por la presión de las cuerdas, los ojos vendados y la boca sellada con cinta. Sobre sus cabezas, un reloj antiguo colgaba del techo, con el péndulo inmóvil, como si el tiempo mismo hubiera decidido detenerse.

Martínez corrió hacia los rehenes, su respiración entrecortada resonando en el eco de la sala. Cortó las ataduras de la primera víctima, que temblaba convulsamente, y en ese instante un sonido metálico, grave y seco, los obligó a girarse. Desde el fondo de las sombras, emergió una figura alta, cubierta con una máscara que deformaba su voz.

— Inspector... —dijo, con un tono profundo y burlón—. Siempre llega justo a tiempo.

Martínez levantó el arma con las manos firmes, aunque sentía la tensión recorrerle los músculos.

— ¡Quieto ahí!

El hombre retrocedió despacio hacia un pasillo lateral mientras el temporizador descendía a **00:45:12**. Cada segundo parecía retumbar como un tambor de guerra.

— Sánchez, saca a los rehenes —ordenó Martínez sin apartar la vista de la silueta—. Yo iré tras él.

El eco de pasos apresurados y respiraciones agitadas llenó el laberinto. Los corredores se estrechaban, y en cada recoveco aparecían relojes parados, cadenas colgantes y fotografías en blanco y negro. La guarida del enemigo era un tablero macabro.

Martínez siguió el rastro hasta una sala circular, donde el asesino lo aguardaba junto a un viejo reloj de torre desmontado, engranajes y péndulos esparcidos como huesos. En sus manos sostenía una llave que parecía recién salida del corazón de aquel mecanismo.

— ¿Cree que puede ganar, inspector? —dijo la voz enmascarada, el eco multiplicando su burla—. Cada victoria suya ya estaba escrita en mi diseño.

Martínez apuntó con el arma, pero un estruendo sordo sacudió el suelo. La piedra vibró bajo sus botas.

— El tiempo se acaba... para todos —susurró el asesino antes de desaparecer por un pasadizo oculto, dejando caer la llave.

Martínez corrió tras él, el corazón martilleándole, solo para emerger en un callejón bañado por la luz implacable del sol. Durante unos segundos quedó cegado, y cuando recuperó la visión, el depredador ya había desaparecido.

La calle estaba vacía salvo por contenedores de basura, ratas escurridizas y el crujido de una escalera metálica movida por el viento.

Exploró cada rincón, examinando bajo la escalera, tras los contenedores, y siguió un leve golpe metálico que lo llevó a un callejón sin salida. Nada. Solo el eco de sus pasos acelerados y su respiración.

De vuelta en la sala, los rehenes estaban a salvo. Sánchez lo esperaba junto al temporizador detenido en **00:02:37**, el rostro tenso.

— Se nos ha escapado otra vez —dijo con rabia contenida.

Martínez, con la llave en la mano, comprendió lo que significaba: otra jugada del mismo tablero.

— No se ha escapado... —murmuró, observando el reloj detenido—. Solo ha movido su pieza.

El tablero seguía abierto. Y Madrid, una vez más, era su cacería.

Capítulo 10

La llave del laberinto

La llave descansaba sobre el escritorio de Martínez como una amenaza silenciosa, pero esta vez nadie se atrevió a tocarla de inmediato. Permanecieron varios minutos en silencio, observándola, como si aquel pequeño objeto fuese capaz de cambiar el rumbo de la investigación por sí mismo. La luz del flexo resaltaba los surcos del óxido y la suciedad incrustada, y el aire de la sala parecía más denso, cargado de incertidumbre.

Sánchez rompió el silencio, aunque con la voz baja:

— ¿Y si no es lo que parece? Podría ser una distracción... o un mensaje en clave.

Martínez no respondió enseguida. Caminó alrededor de la mesa, inclinándose para mirarla desde distintos ángulos, como si esperara que la llave revelara por sí sola algún secreto. Después, la levantó con cuidado usando un pañuelo y la sostuvo unos largos segundos entre los dedos, sintiendo su peso desigual y la rugosidad de su superficie. La pieza parecía tener historia, un pasado enterrado en el metal, y el investigador sintió cómo cada muesca le susurraba posibilidades.

— Podría abrir cualquier cosa —murmuró finalmente—. Un trastero, un sótano, una verja de jardín... o un sitio que ni siquiera hemos considerado.

El equipo se reunió en torno a la mesa. Convocaron a dos técnicos para un análisis preliminar. Las primeras pruebas mostraron óxido, tierra húmeda y diminutas fibras vegetales, pero nadie se atrevió a sacar conclusiones rápidas. Martínez exigió más pruebas: residuos

químicos, posibles huellas, trazas de lubricantes antiguos, incluso la procedencia de la tierra adherida. Querían saber si era arcillosa, si provenía de una zona forestal o de un jardín urbano.

Sánchez, mientras tanto, empezó a anotar opciones en una pizarra improvisada. "Almacén industrial, sótano de vivienda antigua, parque abandonado, invernadero, caseta de vigilancia", leyó en voz alta. Otros agentes aportaron nuevas ideas: "Puerta de un canal, verja de un cementerio, entrada a un túnel de mantenimiento". Ninguna pista parecía definitiva, y ese era precisamente el punto: no podían precipitarse.

Cuando por fin se fijaron en la inscripción 17-09, comenzó un nuevo debate. ¿Era una fecha, un número de serie, un código geográfico? Cruzaron datos con viejos casos, con mapas de la ciudad, con registros de llaves industriales. Incluso plantearon la hipótesis de que fuera una coordenada parcial o la numeración de alguna taquilla en instalaciones públicas.

Martínez, con el ceño fruncido, recordó fragmentos de su pasado laboral. Fechas, operaciones y lugares acudían a su memoria, pero se obligó a no sacar conclusiones precipitadas.

Primero querían agotar todas las combinaciones posibles. Consultaron archivos, revisaron fotografías y solicitaron informes de fechas antiguas, buscando cualquier coincidencia con la tierra hallada.

Tras revisar minuciosamente los archivos y expedientes antiguos, se toparon con un caso que había quedado enterrado bajo el polvo y el olvido: el ocurrido un 17 de septiembre de hace ya varios años. Aquel fracaso, que aún pesaba en la memoria de Martínez, fue un recordatorio amargo de lo que significaba perder una pista crucial.

Mientras hojeaban los informes, las imágenes del error cometido parecían cobrar vida y, con ellas, surgió lentamente la idea del Parque del Capricho. Fue como una chispa en medio de la

penumbra, un lugar que parecía llamarlos, aunque cargado de peligros.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, intercambiando una mirada en la que se mezclaban la duda y la determinación. Sabían que el asesino jugaba con el tiempo y que cualquier paso apresurado podía convertirse en una trampa. Aun así, decidieron seguir la pista. Salieron hacia el parque, sintiendo que cada minuto era decisivo.

Al llegar al Parque del Capricho, el ambiente los envolvió con su calma engañosa. Los senderos solitarios, flanqueados por árboles antiguos, parecían guardar secretos que el viento murmuraba entre las ramas.

Avanzaron despacio, atentos a cualquier detalle, con la sensación de que cada rincón podía ofrecer una respuesta... o un peligro oculto. La decisión que habían tomado al recordar aquel viejo fracaso los había llevado allí, a un territorio donde el pasado y el presente se entrelazaban, y donde la caza del asesino apenas comenzaba.

En medio de la calma engañosa del Parque del Capricho, Martínez y Sánchez avanzaban por los senderos cubiertos de hojas húmedas, mientras la bruma se enroscaba entre los árboles centenarios. Cada paso levantaba un ligero crujido en la grava, y el canto lejano de algunos pájaros parecía ahogado por el silencio expectante.

Guiados por la intuición y por los recuerdos de Martínez, fueron dejando atrás fuentes silenciosas, esculturas cubiertas de musgo y claros en los que la luz de la mañana apenas se filtraba.

Tras recorrer diversas zonas del parque, se toparon con el imponente laberinto vegetal, cuyos setos densos se alzaban como pequeños muros verdes. Se miraron en silencio, conscientes de que aquel era el siguiente paso. Con las armas preparadas y la respiración contenida, probaron a entrar en el laberinto, sintiendo

cómo la ciudad quedaba atrás y el juego los envolvía una vez más en su manto de misterio.

Tras varios giros por senderos apenas transitados, cubiertos de hojas húmedas y ramas caídas, los dos inspectores se toparon finalmente con una reja baja y antigua. Aunque presentaba señales de desgaste y manchas de óxido, algunas marcas recientes en los barrotes y el candado indicaban que había sido abierta no hacía mucho. La vegetación había empezado a invadir aquel rincón del parque, pero los zarzales y raíces estaban apartados en ciertos tramos, como si alguien hubiera pasado a la fuerza.

Un candado pesado, con el número **17-09** grabado torpemente sobre el metal ennegrecido, colgaba aún de la hoja, recordando que aquel acceso estaba en uso reciente.

— Es aquí —dijo Martínez, con un hilo de voz, mientras sacaba del bolsillo la llave. La sostuvo un instante, evaluando su peso, antes de introducirla con cuidado en la cerradura.

Un *clic* metálico resonó, amplificado por el silencio absoluto del parque. La reja cedió lentamente, acompañada de un chirrido que hizo eco entre los árboles y dio la sensación de que toda la naturaleza contenía la respiración. Tras ella, se abrió una escalera de piedra que descendía en espiral hacia la oscuridad más total, donde ni un rayo de luz alcanzaba a filtrarse.

— Otra vez al subsuelo... —murmuró Sánchez con desagrado.

Encendieron las linternas. El haz de luz atravesó el polvo en suspensión, revelando un aire frío y húmedo. Bajaron con paso lento, escuchando el eco de sus propias pisadas, hasta que el pasadizo desembocó en una sala circular. Aquella cámara parecía arrancada de un sueño inquietante: las paredes estaban cubiertas por decenas de relojes antiguos, todos detenidos en horas distintas, como si el tiempo allí se hubiera fragmentado en mil pedazos. En el centro, un pedestal solitario sostenía una caja metálica.

Martínez se acercó con cautela, mientras el silencio tan solo era roto por el goteo lejano de agua filtrándose entre las piedras. Con manos firmes, aunque con el corazón acelerado, levantó la tapa de la caja. Dentro encontró un proyector portátil y un sobre cerrado. Rasgó el papel con cuidado y extrajo una tarjeta de memoria. La insertó en el dispositivo, apuntó hacia la pared y, de repente, la habitación se iluminó con destellos de luz intermitente.

Las imágenes comenzaron a proyectarse: fotografías de su infancia, de sus padres sonriendo en una vieja cocina, de sus días de academia, de misiones pasadas junto a compañeros de la unidad antiterrorista. Cada imagen era un golpe de memoria, un recordatorio de que alguien había estado observando su vida con meticulosa paciencia.

— Nos está diciendo que el pasado vuelve —susurró Sánchez, tragando saliva.

La última diapositiva no era una fotografía, sino un mensaje escrito a mano, con tinta negra y un pulso firme:

“Inspector Martínez: las piezas de tu vida completan mi tablero. Si fallas esta vez, el juego termina contigo.”

Martínez apretó los puños con fuerza, sintiendo cómo la adrenalina le recorría el cuerpo.

El aire en la sala subterránea era tan denso que cada respiración parecía un esfuerzo. Los relojes parados lo rodeaban como testigos silenciosos, como si lo juzgaran por cada decisión tomada desde que aquel juego macabro había comenzado.

Sánchez exploraba los rincones con la linterna, y la luz temblorosa fue revelando inscripciones talladas en la piedra: nombres apenas legibles, fechas borradas por el tiempo y símbolos extraños, como relojes de arena y llaves cruzadas.

— Inspector... —susurró ella, señalando una esquina cubierta de moho—. Mire esto.

Allí, un mural grabado representaba un tablero de ajedrez. Cada casilla tenía un nombre: **Ruiz, García, Sánchez, Martínez...** y varias solo marcadas con una X. En la esquina inferior, un reloj de arena derramaba sus últimos granos, como si advirtiera que el tiempo se agotaba.

— Es su declaración —murmuró Martínez—. Para él, no somos más que piezas.

El juego ya no era solo un caso. Era personal, y el cazador estaba dispuesto a adentrarse en el corazón del laberinto para enfrentarse a su enemigo.

Mientras hablaban, la radio portátil crepitó con la voz distorsionada:

— Inspector... Ha llegado el momento de decidir. La última pieza de mi tablero está lista. Si me encuentras, el juego termina. Si fallas, serás la última ficha en caer.

De repente, un sonido sordo, casi como un golpe de hierro contra piedra, resonó bajo sus pies. Fue tan inesperado que Martínez y Sánchez se miraron, conteniendo la respiración.

Sánchez, con un movimiento tenso, dirigió el haz de la linterna hacia el suelo polvoriento. Allí, entre la maleza que se filtraba por las grietas y el musgo húmedo, brillaba una trampilla metálica, apenas visible bajo la suciedad acumulada durante años. El metal estaba frío al tacto y emitía un chirrido leve cuando Sánchez la levantó con esfuerzo, revelando un hueco oscuro que parecía devorar la luz.

— Aquí es donde quiere que vayamos —murmuró Martínez, y su voz retumbó ligeramente en el silencio.

Descendieron con precaución. Cada paso sobre la escalera de hierro resonaba como un eco lejano, y un olor a tierra encerrada y humedad les golpeó al llegar al fondo. Ante ellos, un túnel estrecho se extendía como la garganta de un monstruo, tragándose cualquier claridad.

Avanzaron agachados, tocando las paredes frías que parecían cerrar el paso con su tacto áspero. Tras recorrer varios metros que parecieron interminables, el túnel desembocó en una sala amplia donde la penumbra cedía ante un círculo de velas encendidas. La luz temblorosa dibujaba sombras danzantes que multiplicaban las formas en las paredes de piedra.

En el centro de la sala, solitaria y expectante, había una silla frente a un espejo enorme cuyo marco estaba cubierto de polvo y telarañas. Sobre la silla, un sobre blanco reposaba como un desafío. Martínez lo tomó con manos firmes, aunque por dentro sentía la presión del latido en sus sienes. Rompió el sello y leyó:

“Inspector Martínez,

Ha llegado donde quería. Pero para capturarme, debe mirarse primero a sí mismo. Cada error pasado, cada víctima... son piezas de mi tablero. Solo enfrentando su reflejo encontrará la salida.

El Juego”

El espejo devolvía su imagen, fragmentada y multiplicada por el parpadeo de las llamas. Durante un instante juró ver una sombra moverse tras él. Giró de golpe, arma en alto, pero el túnel estaba vacío. Entonces lo comprendió: el asesino lo estaba forzando a adentrarse no sólo en aquel laberinto físico, sino en el de su propia mente, en los rincones oscuros de su pasado.

— No vamos a dejar que escape —dijo Martínez, y su voz resonó con la decisión de alguien que ya no podía retroceder.

Apagó la linterna, confiando en la luz de las velas. Y fue en el reflejo donde lo vio: una puerta oculta, apenas perceptible, camuflada entre la piedra de la pared opuesta.

Corrió hacia ella y la abrió de un empujón. El aire frío de la madrugada le golpeó el rostro como un cuchillo. Ahora estaban en un claro del parque, rodeados de estatuas, inmóviles. Y allí, en el centro, el hombre de la capucha los observaba en silencio.

— Inspector —dijo con una voz profunda que parecía brotar de la tierra—. Le estaba esperando.

Antes de que Martínez pudiera reaccionar, el asesino arrojó un nuevo sobre y se desvaneció entre la espesura de los árboles.

El inspector se lanzó tras la silueta, sintiendo cómo el crujido de las hojas secas bajo sus botas se mezclaba con los latidos desbocados de su corazón. El Parque del Capricho se convertía en un escenario siniestro donde cada seto ocultaba posibles trampas.

Cada giro parecía idéntico al anterior, y el eco de sus pasos se multiplicaba, haciéndole dudar de la dirección. Entonces, un silbido agudo quebró el silencio. Martínez se detuvo en seco. A su izquierda, emergiendo de las sombras, apareció un hombre corpulento vestido con ropa oscura, el cuello descubierto. En la piel curtida brillaba un tatuaje de reloj de arena, cuya tinta negra parecía latir al compás de las luces cambiantes de la aurora.

— Inspector... —dijo el hombre con voz grave y rasposa—. No siga. Este no es su juego.

Martínez alzó el arma, apuntando con firmeza.

— Eres el del tatuaje. El que ha estado ayudando al asesino.

El hombre asintió lentamente.

— No es tan sencillo como cree. Yo... solo cumplo órdenes. Él ve todo, controla todo. Si sigue adelante, solo encontrará su final.

— ¿Dónde está? —gritó Martínez—. ¡Dime dónde!

El hombre del reloj de arena sonrió con una inquietante calma, mostrando unos dientes amarillentos.

— Siempre cerca... siempre un paso por delante. Y yo... — señaló el laberinto con un gesto amplio— soy solo la sombra que le abre el camino.

Un crujido a la espalda hizo que Martínez girara instintivamente, pero solo alcanzó a ver una sombra deslizándose entre los setos. Cuando volvió la vista, el compinche ya había desaparecido, como si jamás hubiera existido. El eco distante de su risa quedó flotando en el aire.

Martínez maldijo en silencio. El símbolo del reloj de arena era más que una marca. Era un recordatorio de que el tiempo se le escapaba, y de que la cacería había alcanzado su clímax definitivo. Ajustó el agarre de su arma, respiró hondo y se adentró de nuevo en el parque, sabiendo que el tablero estaba completo y que cada paso lo llevaba hacia la jugada final.

Capítulo 11

Rostros del pasado

El primer resplandor del amanecer apenas se derramaba sobre el Parque del Capricho, colándose entre los setos y las estatuas. Martínez emergió del laberinto vegetal con el rostro empapado en sudor y el corazón latiendo a un ritmo frenético. Cada respiración era un recordatorio de que el tiempo corría en su contra y que el tablero del asesino aún no revelaba su última jugada.

Las brumas que flotaban sobre los senderos parecían susurrar secretos, y el canto aislado de algún pájaro otorgaba al parque un silencio inquietante, casi ceremonioso. Martínez, con el arma en mano y la nota recién encontrada en el bolsillo, sintió que cada paso lo adentraba en un territorio donde el pasado, el presente y el miedo se entrelazaban.

En su puño, el sobre arrugado contenía el mensaje final de su enemigo:

“Inspector Martínez:

Cada paso que ha dado le ha traído hasta aquí. Ha visto mi tablero, ha tocado mis piezas y ha sentido cómo el tiempo se escapa entre sus dedos. No soy una sombra. Soy su reflejo, el eco de cada error que cometió y de cada vida que no pudo salvar.

Siga la última campanada. Y si tiene el valor, nos veremos en el corazón de Madrid, donde comenzó todo.

El Juego”

La frase “el corazón de Madrid” retumbó en su mente como una campana real. Sabía que significaba la Puerta del Sol, el mismo lugar donde el juego había dejado su primera huella. Allí latía el nervio de la ciudad, y allí, al ritmo de las campanadas, el asesino pretendía cerrar el círculo.

Martínez corrió hacia la salida del parque, con los músculos tensos y la adrenalina ardiendo en sus venas. La luz del amanecer pintaba de dorado las copas de los árboles, pero para él solo existía el camino que lo separaba de su destino.

Al llegar a la verja, Sánchez lo esperaba junto al coche patrulla, con el rostro tenso y los ojos cargados de preguntas.

— ¿Lo atrapó? —preguntó, esperanzada.

Martínez negó con un gesto.

— No... pero sé dónde nos espera. En Sol. Donde todo comenzó.

— Entonces vamos —respondió Sánchez, subiendo al vehículo sin dudar.

— La situación está al límite y no podemos permitirnos retrasos. Es imprescindible contar con unidades adicionales para asegurar el perímetro, controlar la multitud y prevenir cualquier otro movimiento del sospechoso. Cada minuto que pase sin refuerzos puede ser crítico para la operación y para la seguridad de los ciudadanos.

— Contacta de inmediato con la central para solicitar el envío urgente de todas las unidades disponibles. La prioridad es máxima: refuerzos urgentes a la Puerta del Sol.

La patrulla atravesó la ciudad, con las sirenas apagadas y los faros cortando la neblina. Las calles prácticamente vacías, se teñían de

naranja mientras el sol se levantaba tímidamente. Madrid parecía contener la respiración, como si cada edificio aguardara un desenlace que solo ellos conocían.

Cuando llegaron a la Puerta del Sol, la plaza comenzaba a despertar. Algunos turistas madrugadores, trabajadores del transporte y barrenderos se movían entre los arcos y adoquines. Sin embargo, entre el ruido cotidiano, Martínez sintió el peso del silencio del asesino.

Las luces azules de las patrullas que iban llegando, parpadeaban entre la penumbra del amanecer, reflejándose en las paredes de ladrillo de los edificios, tiñendo la escena con un resplandor intermitente que parecía latir al mismo ritmo que la tensión en el ambiente.

Los agentes descendían de los vehículos con movimientos precisos, cada uno consciente de la gravedad del momento. Algunos portaban linternas potentes, otros maletines de material forense, y un par de equipos tácticos avanzaban con armas largas preparadas, asegurando cada esquina antes de dar el siguiente paso.

Martínez y Sánchez supervisaban la operación desde la propia plaza. Sus rostros, marcados por el cansancio y la tensión acumulada, reflejaban la determinación de quienes saben que cada segundo es crucial. El inspector levantó la mano para indicar a los equipos cómo distribuirse:

— Quiero un perímetro completo en dos minutos. Nadie entra ni sale sin mi autorización. —Su voz resonó con autoridad entre los muros del recinto.

Los agentes se dispersaron siguiendo sus órdenes. Algunos revisaban las entradas secundarias y posibles salidas ocultas del edificio, mientras otros aseguraban el acceso principal y coordinaban con la unidad aérea que sobrevolaba la zona.

El murmullo de las comunicaciones por radio se mezclaba con el eco de pasos y el zumbido lejano del helicóptero. El ambiente estaba cargado de expectación: cada sombra podía esconder un peligro, cada puerta cerrada podía ser el escenario de la próxima jugada del tablero.

Sánchez se acercó a Martínez, manteniendo su pistola cerca por precaución.

— Inspector, el perímetro está casi completo. Las unidades adicionales han tomado posición en las calles aledañas. —Su voz sonaba firme, aunque en sus ojos brillaba el cansancio.

Martínez asintió lentamente, sin apartar la mirada del interior oscuro del almacén.

— Bien. Ahora empieza la verdadera cacería. —Dijo con gravedad, mientras el viento de la madrugada agitaba levemente su abrigo y las luces azules de los coches parpadeaban en su mirada.

Las sombras de Madrid, por un instante, parecían contener el aliento, esperando el siguiente movimiento del juego.

En el centro, justo bajo el reloj histórico, encontraron un maletín negro que reposaba sobre las baldosas, solitario y desafiante. A pocos metros, el Oso y el Madroño parecían testigos de un ritual oculto.

Martínez avanzó lentamente, sintiendo que cada paso era observado por ojos invisibles. El murmullo de la ciudad se desvanecía tras el zumbido del peligro latente.

Se arrodilló frente al maletín y lo abrió con cuidado. Dentro encontró un pequeño reloj de arena, con apenas unos granos cayendo, y una nota escrita con el mismo pulso firme que ya conocía:

"Última jugada, inspector. Cuando caiga el último grano, verá mi rostro... o será demasiado tarde."

El cristal del reloj reflejaba su propio rostro deformado, y ese reflejo le recordó lo que el asesino había escrito: "Soy su espejo".

Sánchez, con el arma lista, escaneaba la plaza con la mirada.

— ¿Alguien ve algo?

Martínez respiró hondo antes de girar lentamente sobre sí mismo. Fue entonces cuando lo vio: el hombre de la capucha, inmóvil junto a la estatua del Oso y el Madroño, como si la multitud y el amanecer no existieran para él.

Su quietud era un desafío, un latido oscuro en medio de la ciudad.

— ¡Todos quietos! —gritó Martínez, y su voz rebotó entre los edificios históricos.

El encapuchado esperó hasta el último segundo, y después echó a correr hacia la boca de metro más cercana. Martínez lo siguió, con Sánchez y varios agentes tras él.

La persecución se convirtió en un eco metálico de pasos y respiraciones aceleradas que descendían por las escaleras del metro. El olor a humedad y metal oxidado los envolvió mientras las luces fluorescentes parpadeaban sobre los azulejos blancos.

El sospechoso giró por un pasillo lateral cerrado al público. Martínez sintió que el aire se hacía más denso, que cada sombra podía ocultar una trampa. De pronto, el hombre se detuvo frente a un espejo antiguo, colgado como un vestigio de otra época. Giró lentamente la cabeza hacia él.

— El juego termina donde empezó... —susurró, justo antes de dejar caer su capucha.

Martínez sintió un vértigo que le recorrió todo el cuerpo, como si el mundo entero se hubiera inclinado de repente bajo sus pies. El suelo pareció desaparecer, y el aire del túnel se volvió tan espeso que cada bocanada le quemaba los pulmones. Durante un instante eterno, el murmullo distante de la ciudad dejó de existir; solo quedó el retumbar sordo de su propio corazón golpeándole en los oídos, como si quisiera recordarle que aún estaba vivo, que no podía huir de ese momento.

Las luces parpadeantes del túnel iluminaron fugazmente el rostro que emergía entre las sombras, y la sangre de Martínez se heló: **Héctor Salcedo**. Su viejo compañero, su hermano en las largas jornadas de vigilancia y misiones imposibles. Aquel con quien había compartido cafés fríos en madrugadas interminables, risas nerviosas antes de entrar en edificios hostiles, y brindis apresurados después de cada operación exitosa. Recordó cómo se habían apoyado mutuamente, confiando sus vidas el uno al otro sin dudarlo jamás. Héctor había sido más que un colega; había sido familia.

Pero todo aquello se rompió la noche de la misión fallida. Una decisión suya, impulsiva y equivocada, había dejado a Héctor expuesto en terreno enemigo. La operación terminó en desastre. Entre el humo, el fuego y los gritos, Martínez lo vio caer. Buscó su cuerpo durante horas, pero el equipo de rescate nunca lo encontró. Se lo dio por muerto. Aquel fracaso lo persiguió en sueños durante años, cada insomnio alimentado por la culpa, el recuerdo de su risa y la sensación de haberlo traicionado sin remedio.

— Siempre fuiste un buen cazador... pero me dejaste caer —dijo Héctor ahora, con una sonrisa rota que no era un gesto, sino una herida abierta en el tiempo.

Un pitido agudo quebró el silencio, resonando en el túnel como el eco de una sentencia. El temporizador había llegado a su fin. Las luces titilaron con violencia, y un estruendo metálico reverberó en la

distancia: compuertas cerrándose, trampas activadas, como si la ciudad misma quisiera participar de aquel reencuentro funesto.

Sánchez apareció jadeando a su lado, el arma en alto y los ojos abiertos de par en par.

Martínez apretó la mandíbula, sintiendo cómo el pasado y el presente se entrelazaban en su pecho, y dio un paso al frente. El aliento de Héctor formaba nubes blancas en el aire helado del subsuelo.

— Se acabó, Héctor. Ríndete —dijo, su voz profunda, cargada de determinación, pero también teñida con ese dolor antiguo que nunca había cicatrizado.

Por primera vez, los ojos del asesino vacilaron. Bajo la sombra del hombre que era ahora, brilló un destello casi humano: el recuerdo del compañero que había sido, del amigo que había confiado en él hasta el final.

Martínez avanzó lentamente, con el arma firme y el corazón desbocado.

— Se acabó. Ríndete —repitió, como si cada palabra fuera un puente tendido sobre los años de silencio y culpa.

Martínez respiró hondo, con el eco de sus pasos resonando en el túnel del metro. La luz parpadeante reflejaba su rostro tenso y cansado. Frente a él, Héctor Salcedo, aquel compañero perdido y ahora convertido en su antagonista, levantó lentamente la cabeza. En sus ojos brillaba una mezcla de ira y orgullo, como si cada palabra que estaba a punto de pronunciar hubiese estado ensayada durante años.

— ¿Por qué, Héctor? ¿Por qué todo esto? —preguntó Martínez, con la voz grave, intentando sostenerse mientras un nudo de ansiedad le atenazaba el estómago.

Héctor dejó escapar una risa apagada que se quebró en la penumbra del túnel.

— Porque tú me dejaste caer. Porque cuando todo explotó y el mundo se vino abajo, tú desapareciste. Yo quedé atrapado entre el humo, el polvo y el silencio, convencido de que en algún momento vendrías a buscarme. Esperé horas, y luego días, solo, herido, preguntándome si estabas vivo, si recordabas que yo existía. Pero lo único que sentí fue el vacío. Todo se apagó para mí, y tú... tú nunca apareciste.

Martínez bajó la mirada, sintiendo cómo las palabras le atravesaban la piel.

— Yo... pensé que habías muerto, Héctor. Te dimos por perdido...

— ¿Perdido? —replicó Héctor, y su voz retumbó como un trueno —. ¡Me diste por muerto porque era más fácil! Yo logré salir, arrastrándome entre ruinas y polvo, buscando algún rastro de que alguien me esperaba. Pero no había nada. Tú habías vuelto a casa, a tu ciudad, a tu vida. A los pocos meses ya eras el gran policía de homicidios, el cazador estrella que todos admiraban. Te vi en las noticias, te vi en artículos, sonriendo, dando entrevistas. Pensé que al menos me mencionarías, que dirías mi nombre... pero nada. Era como si nunca hubiéramos compartido años de trabajo, entrenamientos, misiones. Como si la explosión hubiera borrado mi existencia.

Héctor dio un paso hacia él, los ojos llenos de un rencor que parecía infinito.

— ¿Sabes lo que sentí? Vi cómo aplicabas nuestros métodos, esos que juntos habíamos perfeccionado en cada caso, mientras yo me escondía entre sombras, sintiéndome un fantasma. Miraba cómo te convertías en un héroe, cómo seguías adelante sin una sola grieta, sin una sola mirada atrás. Era como si

hubieras pasado página sin esfuerzo, como si jamás me hubieras conocido.

Respiró hondo, y su voz se agrietó en un susurro.

— Me sentí traicionado, abandonado... invisible. No fue solo el silencio, fue ver que el hombre en quien más confiaba, mi compañero, mi hermano, había seguido con su vida sin mí. Mientras yo desaparecía del mundo, tú brillabas en él.

Martínez sintió el pecho pesado, como si el aire del túnel le aplastara.

Martínez respiró hondo, y sus palabras surgieron con un temblor que solo quien lleva años cargando con la culpa podía entender.

— Sí, Héctor... sí que te echaba de menos —dijo, con la voz quebrada—. Te juro que cada día me dolía más haberte perdido. Pero... era más fácil para mí hacer como si nunca hubieras existido. No sabía cómo vivir con ese dolor. No sabía cómo tratarlo... así que lo olvidé.

El eco de su confesión rebotó por el túnel, más pesado que el silencio que los rodeaba. Héctor parpadeó, y por un instante, la dureza de su mirada se quebró, dejando entrever la herida que los unía. Era el reconocimiento de dos almas que habían estado condenadas, cada una a su modo, por el mismo recuerdo.

Por un momento, ni el murmullo lejano del metro ni el goteo de agua se atrevieron a interrumpirlos. Solo quedaban ellos, frente a frente, y la verdad desnuda que había tardado años en salir a la luz.

Martínez bajó ligeramente el arma, sintiendo el peso del alivio y la tristeza mezclarse en el pecho, mientras las últimas palabras se quedaban suspendidas entre el humo y la penumbra.

— Nunca dejaste de ser mi hermano... —susurró.

El juego había cambiado para siempre.

El eco de esas palabras se perdió en la oscuridad, mientras el pasado caía sobre ellos con el peso de una losa.

Héctor lo miró una última vez. Entonces, con un gesto casi teatral, como si aceptara que la partida había terminado, levantó las manos.

La ciudad, el tablero, el juego entero, parecieron contener la respiración. Cualquier movimiento en falso podía convertir aquel instante en tragedia. Y sin embargo, Martínez sabía que al fin, frente a él, tenía al depredador que había convertido Madrid en su laberinto.

Capítulo 12

La verdad tras el primer movimiento

La respiración de Martínez resonaba en el túnel del metro, mezclándose con el zumbido sordo de los fluorescentes y el eco distante de los trenes que pasaban como fantasmas entre las sombras. El aire olía a metal y polvo, y cada gota de condensación que caía desde el techo parecía marcar el compás de un duelo inevitable.

Frente a él, Héctor Salcedo, su antiguo compañero de operaciones, permanecía inmóvil, con las manos en alto, pero en su mirada brillaba una chispa de desafío, casi de orgullo. Aquel desafío no era gratuito; era el reflejo de años de oscuridad, de un rencor cultivado con paciencia. Por un instante, el tiempo pareció detenerse, como si el mundo contuviera el aliento para escuchar la confesión que estaba a punto de brotar.

— ¿Por qué? —preguntó Martínez, con una voz grave que rebotó en las paredes húmedas—. ¿Por qué Alberto Ruiz? ¿Qué papel jugaba en todo esto?

Héctor sonrió con amargura, un gesto sin luz en los ojos.

— Ruiz... Ruiz no fue solo una víctima. Fue el centro de todo. Era la llave que abría y cerraba esta ciudad. Él diseñó el sistema de vigilancia: cámaras, sensores, accesos... Cada movimiento en Madrid pasaba por sus manos. Gracias a él, yo pude convertir la ciudad en mi tablero. Él me dio el control absoluto, aunque ni él mismo lo supiera al principio. Pero ese no fue el único motivo para elegirlo.

Hizo una pausa, la voz bajando hasta un susurro cargado de veneno.

— Ruiz estaba metido hasta el cuello en la operación que acabó conmigo. Sus sistemas nos hicieron creer que teníamos todo bajo control. Fue él quien coordinó la ruta de escape, quien selló automáticamente las calles, quien aseguraba que cada esquina estaba limpia. Pero cuando llegó el momento crítico, falló. Por su error, quedé atrapado entre fuego cruzado y escombros, mientras vosotros escapabais. A ojos del mundo, desaparecí. Para mí, morí ese día. Cada segundo desde entonces ha sido un recordatorio de que Ruiz me condenó.

Sánchez, detrás de Martínez, apretó los dientes.

— ¿Y por eso lo asesinaste? ¿Por venganza?

— No fue solo venganza —dijo Héctor, con un tono casi didáctico, como si impartiera una lección ensayada durante años—. Fue justicia y fue limpieza. No podía dejar huellas de su implicación. Planifiqué cada detalle: desde el momento exacto en que lo saqué de su rutina diaria hasta el método para eliminar cualquier rastro. Su muerte no solo borraba su traición, sino que activaba el juego que había diseñado. Nadie sospecharía, nadie sabría que él había sido el responsable de mi caída. Su final fue tan silencioso como el vacío en el que me dejó.

Martínez lo observó en silencio, recordando aquel infierno: el fuego cruzado, los gritos por la radio, la impotencia de no poder salvar a su compañero. Ahora entendía que Héctor había pasado años en la sombra, alimentando un odio que se enredó en su alma hasta asfixiarlo. Y ese odio lo había convertido en el hombre que tenía delante: un hombre que mataba con la frialdad de quien ya no tiene nada que perder.

— ¿Y, Carlos García? —preguntó finalmente Martínez, avanzando un paso más hacia la penumbra, con el eco de sus

botas rebotando en las paredes húmedas del túnel—. Dime, Héctor, ¿qué ha pasado con él?

Héctor se tomó su tiempo. Primero ladeó la cabeza, como si saboreara la pregunta, y después dejó escapar una risa seca, que pareció arañar el silencio. En aquel lugar subterráneo, la carcajada resonó con un tono hueco y metálico.

— Carlos... —repitió, casi con cariño fingido—. Carlos era mi socio, sí. Mi compañero en esta partida que tú ni siquiera empezaste a entender. Él me ayudó a preparar cada movimiento, a montar el tablero. Fue quien puso el dinero, quien convenció a los contactos, quien ensució sus manos sin hacer demasiadas preguntas. Era listo, muy listo. Un hombre de recursos, con más miedo que lealtad.

Martínez frunció el ceño, manteniendo el arma firme, mientras el goteo constante de alguna tubería oculta marcaba el compás de la conversación.

— Pero... —continuó Héctor, estirando la palabra, dejándola caer despacio como una gota de veneno—, incluso el mejor socio deja de ser útil. Y el cebo... bueno, el cebo siempre termina desapareciendo cuando la trampa se cierra.

Dio un paso al frente, iluminando fugazmente su rostro bajo la tenue luz amarillenta de la lámpara colgante.

— Madrid tiene muchos sótanos, inspector. Más de los que imaginas. Algunos están llenos de polvo y ratas. Otros... simplemente guardan secretos. Secretos que no devuelven ecos, porque lo que entra allí no vuelve a salir.

— ¿Sigue con vida, Héctor? —preguntó Martínez, con la voz grave que temblaba entre la incredulidad y la esperanza.

Frente a él, Héctor Salcedo se limitó a sonreír con un gesto enigmático, ladeando apenas la cabeza. Sus ojos reflejaban cansancio, ira contenida y algo más... un resplandor que no dejaba claro si hablaba un hombre vivo o un espectro de su pasado.

— Eso depende de cómo quieras verlo, Martínez —respondió, con un tono que parecía flotar entre la realidad y el recuerdo.

El inspector apretó los dientes.

— ¿Cómo has llegado a aliarte con un criminal? ¿Cómo con un traficante de armas, Héctor? ¿En qué momento cruzaste esa línea?

Héctor dejó escapar una risa seca, que se perdió en los pasillos oscuros.

— Cuando uno desaparece de la vida oficial, los únicos que extienden la mano son los que viven en la penumbra. Carlos García... —dijo su nombre con un dejo de desprecio— me ofreció recursos, información y un tablero en el que moverme. No preguntó por qué había vuelto ni qué quería. Solo entendió que ambos necesitábamos algo del otro.

Martínez dio un paso al frente, manteniendo el arma firme, sintiendo el peso de cada palabra.

— ¿Lo buscaste tú... o él te encontró?

Héctor guardó silencio unos segundos, dejándolo en vilo.

— Digamos que las sombras siempre se atraen, viejo amigo. Y en las sombras estaba mi único camino.

El eco de sus palabras llenó el túnel, dejando al inspector con más preguntas que respuestas, y la certeza de que su antiguo

compañero se había hundido en un mundo del que tal vez nunca saldría del todo.

Sánchez tragó saliva. Las palabras de Héctor eran un martillo invisible que golpeaba su conciencia. No necesitaba decirlo con claridad: Carlos García estaba muerto o, peor aún, enterrado en un laberinto de oscuridad del que jamás regresaría, igual que las demás piezas del macabro juego.

Martínez apretó la pistola, pero su mirada no era de odio; era de un cansancio profundo, casi resignado. Había perseguido fantasmas, engaños y cadáveres durante demasiado tiempo.

— Todo esto... —murmuró, con la voz quebrada—. Todo este juego... ¿solo para vengarte de mí?

El aire en el túnel se volvió más denso, como si incluso las sombras contuvieran la respiración, aguardando la respuesta de Héctor.

Héctor asintió lentamente.

— De ti... y de todos los que me dieron por muerto. Cada acertijo, cada prueba, era mi forma de devolveros vuestro propio miedo. Pero tú... —sonrió con un matiz retorcido—. Tú has jugado bien.

En ese preciso instante, un estruendo metálico reverberó con violencia a lo largo del pasillo subterráneo. Fue un sonido profundo, gutural, como si decenas de planchas de hierro chocaran unas contra otras, amplificado por los muros de hormigón del túnel. El eco se propagó en todas direcciones, ascendiendo hasta el techo y golpeando de nuevo el suelo, mientras un temblor casi imperceptible recorría el piso bajo las botas de Martínez. Aquella vibración anunció lo que ya se intuía: los vagones del metro se acercaban a toda velocidad, rugiendo como una bestia enfurecida que atravesara las entrañas de la ciudad.

Martínez, aún con el corazón acelerado tras la persecución, giró la cabeza instintivamente hacia el origen del ruido. El zumbido se convirtió en un rugido metálico, una sinfonía de frenos, ruedas y hierros que parecía devorar el espacio a su alrededor. Durante un par de segundos, su atención se volcó completamente en ese estrépito, sintiendo cómo resonaba en su pecho y le nublaba los pensamientos, como si el mismísimo túnel quisiera advertirle de algo que estaba a punto de suceder.

Fue entonces cuando Héctor aprovechó la distracción. Silencioso como una sombra, retrocedió con pasos calculados hacia la penumbra que se extendía más allá de la luz amarillenta de las lámparas del pasillo. Su silueta se difuminó entre los jirones de oscuridad, y antes de desaparecer por completo, pronunció en un susurro que parecía deslizarse por el aire como una amenaza:

— El último movimiento es tuyo, Martínez.

Sus palabras se mezclaron con el eco lejano del tren y el latido acelerado del inspector. Sin perder un segundo, Héctor se escabulló por la puerta metálica de seguridad que tenía justo detrás, una compuerta pesada, que se abrió con un chirrido agudo y se tragó su figura en un instante.

Martínez reaccionó de inmediato, impulsado por la adrenalina. Corrió hacia la puerta, sintiendo el aire helado del túnel rozarle el rostro, pero no logró cruzarla. La compuerta de seguridad se cerró con un estruendo seco, cayendo de golpe ante sus narices y separándolos sin remedio. El sonido resonó por todo el pasillo como un golpe de martillo final. En el silencio que siguió, solo quedó el eco distante del tren que continuaba su trayecto, y el tic tac imaginario de un reloj de arena que ya había agotado sus últimos granos.

Martínez se quedó de pie unos segundos, respirando hondo, con la garganta seca y el puño apretado alrededor de aquel reloj de arena vacío que Héctor había dejado como firma de su desafío. La luz

temblorosa del pasillo iluminaba apenas su ceño fruncido y su respiración entrecortada.

En ese momento, Sánchez irrumpió corriendo desde el otro extremo del pasillo, con el sudor perlándole la frente y el rostro desencajado.

— ¡Se escapó otra vez! —gritó con frustración, golpeando la pared con la palma de la mano.

Martínez no apartó la vista de la compuerta cerrada. Su voz sonó firme, aunque baja, cargada de una determinación que parecía pesar más que todo el hormigón que los rodeaba.

— No. Esta vez ya no tiene dónde esconderse. —Hizo una pausa, dejando que su mirada se endureciera—. Conozco su tablero... y sé que cada juego tiene un final.

Abrió lentamente la mano y dejó ver el último sobre que Héctor le había entregado de manera indirecta durante la persecución. Dentro, cuidadosamente doblado, había un mapa.

Aquel papel amarillento marcaba con precisión la localización de lo que sería el próximo escenario, su tablero final.

La partida había sido larga, llena de trampas, de huidas y de falsas victorias. Pero al fin, con ese sobre en la mano y el eco del tren apagándose en la distancia, supo que la caza se acercaba a su desenlace. El final del juego, inevitable y definitivo, estaba cada vez más cerca.

Capítulo 13

El tablero final

Madrid se hundía en una tarde gris plomiza, un lienzo apagado que parecía anunciar el inevitable desenlace de la cacería. La ciudad, con el tráfico disminuido y las calles en penumbra, parecía contener la respiración mientras el viento helado del invierno recorría los rincones y mordía la piel con cada ráfaga. Martínez, con el cuello del abrigo subido y los guantes rígidos por el frío, desplegaba con cuidado el mapa que Héctor había dejado en el último sobre. La tinta roja dibujaba un círculo tan nítido como perturbador: **las ruinas del antiguo matadero**, en la ribera del Manzanares, ese lugar condenado al olvido, donde el eco de la ciudad parecía morir entre paredes de ladrillo y vigas de hierro.

Las luces anaranjadas del atardecer se filtraban entre la bruma del río, que se enroscaba como un velo fantasmal. Mientras observaba el agua turbia y lenta, escuchó el rugido suave de los motores acercándose. Sánchez llegó con el equipo táctico: seis agentes enfundados en negro, rostros tensos y ojeras profundas que delataban noches en vela y una persecución demasiado larga. Sus botas resonaron sobre el asfalto húmedo, un sonido apagado que se mezclaba con el graznido distante de los cuervos posados en lo más alto de las viejas chimeneas.

— ¿Está seguro de que es aquí? —preguntó Sánchez, con la voz grave, intentando vencer la duda que pendía sobre todos.

Martínez asintió despacio, sin apartar la vista de las ruinas.

— Siempre vuelve a los lugares que cuentan una historia. Y este... este es el final del relato.

El operativo comenzó con precisión milimétrica. Las patrullas cerraron el perímetro, y los agentes avanzaron con armas listas, deslizándose entre los esqueletos de naves industriales que alguna vez habían vibrado con el ruido de máquinas y animales. Ahora, solo quedaban vigas descarnadas, cristales rotos y óxido. Cada paso levantaba pequeñas nubes de polvo que parecían bailar en la luz anaranjada que entraba por los ventanales fragmentados. La humedad del río impregnaba el ambiente, y la penumbra creciente difuminaba los contornos de los edificios, borrando el mundo como un mal sueño.

Martínez avanzó primero hacia la nave principal. El portón de hierro se abrió con un chirrido que resonó como un lamento. Dentro, el espacio era inmenso, y el eco de sus pasos se multiplicaba, rebotando en paredes desnudas y columnas corroídas. El suelo estaba cubierto de escombros, papeles antiguos y restos de madera. En el centro de aquel vacío, iluminada por un único haz de luz que se filtraba desde una abertura en el techo, se encontraba una mesa metálica.

Sobre la mesa, un reloj de arena descansaba erguido, con los últimos granos cayendo lentamente, marcando quizás el último movimiento de aquella partida mortal. A su alrededor, velas encendidas formaban un círculo irregular, y las llamas temblaban suavemente, agitadas por las corrientes frías que recorrían el edificio. Entre las velas, casi como una provocación, yacía otro sobre blanco.

Martínez se acercó despacio, su respiración resonando dentro del silencio. Se quitó un guante con calma y tomó el sobre. Lo abrió con manos firmes, aunque los dedos le hormigueaban por el frío y la tensión. Dentro, una sola carta:

“Inspector:

Ha llegado al final. Solo una pieza queda en juego. Yo.

Si logra atraparme, el tablero se borrará. Si falla... Madrid recordará su nombre como el cazador vencido.

Héctor''

Las palabras parecían flotar en la penumbra de la nave, mientras los agentes, expectantes, aguardaban en las sombras, y las velas seguían ardiendo, como si el tiempo mismo observara la última jugada de la cacería.

Un estruendo metálico reverberó en el ala norte de la nave abandonada, haciendo que el eco se arrastrase por los pasillos vacíos como un lamento antiguo.

Martínez, con los músculos tensos y la respiración contenida, alzó el arma mientras sentía que el frío del metal se le incrustaba en las manos. A su lado, Sánchez intercambió una mirada rápida con los dos agentes que les seguían, y todos avanzaron con pasos cautelosos, los sonidos de sus botas resonando en el suelo de hormigón.

Al girar la esquina, el tiempo pareció detenerse. Allí estaba Héctor, de pie, sin la capucha que siempre le ocultaba, revelando un rostro marcado por cicatrices. Su mirada fija, helada, irradiaba una calma perturbadora que hizo que los hombres que lo apuntaban dudaran un instante.

— Se acabó, Héctor —dijo Martínez, su voz resonando firme aunque en su pecho palpitara el recuerdo de años de persecución.

Héctor sonrió apenas, un gesto casi espectral.

— Siempre supe que llegarías hasta aquí... Fuiste el mejor jugador.

El silencio fue roto por una explosión sorda en el ala opuesta. El suelo tembló, las paredes vibraron, y una nube de polvo y vigas desprendidas cayó como si la nave misma exhalara un último aliento. Entre el caos, Héctor movió los pies con la ligereza de alguien acostumbrado a huir, lanzándose por el pasillo trasero. Martínez no lo dudó: corrió tras él, con el corazón golpeando como un tambor.

Un laberinto de pasillos estrechos se desplegó ante ellos como un escenario diseñado para perderse. Cada esquina parecía idéntica, cada puerta cerrada un recordatorio de que el tiempo jugaba en su contra.

Finalmente, la persecución desembocó en la azotea del antiguo matadero. Allí, el aire frío y húmedo de la madrugada les envolvió. Madrid se extendía ante ellos, gris y silenciosa, con calles vacías que parecían testigos mudos de la caza.

Héctor estaba de espaldas, su silueta recortada contra un cielo teñido de un rojo apagado por el amanecer. No se giró al hablar.

— Siempre fuimos iguales, Martínez. Solo que yo acepté que en este juego todos acaban perdiendo.

Martínez se acercó lentamente, sintiendo cómo cada paso resonaba en el cemento vacío.

— Ríndete. No habrá otra oportunidad —dijo, con la esperanza de encontrar un resquicio de duda en aquel hombre que un día fue su aliado.

Héctor se giró por fin, y en sus ojos se reflejó algo que Martínez no esperaba: cansancio. Era como si cada arruga de su rostro narrase una historia de noches sin descanso, de errores acumulados, de promesas rotas.

— Quizá... este era mi final desde el principio —susurró, con una sonrisa tan leve que casi se confundía con la brisa.

Martínez extendió la mano, un gesto de salvación y de despedida al mismo tiempo.

— No tienes que hacerlo. Aún podemos encontrar otra salida.

El viento agitaba el abrigo de Héctor y levantaba mechones de su cabello. Durante unos segundos eternos, bajó la mirada, dudando. El amanecer pintaba su silueta como una estatua en el borde del mundo.

— ¿Otra salida? —repitió, con un hilo de voz—. He pasado la vida huyendo de mis errores. Esta... esta es la única salida que queda.

Martínez sintió el peso de cada palabra, tragó saliva y dio un paso más.

— No eres solo tus errores. Piensa en lo que hicimos juntos, en lo que podríamos arreglar. Si das este paso...

Héctor soltó una risa rota, que se perdió en el viento.

— Lo arreglaría para ti, pero no para mí. Dentro de mí... el juego acabó hace mucho. Solo quedaba la última ficha por mover.

Se acercó al borde, sin apartar la vista de Martínez. Sus ojos eran un espejo de despedida.

— Quería decir adiós a alguien... y solo quedabas tú.

Martínez notó un nudo en la garganta, el mundo estrechándose a ese instante.

— Héctor, espera... podemos pedir ayuda, podemos...

— No —lo interrumpió, con una firmeza tranquila—. Si me quedo, los fantasmas no me dejarán. Y sabes que es verdad.

El silencio fue absoluto, apenas roto por el zumbido lejano del tráfico y el graznido de un par de aves sobrevolando los tejados. Entonces, Héctor dio un paso atrás, cerrando los ojos. Sus labios se curvaron en una media sonrisa cargada de nostalgia.

— Gracias por escucharme, viejo amigo —susurró, con la voz quebrada por el viento fresco de la madrugada—. Gracias también por haber sido un contrincante digno... el mejor que podría haber tenido. He disfrutado cada instante de este último juego, cada movimiento, cada engaño, cada giro inesperado. No podría haber pedido un final más perfecto.

Abrió los ojos por un segundo, como si quisiera grabar en su memoria la figura inmóvil de Martínez frente a él, y asintió con serenidad. Luego, sin dudarlo más, se dejó llevar.

Y cayó. El golpe seco resonó como una campanada final, y el mundo pareció detenerse.

Martínez no reaccionó al instante. Permaneció paralizado, con el corazón encogido, hasta que sus piernas por fin le llevaron al patio. Héctor yacía inmóvil, con la mirada perdida en el cielo que comenzaba a iluminarse. El juego había terminado.

Se quedó de pie, mudo, mientras las sirenas de las ambulancias atravesaban el amanecer. Por primera vez en días, respiró hondo. Madrid volvía a ser la ciudad que juró proteger, no el tablero de un juego mortal.

Pero en el fondo, Martínez sabía que los ecos de aquel juego resonarían para siempre en su memoria.

Capítulo 14

Fantasmas en la mente

El inspector Alejandro Martínez cerró la puerta de su piso con un suspiro profundo, como si el peso de toda la ciudad se desplomara sobre sus hombros en ese preciso instante. El eco metálico del cerrojo resonó en el pasillo y le dio una sensación efímera de seguridad, una ilusión que sabía frágil. Apoyó la espalda contra la puerta y dejó que el silencio lo envolviera, un silencio espeso, cargado de los ecos de los últimos días.

Se quitó el abrigo lentamente, dejándolo caer sobre el perchero. Avanzó hacia el salón, encendió una lámpara cálida y se sentó en el sofá, respirando hondo. Por primera vez en días, podía escuchar su propia respiración, sentir el temblor sutil que recorría sus manos.

Pero el descanso no llegó. Cerró los ojos y, de inmediato, los fantasmas del pasado comenzaron a desfilan en su mente.

Recordó su época en la unidad antiterrorista. Aquellos días eran un torbellino de adrenalina y disciplina, un mundo donde el peligro se respiraba en cada esquina y el tiempo parecía latir de otra manera. Recordó los entrenamientos interminables, los días fríos en hangares vacíos, las misiones secretas que apenas quedaban registradas en papeles que luego desaparecían bajo el sello de "clasificado".

Entre todos esos recuerdos, siempre aparecía la misma figura: **Héctor Salcedo**. Su compañero, su hermano. Juntos habían compartido horas de vigilancia en azoteas heladas, noches en que el café sabía a tierra y la fatiga se convertía en un enemigo invisible. Héctor era el ancla y el espejo, el hombre que podía leerle la mente con una mirada, que conocía sus miedos y sus manías, que reía en los momentos más tensos para recordarle que aún estaban vivos.

Una escena se deslizó en su memoria con nitidez: aquel día en un país extranjero, el olor a pólvora y humo, la radio crepitando con órdenes confusas y el caos al estallar todo. Martínez lo veía como si estuviera allí otra vez: corriendo entre sombras, gritando el nombre de Héctor, sintiendo el corazón explotar de miedo. Y luego, el vacío. El eco de las detonaciones. La certeza de haberlo perdido.

Abrió los ojos de golpe, con el pecho encogido, y miró el techo de su salón como si pudiera encontrar consuelo allí. No lo encontró. Se levantó y caminó hasta la cocina, sirviéndose un vaso de agua que apenas logró sostener sin derramar. Bebió un sorbo y se apoyó en el fregadero, con la mirada perdida en la ventana que daba a la calle desierta.

El recuerdo de aquel día lo siguió como una sombra. La decisión de dejar la unidad antiterrorista había sido inevitable. La culpa, el dolor, la sensación de haber fallado... todo se mezcló hasta empujarlo de vuelta a Madrid, al departamento de homicidios. Pensó que perseguir asesinos le permitiría tener el control, que la rutina de la ciudad le ofrecería cierto refugio, cierto orden. Pero la verdad era otra: ninguna calle estaba libre de fantasmas. Ninguna investigación traía paz cuando el pasado seguía respirando en su nuca.

Regresó al sofá y encendió la televisión. La ciudad seguía allí, viva e indiferente, pero en el fondo de su mente las imágenes de su vida pasada seguían al acecho, como un juego que nunca dejaba de moverse.

Martínez cerró los ojos por segunda vez, intentando dejar que el cansancio lo venciera. Esta vez, el recuerdo de Héctor apareció más sereno, como si el tiempo suavizara su silueta. Antes de dormirse, pensó en todas las decisiones tomadas, en cada paso que lo había traído hasta ese momento, y en la certeza de que, aunque quisiera descansar, el tablero nunca dejaba de girar.

Un último suspiro rompió el silencio.

El inspector se dejó caer en el sueño, abrazado por la penumbra de su hogar y por los ecos de un pasado que jamás lo dejaría ir.

Capítulo 15

El guardián de las sombras

El entierro de Héctor Salcedo fue discreto, casi clandestino, y se celebró en un cementerio apartado de las afueras de Madrid, donde apenas se escuchaba el eco distante de los coches y el viento entre los cipreses. La policía había acordonado el acceso para evitar curiosos y periodistas, y solo un puñado de viejos compañeros y familiares se presentaron bajo un cielo gris que parecía llorar una historia jamás contada del todo.

Las nubes habían empezado a descargar una llovizna fina, que convertía el aire en un velo húmedo y frío. Martínez permanecía ligeramente apartado, con las manos en los bolsillos de su gabardina, observando cómo el ataúd desaparecía entre las sombras de la tumba abierta.

A su alrededor, el murmullo de la gente y pasos sobre la tierra mojada se mezclaba con un silencio incómodo, cargado de secretos. El inspector sintió una mezcla de alivio y tristeza recorrerle el pecho: alivio porque el juego macabro que Héctor había tejido parecía haber llegado a su fin, y tristeza porque, de algún modo, sabía que las cicatrices que había dejado jamás sanarían por completo.

Mientras la losa final se cerraba sobre el ataúd, Martínez se alejó unos pasos, encendió un cigarrillo y exhaló el humo hacia el cielo opaco. Se dijo a sí mismo que, con Héctor muerto, la ciudad podría descansar... que él podría descansar. Pero una voz interna —una que conocía demasiado bien— le susurraba que las historias nunca terminan de forma limpia, y que las sombras siempre encuentran la manera de alargarse un poco más.

El día siguiente, ya en su despacho, el silencio de la comisaría se le hacía extraño, casi hostil. Encendió la lámpara de escritorio, que proyectó un halo cálido sobre los documentos amontonados. Fue entonces cuando notó el sobre sin remitente, cuidadosamente colocado en el centro de la mesa. Lo tomó con cautela, sintiendo el contenido antes siquiera de abrirlo. Dentro, solo una frase escrita a mano:

"Las sombras nunca mueren, cazador."

La caligrafía era distinta; no era de Héctor. Martínez sintió cómo un sudor frío le perlaba la frente.

Adjunta, había una fotografía: mostraba al hombre del tatuaje del reloj de arena, de pie frente a la puerta principal de la comisaría, como si estuviera vigilando desde el otro lado de la noche.

— No puede ser... —susurró para sí.

Martínez, sin perder un segundo, agarró la nota y la fotografía con manos firmes y salió de su despacho a paso rápido.

— ¡Sánchez! —gritó, su voz resonando por el pasillo de la comisaría—. ¡Ven ahora, tienes que ver esto!

A los pocos segundos, su compañera apareció con el ceño fruncido. Martínez le tendió la nota y la fotografía. Ella las observó con atención, y su rostro se tensó al instante.

— Inspector... esto es serio. ¿Cómo ha dejado esto aquí sin ser visto?

— Eso es justo lo que vamos a averiguar —respondió Martínez.

Ambos se dirigieron a la sala de seguridad, donde las pantallas parpadeaban mostrando distintas zonas de la comisaría. El ambiente

olía a electricidad y café recalentado, y el zumbido de los monitores acompañaba el silencio tenso.

— Rebobina las grabaciones de la entrada —ordenó Martínez.

El agente de guardia manipuló los controles y las imágenes retrocedieron hasta unos minutos antes de que el sobre apareciera en el despacho del inspector. De repente, en la esquina de la pantalla, una silueta oscura cruzó el vestíbulo con pasos sigilosos. La cámara solo captó su presencia durante unos segundos: un hombre alto, con un abrigo oscuro y la capucha cubriéndole el rostro.

— Ahí —dijo Sánchez, señalando la figura—. Entró sin que nadie lo viera.

Martínez entrecerró los ojos.

— Congela la imagen... Amplíala.

El zoom reveló un fragmento del rostro, apenas iluminado por un destello de luz procedente de la calle. No era suficiente para identificarlo con claridad, pero bastaba para confirmar que el intruso había entrado sin ser detectado, y que conocía bien los puntos ciegos de la comisaría. Aparte estaba la fotografía, donde se le podía ver con más claridad.

— Tenemos que descubrir quién es —dijo Martínez, con la mandíbula apretada—. Rastrea cada cámara, cada calle cercana. Si logramos seguirlo, tendremos nuestra primera pista sólida.

Sánchez asintió y se puso a trabajar de inmediato, sumergida en el sonido constante de los teclados y el pitido lejano de las notificaciones.

Mientras tanto, Martínez sentía que el tablero de este juego macabro acababa de moverse otra vez, y que el enemigo se encontraba más cerca de lo que jamás habían imaginado.

En ese preciso instante, la puerta del despacho se abrió de golpe, con un estruendo que resonó entre las paredes tapizadas de estanterías y documentos. Sánchez apareció en el umbral, su silueta recortada por la luz del pasillo. Tenía el ceño profundamente fruncido y un gesto grave que no dejaba lugar a dudas: traía noticias urgentes.

— Inspector —pronunció sin preámbulos, con voz firme pero cargada de tensión—. Hemos conseguido identificarlo. Su nombre es Iván Calderón. Fue exmilitar, un especialista en logística y supervivencia, condecorado en misiones que nunca aparecieron en los informes oficiales. Hace unos años desapareció tras un consejo de guerra que destrozó su reputación y lo borró de los registros públicos. Héctor lo encontró antes que nosotros, y, según parece, le ofreció algo que ni el ejército ni la sociedad podían darle: un propósito, un motivo para volver a actuar.

Martínez apretó los labios con fuerza, como si intentara contener la mezcla de rabia y preocupación que lo atravesaba. Sus ojos se posaron de nuevo en la fotografía que descansaba sobre la mesa, tratando de descifrar en el rostro de aquel hombre la historia que Sánchez acababa de relatar.

— Su sombra. Su guardián. Su amenaza.

Sánchez avanzó un par de pasos, cruzando el despacho en silencio, y dejó caer un grueso informe sobre la mesa, haciendo que varias carpetas se estremecieran con el golpe.

— Y ahora... —dijo con un tono más bajo, casi un susurro— parece que el tablero sigue abierto, quizás más peligroso que nunca.

El ambiente del despacho se cargó de una inquietud densa, como si una tercera presencia invisible se hubiese instalado con ellos. Fuera, el viento azotaba los ventanales sin descanso, haciéndolos vibrar, y

el murmullo lejano de las sirenas se colaba entre las rendijas, recordándoles que la ciudad jamás dormía, ni les daría tregua.

A la mañana siguiente, un aviso urgente llegó a la central: disparos en un viejo almacén cerca de las vías del tren, en un distrito industrial casi abandonado. Martínez y Sánchez no tardaron en llegar. Las calles desiertas parecían un laberinto fantasma, y el eco de sus pasos resonaba mientras se acercaban al edificio descrito en la llamada.

El almacén se erguía como un gigante dormido. La puerta estaba entreabierta, y la noche parecía tragarse todo sonido. Dentro, la penumbra era casi total, interrumpida por algún rayo de luna colándose entre tablones.

En una pared, iluminada por la linterna de Sánchez, alguien había escrito con tiza blanca:

"El Juego terminó, pero el Guardián vigila."

Una gota de agua cayó desde el techo, haciendo eco en el silencio pesado de la sala. Entonces, un ruido metálico, seco y lejano, los alertó. Los dos desenfundaron sus armas y avanzaron lentamente, sintiendo que aquel lugar respiraba secretos.

De entre las sombras emergió Iván Calderón, imponente, con el tatuaje del reloj de arena resplandeciendo bajo el haz de luz. Cada paso suyo parecía medido, como si la gravedad misma obedeciera a su presencia.

— Inspector Martínez... —dijo con una voz profunda, serena, que parecía venir de otra época—. Yo no soy Héctor. Yo no juego. Yo protejo.

Martínez apuntó con la pistola, su mirada fija en aquella silueta.

— ¿Proteger a quién? Él ya no está.

Calderón sonrió levemente, sin miedo, revelando la calma de quien ha aceptado su destino.

— No protejo a un hombre, sino su propósito. Héctor me enseñó que el mundo es un tablero, y que en él nadie mueve las piezas sin consecuencias. Él creyó en un orden, en una disciplina que impide que el caos devore todo. Cuando cayó, juré que su visión no moriría con él. Si dejo que el tablero se borre, su sacrificio habrá sido inútil... y los que destruyeron su mundo seguirán avanzando.

Su mirada se endureció, y por un instante, la luz reflejó en sus ojos una determinación inquebrantable.

— Quiero que quien intente romper las reglas sienta que todavía existe un guardián. No busco venganza. Busco equilibrio. Mientras yo respire, el tablero no será olvidado.

Tras pronunciar esas últimas palabras, Iván se dio media vuelta con un movimiento ágil, su abrigo ondeando como una sombra viva. Sus botas resonaron sobre el suelo de hormigón mientras corría hacia el fondo de la sala. Antes de que Martínez y Sánchez pudieran reaccionar, el Guardián atravesó un estrecho pasillo metálico que desembocaba en una gran puerta de acero, dejando tras de sí un silencio cargado de promesas y amenazas.

El chirrido del metal al abrirse rasgó el aire, seguido de un estruendo ensordecedor cuando la puerta se cerró de golpe tras él, haciendo temblar las paredes y levantando una nube de polvo. El sonido reverberó durante varios segundos, como si la nave misma se quejara de haber quedado sellada.

Martínez corrió hacia la salida, con Sánchez pisándole los talones. Empujó la puerta con todas sus fuerzas, pero el cerrojo automático

había encajado al instante. Solo el eco del golpe metálico y el pitido lejano del temporizador rompían el silencio.

— ¡Maldición! —gruñó Martínez, golpeando el acero frío—. Nos ha encerrado.

La luz de sus linternas se reflejaba en las paredes desnudas de la sala, ahora convertida en una jaula. El eco de su respiración se mezclaba con el zumbido lejano de la ciudad exterior, que parecía tan lejana como inalcanzable.

— Inspector —dijo Sánchez, con la voz tensa—, tenemos que encontrar otra salida. No estamos solos en este tablero.

Martínez asintió, con la mandíbula apretada y la mirada fija en las sombras que les rodeaban. Sabía que el juego aún no había terminado. La cacería seguía, y ahora estaban atrapados en el corazón de la trampa del Guardián, un nuevo movimiento en el tablero mortal que Iván había heredado de Héctor.

Antes de que el inspector pudiera responder, un pitido agudo resonó en el interior del almacén, rebotando en las paredes de metal. Ambos policías corrieron hacia el origen del sonido y encontraron una mesa polvorienta, sobre la que descansaba un nuevo reloj de arena y un sobre blanco. Martínez lo abrió con manos tensas. Dentro, un mensaje:

"Última cacería, inspector. Atraparé al Guardián... o Madrid volverá a ser mi tablero. —H"

Martínez sintió un nudo en el estómago, uno de esos que no desaparecen aunque intentes disimularlo con respiraciones profundas. Héctor estaba muerto, de eso no cabía la menor duda, pero su presencia parecía persistir en cada rincón. Su sombra se aferraba a las paredes húmedas del almacén, y su legado permanecía, vibrante y latente, como un hilo invisible que seguía moviendo piezas desde el otro lado de la tumba.

Iván Calderón no era un esbirro cualquiera. Cada movimiento suyo, cada mirada calculada, era el eco de un juego que se negaba a morir, un tablero que Héctor había puesto en marcha mucho antes de desaparecer. Iván no solo seguía las huellas de su antiguo mentor, sino que lo hacía con una profunda admiración. Sentía que cada estrategia de Héctor era una obra maestra, y replicar sus pasos era, para él, un acto de respeto. En sus pensamientos, Héctor era más que un líder: era un genio silencioso, capaz de prever cada jugada con una precisión que Iván aspiraba a igualar. Esa devoción lo mantenía fiel incluso en su ausencia, convencido de que cada decisión que tomaba era un homenaje a la inteligencia de su maestro.

Cuando por fin salieron del almacén, la luz de la mañana ya bañaba las calles de Madrid. A pesar del sol que se filtraba entre los edificios, la ciudad parecía más oscura que nunca. El bullicio habitual del tráfico y los transeúntes contrastaba con la inquietud que arrastraban consigo, como si una capa invisible de amenaza cubriera cada esquina. La persecución del Guardián apenas comenzaba, y en las entrañas de aquella urbe inabarcable, el eco del tablero seguía resonando. Era como un viejo reloj que jamás dejaba de marcar el compás del tiempo, recordándoles que cada segundo importaba.

El tablero... aún no estaba cerrado, y quien moviera la próxima pieza podría decidir el destino de todos.

Capítulo 16

El eco de las piezas

La noche madrileña se extendía sobre la ciudad como un inmenso manto de terciopelo oscuro, salpicado por la luz intermitente de farolas y ventanas que dejaban escapar destellos dorados. El aire de mayo, húmedo tras la llovizna de la tarde, arrastraba el aroma metálico del río y el lejano humo de los bares que apenas cerraban. Desde lo alto del viaducto, cercano al almacén abandonado que se erguía como un gigante dormido, el río Manzanares reflejaba un destello pálido de luna, como si incluso sus aguas contuvieran la respiración ante lo que estaba a punto de suceder.

Martínez y Sánchez avanzaban con cautela, sus linternas recortando conos de luz en los pasillos húmedos, donde el polvo flotaba como diminutas motas doradas atrapadas en una corriente de aire antiguo. Sus pisadas crujían sobre la grava y los escombros, resonando en ecos que parecían multiplicar el silencio. Cada sombra proyectada sobre los muros parecía moverse, cada ruido distante despertaba la sospecha de que alguien más respiraba en aquel laberinto industrial. El eco de la persecución con Héctor aún vibraba en sus mentes, y ahora, la presencia imponente de Iván Calderón, el Guardián, añadía un peso invisible, un vértigo que se enroscaba en el estómago.

Madrid parecía transformada en un tablero de ajedrez infinito, donde cada calle, cada esquina, podía esconder una pieza oculta. Las cadenas oxidadas colgaban de vigas olvidadas, balanceándose apenas con el viento. El goteo de agua en alguna tubería rota marcaba un compás irregular, como un reloj roto que anticipaba el final de una partida.

— Inspector —susurró Sánchez, su voz apenas un hilo, mientras la pistola temblaba en sus manos—. Esto es un laberinto... y él

conoce cada rincón.

— Lo sé —respondió Martínez, grave y controlado, sin apartar los ojos de la oscuridad—. Pero ningún laberinto es perfecto. Siempre hay una salida... o una trampa final.

Avanzaron hasta una escalera metálica. Cada peldaño gemía y crujía, protestando bajo su peso, como si el propio edificio quisiera expulsarlos. El olor a óxido se mezclaba con la humedad de los muros, impregnando la ropa y la piel. Subir era como ascender por la garganta de un monstruo dormido.

Al llegar a la planta superior, encontraron un pasillo largo, interminable, un túnel de ecos y penumbra. La luz se colaba tímidamente, proyectando figuras distorsionadas en las paredes, como si fantasmas olvidados danzaran bajo un ritmo que solo ellos escuchaban. Cada paso era una nota en la sinfonía de la soledad.

Al final del pasillo, sobre una mesa cubierta de polvo espeso, descansaba una hilera de relojes antiguos. Algunos tenían las esferas rotas, otros habían perdido las agujas, y ninguno marcaba la misma hora.

Era como si el tiempo se hubiera fragmentado allí, atrapado entre realidades paralelas. En los cristales empañados, escritas con tiza blanca, brillaban las letras: **S, O, M, B, R, A.**

Para Iván, aquella palabra no era un simple adorno. Era el eco de todo lo que se oculta, lo que nos persigue sin ser visto. **SOMBRA** era la huella de los recuerdos que se niegan a desaparecer, la respiración silenciosa del miedo.

— Nos está dejando un mensaje —dijo Sánchez en un hilo de voz.

Martínez se inclinó, repasando cada letra.

— Quiere que sigamos su juego... aunque jure que no juega — susurró.

De pronto, un golpe metálico resonó desde el piso inferior. El eco subió por la escalera como una advertencia. Martínez hizo una señal, y ambos se dirigieron hacia la puerta del fondo. Esta se abrió sola, empujada por una ráfaga helada.

Más allá, el pasillo conducía a un patio interior, iluminado como un escenario por la luz espectral de la luna. En el centro, Iván Calderón los esperaba, erguido, con su silueta recortada como una estatua de sombra. El tatuaje de un reloj de arena en su cuello parecía brillar.

— Inspector Martínez... —dijo, con voz profunda—. Llegó más rápido de lo que creí.

Martínez alzó el arma, con la mirada fija en Iván. El sudor le corría por la frente mientras la tensión se podía cortar con un cuchillo.

— Se acabó, Calderón —dijo con voz firme—. Héctor está muerto. Tu juego terminó.

Iván no apartó la vista. Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

— ¿Muerto? Sí, lo sé —respondió en un susurro frío—. Pero no te equivoques, Martínez. Héctor era solo una pieza. Lo que empezamos, lo que planeamos juntos... sigue en marcha. No pienso olvidar su legado.

Martínez frunció el ceño, sin bajar el arma.

— ¿Sigues con esta locura incluso sin él? —preguntó, tratando de encontrar alguna grieta en la determinación de su enemigo.

— Locura para ti, destino para mí —contestó Iván, dando un paso al frente—. Su muerte cambia las reglas, no el objetivo. Esta ciudad, este juego... apenas empieza para mí.

Martínez tragó saliva, sintiendo que el vacío que había dejado Héctor era ahora ocupado por algo aún más oscuro.

— Entonces tendré que pararte, aquí y ahora.

— Inténtalo —dijo Iván, y su mirada brilló con una determinación escalofriante.

Un pitido agudo rompió el silencio. Sánchez giró y vio un temporizador digital: **00:10:00**.

— ¡Inspector! —el grito desgarró la penumbra como un cristal roto. La voz temblorosa parecía sostener en su eco un presagio que ninguno de los presentes estaba dispuesto a nombrar.

Cada sombra parecía moverse un poco más de lo que debería, como si el aire mismo conspirara contra ellos. Iván, en cambio, se mantuvo inmóvil unos segundos, con una calma que resultaba antinatural. Dio un paso adelante, levantando las manos muy lentamente, como si el tiempo se hubiera espesado.

— No es una bomba —dijo por fin, modulando cada sílaba con un ritmo hipnótico—. No es lo que teméis. Es un reloj. Y cuando llegue a cero... esta ciudad recordará que las sombras nunca mueren. Que siempre esperan.

Un zumbido surgió de la oscuridad, un murmullo mecánico que parecía crecer desde el suelo mismo. Entre las penumbras emergió un dron, flotando como un insecto metálico, con luces verdes que parpadeaban de manera irregular, como si respirara. Se detuvo frente a ellos, y de su base comenzó a proyectarse una luz blanca que dibujó lentamente un tablero de ajedrez sobre el asfalto. Primero solo las casillas, después una especie de resplandor fantasmagórico que parecía extenderse más allá de los límites del callejón.

El tablero no se detuvo en el suelo; subía por las paredes, trepaba por los muros y se reflejaba en los cristales de las ventanas, convirtiendo la calle en una sala infinita, un cuadrilátero hipnótico donde el mundo parecía haberse borrado.

— Dios... —murmuró Martínez. Podía sentir la vibración en los pies, como si cada casilla pulsara al ritmo de un corazón oculto.

Sánchez dio un paso, y entonces lo vio: su sombra se alineaba con una de las casillas negras. De repente, entendió. Las piezas eran ellos.

Cada uno de sus movimientos desencadenaba un cambio en el tablero. Con cada respiración, con cada titubeo, la proyección respondía, vibrando, iluminando sutilmente, como si reconociera que la partida había comenzado.

Iván comenzó a hablar, y su voz tenía un eco extraño, como si el tablero mismo la amplificara:

— Esto no es un juego... Es la memoria de Madrid. Cada casilla es un fragmento de su historia, cada sombra, un recuerdo que no se resigna a morir. Si el reloj llega a cero, la ciudad entera despertará en esa memoria. Y entonces, las sombras... reclamarán lo que es suyo.

El reloj holográfico apareció en el aire: **00:09:00**. Los números descendían con un tic silencioso que retumbaba en la mente. Nadie se atrevía a hablar. Solo el viento helado de la calle vacía y el zumbido del dron llenaban el espacio.

Martínez sintió que algo lo observaba desde las ventanas oscuras. No personas, sino recuerdos. La sensación de ser un intruso en un ritual que no comprendía. Dio un paso hacia el centro del tablero. De inmediato, dos casillas parpadearon en rojo. El dron emitió un pitido agudo, y una voz grave y distorsionada emergió de su altavoz:

"Cada movimiento tiene un precio. Cada sacrificio, una consecuencia."

Sánchez tragó saliva y trató de pedir refuerzos por radio, pero el auricular solo emitió un chisporroteo distorsionado. El tablero absorbía la señal. Era como si hubiesen entrado en un mundo aparte, sellado por las reglas de una partida que no entendían.

El reloj bajó a **00:07:57**.

Iván caminó despacio, con una serenidad inquietante. Sus pasos encendían casillas que brillaban en un azul profundo. Mientras lo hacía, hablaba como si recitara un antiguo poema, aunque ahora su voz se volvía más lenta, casi hipnótica, resonando entre las paredes de ladrillo:

— Cada línea de este tablero es un latido de la ciudad. Aquí — señaló el centro con la barbilla, sin dejar de mirar a Martínez— es donde caerá la sombra si nadie comprende la jugada final. Nadie puede ganar sin conocer las reglas, y las reglas siempre han estado escritas en el pulso de Madrid.

Martínez sintió que el aire se espesaba, como si el callejón entero respirara con ellos. La luz del tablero proyectado parpadeó, y por primera vez notó un patrón: líneas que se encendían y apagaban de forma rítmica, como si marcaran un recorrido. Cada destello parecía invitarles a moverse, pero también advertía de un peligro invisible.

00:05:00. El pitido del dron cambió, más lento, más profundo. La voz metálica resonó:

"El sacrificio es inevitable. La sombra siempre reclama lo que le pertenece."

Iván caminó un paso hacia atrás, y al hacerlo, la fila de casillas bajo sus pies se iluminó en ámbar. El tablero vibró levemente, y de pronto todas las líneas mostraron un esquema: un itinerario que cruzaba

varias calles conocidas, representadas como nodos. Martínez comprendió que no era un juego estático. Era un mapa vivo de la ciudad, y cada movimiento alteraba su equilibrio. Las casillas marcadas en rojo parecían zonas de riesgo. Si pisaban el lugar equivocado, todo el tablero respondía.

— ¿Lo ves ahora? —dijo Iván con una sonrisa cansada—. La ciudad misma decide quién gana. Solo hay una ruta que lleva a la sombra sin despertar su ira.

Sánchez y Martínez intercambiaron miradas, intentando intuir la lógica. Martínez dio un paso, el tablero emitió un pulso azul, y un destello surgió hacia una calle lateral, como si les invitara a moverse. Pero cuando Sánchez imitó el movimiento, una ráfaga de viento helado los rodeó, arrancando papeles de las aceras. **00:04:12.**

De repente, el dron descendió, proyectando una advertencia en el suelo:

"ERROR. SECUENCIA ROTA."

El tablero reaccionó con un espasmo de luz roja. Varias casillas desaparecieron durante un segundo, como si el suelo mismo hubiese dejado de existir. Iván aprovechó la confusión para retroceder hacia un extremo del tablero, donde las casillas formaban un sendero en zigzag.

Martínez sintió el pánico apretarle el pecho. Comprendió que la única forma de atraparlo era seguir el patrón correcto. Recordó la frase de Iván: "La ciudad late". Cerró los ojos y escuchó. Entre el viento y los pitidos, el murmullo lejano del tráfico y los pasos de la ciudad parecían marcar un compás. Siguió ese ritmo e hizo su movimiento. El tablero brilló en azul de nuevo.

Iván dudó por primera vez. Su ruta se estrechaba. Cada paso que daba activaba nuevas reacciones: columnas de niebla, ráfagas de

viento, destellos que cegaban durante segundos. Los agentes lograron acorralarlo poco a poco, siguiendo el latido del tablero.

00:03:00. El dron proyectó un mensaje final, suspendido como un juicio en el aire nocturno:

"LA SOMBRA CAE."

Iván vaciló, y esa vacilación fue suficiente para abrir una grieta en su confianza. Pero la captura no fue inmediata. El tablero lanzó una última defensa: un círculo de luz roja rodeó a los tres, y las casillas cercanas comenzaron a desaparecer fugazmente, como si el callejón se hundiera en la nada.

— ¡Ahora! —gritó Martínez, mientras saltaba hacia Iván, esquivando una casilla que parpadeaba en rojo.

Rodaron sobre el suelo, y al tocarlo, la cuadrícula se reconfiguró. Sánchez, con las manos temblorosas pero firmes, logró ponerle las esposas a Iván mientras el tablero lanzaba un último pulso de luz que iluminó todas las paredes.

00:00:32. El pitido se aceleró, luego se interrumpió. El silencio posterior fue total, denso, casi consciente. La ciudad parecía escuchar.

El tablero comenzó a desvanecerse, pero las líneas permanecieron grabadas en la retina y en el corazón de los agentes. Madrid seguía latiendo, como si aquella partida no hubiese sido más que el primer movimiento.

— Se acabó —murmuró Martínez, aunque en el fondo no estaba seguro de ello.

Capítulo 17

La Ciudad de los Susurros

El amanecer se extendía por Madrid como un suspiro contenido, tiñendo de oro las fachadas antiguas y los tejados húmedos. El viento arrastraba un aroma de los cafés que abrían temprano. Martínez caminaba por la Gran Vía, sintiendo bajo sus botas el eco de la ciudad que despertaba lentamente. Cada paso resonaba con un peso nuevo: el del cierre del juego, el del final de un tablero que, sin embargo, parecía seguir latiendo en las sombras.

El inspector había pasado la noche en vela, repasando informes, atando cabos, intentando convencer a su mente de que todo había concluido. Iván Calderón estaba bajo custodia, y con él, la última sombra visible del legado de Héctor. Pero el mensaje recibido en el amanecer seguía grabado en su memoria: “Cada tablero deja su sombra, cazador.”

Al llegar a la comisaría, la rutina de cada mañana parecía un espejismo de normalidad. Los agentes saludaban con un respeto silencioso, conscientes de la tormenta que había pasado sobre ellos y de las cicatrices invisibles que dejaba.

En los pasillos olía a café y a papel húmedo, y el eco lejano de pasos recordaba que, aunque la luz del día dominara las calles, las sombras siempre acechaban.

Sánchez lo esperaba en su despacho con una carpeta nueva en la mano. Sus ojos, cansados pero firmes, anunciaban que aquello no había terminado del todo.

— Inspector —dijo, dejando la carpeta sobre la mesa—. Hemos terminado el análisis de los dispositivos de Iván. Su portátil, los

discos duros, todo. Y hay algo que necesita ver.

Martínez abrió la carpeta. Fotografías impresas mostraban mapas de Madrid, anotaciones en tinta negra y símbolos repetidos: relojes de arena, tableros de ajedrez, líneas que unían plazas y calles en formas geométricas. Algunas rutas estaban marcadas con fechas que aún no habían llegado.

— ¿Qué significa esto? —preguntó, con la voz grave.

— No lo sabemos con certeza —respondió Sánchez—. Pero parece que Iván, o tal vez Héctor antes de morir, había planificado algo más. No hay detalles claros, solo fechas y patrones.

Era como si la ciudad misma respirara a través de esos mapas, como si su corazón latiera en el lenguaje secreto de líneas y sombras.

Esa noche, incapaz de conciliar el sueño, el inspector Martínez decidió abandonar su piso y dejarse llevar por el laberinto de calles de Madrid. La ciudad estaba envuelta en un silencio inquietante, interrumpido apenas por el lejano rumor de algún coche y el eco de sus pasos sobre las losas frías. Caminó sin rumbo fijo primero por la Gran Vía, iluminada como un río de neón, y luego se adentró en el corazón del casco antiguo, donde la noche tenía otro peso y los recuerdos parecían salir de cada esquina.

Al llegar a la Puerta del Sol, se detuvo bajo el reloj que tantas veces había marcado las campanadas de fin de año. La plaza estaba casi desierta, salvo por un par de transeúntes que se apresuraban bajo la luz amarillenta de las farolas. Para Martínez, las campanadas resonaban en su memoria como ecos lejanos, como si cada golpe de campana abriera la puerta a otra partida, a otro misterio no resuelto.

Siguió andando hasta la Plaza Mayor. Allí, el silencio era aún más profundo, y la estatua ecuestre de Felipe III parecía vigilarlo desde su pedestal. Martínez recordó el globo rojo que había visto flotar en

una ocasión, atado al brazo de bronce del rey, y por un momento le pareció verlo de nuevo, meciéndose suavemente en la oscuridad. En los escaparates apagados y los charcos que reflejaban la luna, creyó distinguir una sombra que se deslizaba, siempre a su espalda, como si lo observara en un juego que él no había decidido jugar.

El inspector se aventuró por las callejas de Lavapiés, donde el aire olía a humedad y a grafitis recién pintados. Fue allí, en un callejón estrecho y mal iluminado, donde el destino le tendió una trampa silenciosa. Entre un cubo de basura y una pared llena de pintadas, vio un objeto que hizo que su respiración se detuviese: un diminuto reloj de arena que parecía brillar con la luz de una farola cercana. Bajo él, un sobre blanco descansaba como una invitación.

Martínez se agachó, sintiendo el frío del asfalto en las rodillas, y tomó el reloj de arena. El vidrio helado y la arena dorada que descendía lentamente le erizaron la piel. Abrió el sobre con cuidado, como si temiera que el papel pudiera cortarle, y dentro encontró una nota manuscrita que rezaba:

“El tablero nunca duerme. Madrid siempre tiene piezas ocultas.

Nos volveremos a ver.

S.”

Al leerlo, un mal presentimiento le recorrió la espalda. Alzó la mirada hacia el callejón, ahora más vacío y silencioso que antes. El viento nocturno le golpeó el rostro, trayendo consigo el rumor del río y los susurros invisibles de la ciudad. Supo, sin necesidad de entenderlo del todo, que la partida no había terminado, solo había pasado a otra fase.

S. Solo una inicial, pero suficiente para despertar todos los fantasmas. Martínez sabía que era la firma de **Serrano**, el estratega en la sombra, el maestro de las pistas imposibles que desaparecía y reaparecía cuando nadie lo esperaba. Se habían conocido años

atrás, cuando Martínez era inspector y Serrano un colaborador en un caso imposible; aquel encuentro dejó claro que Serrano jugaba con reglas que nadie más comprendía. Desde entonces, Martínez nunca pudo librarse de su influencia, como si cada enigma de la ciudad llevase su huella.

El hombre que había convertido Madrid en un tablero de ajedrez donde cada farola, cada esquina y cada sombra eran piezas de un juego que solo él parecía dominar. Serrano no era un desconocido total; era una presencia latente, un recuerdo de partidas anteriores que siempre regresaba en el momento más inesperado.

Madrid, la ciudad de los susurros, seguía respirando bajo la noche. Y cada sombra, cada reflejo en sus escaparates oscuros, podía ser el primer movimiento de un nuevo juego.

Capítulo Final

El eco interminable

El amanecer sobre Madrid llegaba envuelto en un silencio expectante. La ciudad parecía contener el aliento, como si presintiera que la partida no había terminado. En su despacho, Alejandro Martínez observaba cómo los primeros rayos se filtraban entre las persianas. Las carpetas amontonadas sobre la mesa formaban un muro de papeles que no lograba ocultar la sensación de que había alguien moviendo piezas en la sombra.

El inspector ya conocía esa presencia. S. Había recibido antes sus mensajes, cada uno como el eco de un desafío que no admitía descanso. Por eso, cuando el teléfono vibró, supo lo que encontraría antes de mirar la pantalla:

“El tablero nunca muere, cazador. Cada sombra deja un eco.”

No era una sorpresa, pero la familiaridad del tono no le tranquilizó. Iván Calderón, el Guardián, estaba bajo custodia, y Héctor Salcedo llevaba meses muerto, pero S. se movía con una precisión que convertía a la ciudad entera en un escenario vigilado.

Revisó la carpeta recién llegada de la unidad tecnológica. Diagramas, coordenadas, números que parecían fechas y horas. Entre las fotos, una le hizo detenerse: su propio salón visto desde la calle, en plena noche, con él leyendo junto a la lámpara. Ya lo habían vigilado antes; S. no era un fantasma nuevo, sino un jugador paciente.

Golpearon la puerta. Sánchez entró con el gesto grave y le tendió una carpeta negra. Dentro, una imagen en blanco y negro mostraba el pasillo de la comisaría. En el suelo, un reloj de arena. Al fondo, una figura alta, fundida con la pared.

— Ayer por la noche —dijo Sánchez—. No hay puertas forzadas. Nadie lo vio entrar ni salir.

Martínez sintió la confirmación que ya intuía: S. había vuelto a mover piezas.

Esa misma noche, salió sin compañía. Conocía demasiado bien ese laberinto invisible que era Madrid bajo el juego de S. Se internó en callejones solitarios y plazas húmedas hasta que encontró un nuevo reloj de arena, idéntico a los anteriores, sobre una caja de madera. Junto a él, un sobre blanco.

La nota, escrita con la caligrafía firme que ya reconocía, decía:

“El tablero nunca duerme, cazador. Las piezas han cambiado, pero el eco sigue. Prepárate para la verdadera partida.”

La inicial S al pie del símbolo del reloj de arena encerrado en un círculo no dejaba dudas.

Martínez guardó el reloj en el bolsillo y sintió el pulso de la ciudad alrededor. Al fondo del callejón, una sombra se deslizó fuera de su alcance. El inspector respiró hondo.

El juego de S nunca había terminado, y Madrid se preparaba para una nueva jugada.

Abrió el cajón del escritorio y guardó el reloj de arena junto a la nota que había recibido. El sobre, blanco e impoluto, parecía casi un talismán maldito. En su interior, aquellas palabras seguían grabadas a fuego: “El tablero nunca duerme. Prepárate para la verdadera partida.”

La comisaría vibraba con la rutina matinal: teléfonos sonando, teclados golpeando, voces entrecortadas. Pero para Martínez, cada sonido era un murmullo lejano, como si el mundo se hubiese convertido en una sala de espera antes de la próxima jugada.

Se levantó, abrochando el abrigo, y se acercó a la ventana.

— Sánchez —dijo, con un hilo de voz grave—. La ciudad parece tranquila, ¿verdad?

Ella asintió, confundida.

— Sí, inspector... por ahora sí.

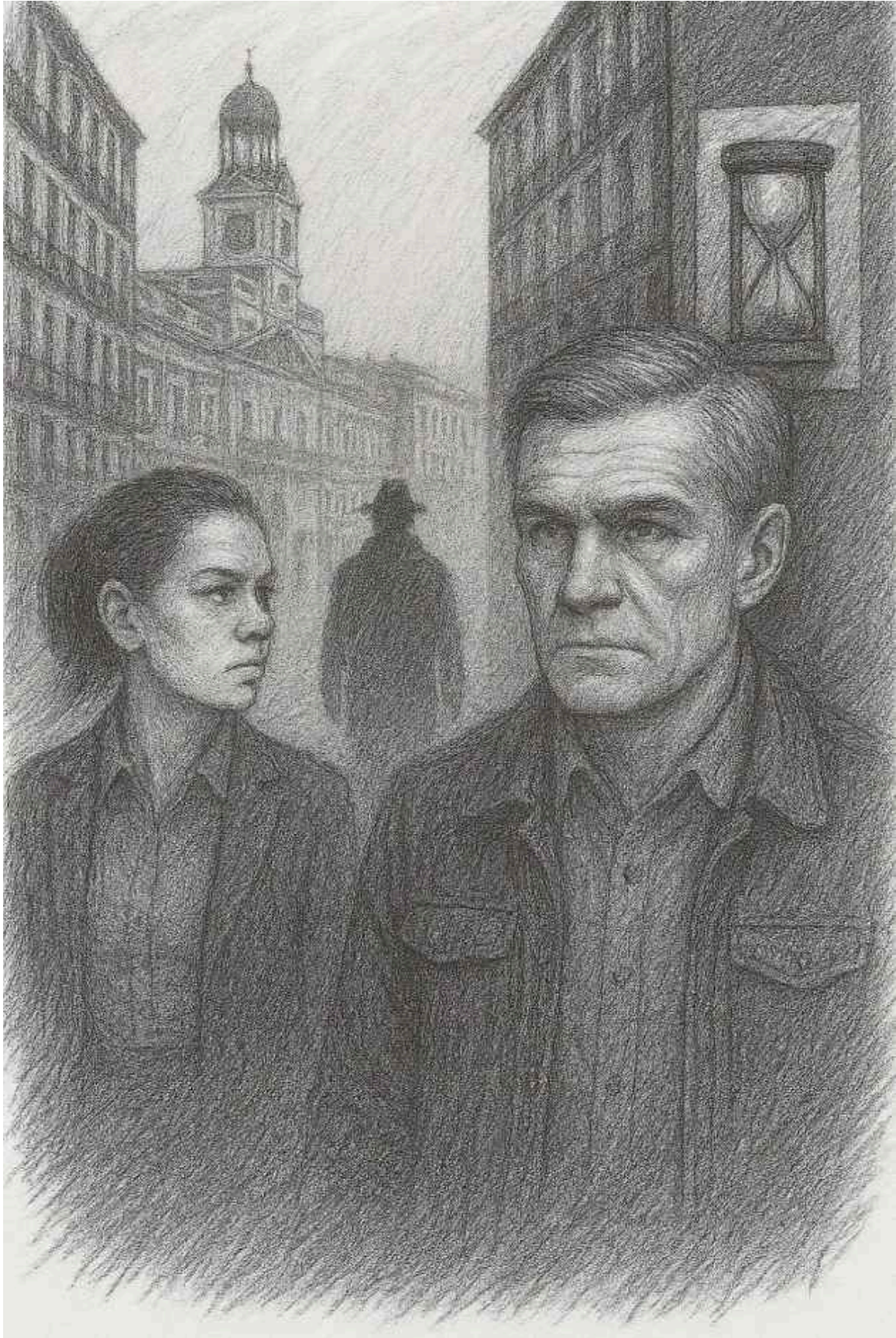
Martínez sonrió con amargura.

— Pues escucha bien: es el silencio antes del verdadero juego.

Y en ese instante, entre las calles de Madrid, un destello de luz rebotó en un cristal lejano. No era el sol. Era un reflejo breve, intencionado, como un saludo desde las sombras.

El inspector supo que la partida no había terminado. Que nunca terminaría.

Las piezas ya estaban de nuevo en movimiento.



Agradecimientos

A mis queridos padres y a mi hermana, mi gratitud es infinita por todo lo que habéis hecho por mí. Gracias por apoyarme siempre, por cada gesto de cariño, por estar ahí en los momentos en los que más os necesité y nunca soltarme la mano. Vuestro ejemplo me ha enseñado el valor de la constancia, el amor incondicional y la generosidad sin límites. Habéis sido mi refugio, mi inspiración y mi fuerza para seguir adelante. Cada logro que alcanzo es también vuestro, porque sin vuestro apoyo inquebrantable, nada de esto habría sido posible.

A mis tres hijas, que son el mejor regalo que me ha dado la vida y que llenan mis días de luz y alegría. Cada sonrisa suya me recuerda por qué merece la pena todo esfuerzo, y cada abrazo suyo me devuelve la fuerza para seguir adelante. Sois la razón por la que cada día me levanto con ganas de dar lo mejor de mí.

Gracias por enseñarme, sin proponérselo, a ver el mundo con la inocencia y la ilusión que a veces los adultos olvidamos. Gracias por mostrarme que la felicidad se encuentra en los pequeños detalles: un dibujo, una risa compartida, una conversación antes de dormir, un ratito de sofá, manta y palomitas o pipas. Gracias por hacerme sentir orgulloso, no solo por lo que sois, sino por la forma en que me inspiráis a ser mejor persona cada día.

Quiero que sepáis que siempre estaré a vuestro lado, para apoyaros en cada paso, celebrar vuestras victorias y daros fuerzas en los momentos difíciles. Vosotras sois mi luz, mi esperanza y mi alegría.

A los muchos escritores que me han permitido perderme en sus mundos y vivir, aunque sea por un instante, mil historias diferentes.

Sus palabras han sido refugio, inspiración y guía, mostrándome caminos insospechados y despertando en mí la pasión por contar mi propia historia. Gracias por hacerme soñar, por invitarme a viajar sin salir de casa y por recordarme siempre que la imaginación no tiene límites.

A quienes, de una forma u otra, creyeron en mí cuando dudaba, y me recordaron que el camino se recorre paso a paso y que cada esfuerzo tiene su recompensa. Gracias por formar parte de este viaje.

Y, por supuesto, a los lectores, que con su tiempo, su entusiasmo y su curiosidad dan vida a estas páginas. Sin vosotros, las historias quedarían en silencio; sois la razón por la que las palabras cobran sentido y encuentran su verdadero hogar.

Acerca del autor

Pablo Escribano Fernández



Nací en Madrid en julio de 1978 y, en 2026, doy mis primeros pasos en el mundo de la autopublicación con este libro.

Desde siempre he sido un apasionado de la lectura, sobre todo de la fantasía, la ciencia ficción y los thrillers, géneros que me han acompañado a lo largo de mi vida.

Un día me pregunté: "¿Y por qué no escribir mi propia historia?"

Así comenzó, poco a poco, el proceso creativo que me ha llevado a desarrollar esta novela. Ha sido un camino lleno de retos, pero también de descubrimientos y, sobre todo, de diversión. Inventar vidas, tejer historias y escoger escenarios donde todo encaje ha sido una experiencia fascinante.

Admiro profundamente a quienes se dedican a escribir, porque llegar a este punto no es fácil. Sin embargo, disfrutar cada paso del viaje ha sido la verdadera recompensa.